

Cal viva

Daniel Serrano



Cal viva

Daniel Serrano



SUMA
de torres

Daniel Serrano

Cal viva



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Cristina, por el presente (y por los días que vendrán).
A Marco, futuro en marcha.

«Desconfíe de los consejos de quien tiene su pasado manchado de cal viva».

PABLO IGLESIAS al líder de la bancada socialista en el
Congreso de los Diputados
2 de marzo de 2016

1

Padre

Ayer habló el petimetre, insultó gravemente a los nuestros, deshizo el lazo de toda compostura, lo conozco bien, si pudiera decir esta boca es mía, pero el ictus me impuso un blindaje de silencio, al menos no me desfiguró el rostro de manera irreparable, nada que la barba cana impida velar, la mano izquierda no funciona, tampoco camino con la debida movilidad, aunque, de todos modos, no he cedido a la tentación del pijama y la baba, doy la vuelta a la manzana cada día, me ayuda Emily a primera hora, muy temprano, es una buena chica, de Guayaquil, escucho la cadena SER, veo las tertulias de la televisión, sigo atento y ese imbécil con coleta pretende hurtarnos la memoria, cal viva, dice, manos manchadas de cal viva, qué sabrá él, petimetre lo denomino llevado por la eufonía y en contra de la RAE, lo mismo me da, suena bien, cal viva, clama el petimetre desde la tribuna, y lo peor no es eso, lo peor es que Ernesto, mi propio hijo, le da la razón a ese fanático, leí el blog de Ernesto (*La caída de Saigón se llama —¡ja!—*) y hacía una alegoría estúpida sobre la indignación que en socialistas de buena fe como yo provocó la alusión al presunto terrorismo de Estado, idiotas, no vivieron lo que vivimos nosotros, lo admite incluso Ernesto en su infantil burla y a renglón seguido ridiculiza a una generación que hizo la democracia y, para colmo, introduce en su texto alusiones personales, muy personales, usurpa mi voz y la convierte en caricatura, pobre Ernesto, cuarenta y seis años y se dedica a escribir sobre con quién se acuestan los famosos, en una página web de cotilleos, pudo ser un excelente novelista, pudo llegar alto pero algo, una debilidad de carácter que no sé de quién heredó, se lo ha impedido y ahí está, dejando pasar la vida, soltero y solo y ahora, por lo que veo, complacido con el griterío que se ha impuesto en el Congreso de los

Diputados, allí donde yo, Tristán Díaz Navas, tuve tantas tardes de gloria, allí donde yo, Tristán Díaz Navas, hube de enfrentarme a la derecha cavernaria, y ahora un advenedizo pretende darnos lecciones, qué tiempos tan estúpidos, intentaré escribir algo sobre esto, lo enviaré al diario *El País* a ver si me lo publican, aunque, la verdad, ya no me hacen mucho caso, Juan Luis está lejos y dirige el periódico gente joven, ni me conocerán, yo que gastaba en restaurantes gran parte de mi presupuesto casi ministerial para dar de comer a tantísimo periodista muerto de hambre, cambian las cosas, supongo que es signo de los tiempos este parlamentarismo de camiseta y pelo sucio, yo sigo vistiendo cada día traje y corbata, no quiero que esta devastación física se traduzca en asco, no quiero ser un viejo en chándal, con la boca torcida y las uñas pútridas, sigo peleando, seguiré peleando hasta el final, Emily me ayuda mucho y Rosa, mi compañera de lejanías, viene cuando puede, está muy liada con su puesto en la Consejería de Cultura, en Valencia, siempre con sus museos y sus exposiciones, supongo que se estará tirando a algún camarada de armas, es normal, yo ya estoy completamente acabado en ese aspecto, mi hija Carla me visita de vez en cuando, ella se parece mucho a mí, es decidida y ambiciosa, no la convencen estos chavistas disolutos, pero (no sé) tal vez le haya dado su voto a ese oficinista catalán con cara de buen chico, mejor eso, mejor con los liberales que con el marxismo-leninismo pensamiento Enver Hoxha, yo estuve ahí, lo recuerdo, Partido Comunista de España (marxista-leninista), los amigos del FRAP, Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, la bomba que los fascistas colocaron en la sede de la calle Libertad, otros tiempos, éramos estúpidamente jóvenes, Carla todavía tiene la edad del porvenir, como cantaba el chaval ese, resulta joven para su madurez y para sus labores financieras que yo no entiendo, porque (como dije ante el juez) yo no entiendo de estas cosas, yo firmaba lo que me daban y yo estaba en aquella caja a verlas venir, a hacer lo que me dijeran en el partido y, sí, gasté de la tarjeta como hacía todo el mundo y no sé por qué resultó tan jocosos para la prensa que hubiese comprado viagra, como si nadie utilizase viagra en este país, luego vino el ictus y parece que se apiadaron de mí, temieron que los culpase, ¿fue el estrés por mi procesamiento lo que causó mi incidente cerebral?, no lo creo, toda mi vida he vivido en el estrés, desde el franquismo hasta hoy, ha sido divertido, desde luego, y ahora hasta mi hijo se ríe de aquellas batallas gloriosas, y el caso es que la voz de su texto, de su blog, tiene mucho de mi propia voz, como si yo mismo hubiera escrito algunas de

sus líneas, otras no, hay cosas que cuenta que no son verdad, yo no fui director general sino secretario de Estado, y lo de Andrea, bueno, menos dramas, Andrea abrió su tienda de antigüedades en Madrid y se lió formalmente con un actor que, la verdad, le dio buena vida, aunque como actor no valga un pimiento y apenas trabaje, así que no nos pongamos sentimentales, el sentimentalismo sólo me gusta en las películas y últimamente, sí, lloro cuando ponen en la tele *Casablanca*, no me había pasado nunca, y también lloro con el monólogo final de *Blade Runner*, yo que estallé en carcajadas cuando lo vi en el cine la primera vez, «y todo eso se perderá como lágrimas en la lluvia», aquello me parecía una cursilería de tres pares de cojones, tal vez pensaba que la muerte y el declive no me alcanzarían nunca, aquel lejanísimo 1983, en un cine de la calle Luchana me parece, y cuando el replicante musitó su canto del cisne, se oyeron nuestras risas en toda la sala, íbamos Nacho, Concha y yo, me acuerdo, Andrea se había quedado en casa porque el niño tenía fiebre, Ernesto siempre tenía fiebre, pero yo necesitaba airearme, mi futuro estaba por comenzar, Felipe iba a colocarme en un puesto de responsabilidad, tardé tiempo en ubicarme y luego ya estuve hasta el final, para lo bueno y para lo malo, con cal viva y con lo que hubiese que apechugar, y ahora Ernesto escribe esta cosa idiota en la que pretende retratarnos, ¿él qué sabe?, pobre Ernesto, tan dado a la fiebre, pobre España si cae en manos de sus amigotes.

2

Lo que escribió el hijo en su blog lacaidadesaigon.blogspot.com.es imitando la voz del padre, aunque cambiando nombres y (algunas) circunstancias

Nada de eso sucedió. Me hicieron director general, me divorcié de Sonia y me fui a vivir a Las Rozas, eran tiempos felices de verbena en Miguel Yuste, abre la muralla, copas y conversación en la alta madrugada con ministros, y Charo López en la luz de humo de incontables cigarrillos, 1992, la Expo y las Olimpiadas, éramos indestructibles, nos recibían en los mejores restaurantes de la ciudad, Elena se quedó embarazada y el chalé se nos hizo pequeño, aquella tarde en Ferraz cuando Felipe nos dio un abrazo a todos, «somos la historia en marcha» (creo que dijo), el miedo y el horror ante el cadáver de Luis, asesinado por ETA, su cuerpo inerte en la capilla ardiente bajo la bandera rojigualda, su viuda absolutamente rota ante el féretro, pero enseguida nos fuimos a cenar otra vez, «llegaré tarde» (avisé a Elena), balas contras balas, «Damborenea está loco» (comentó alguien), éramos felices, sin embargo, felices y jóvenes a nuestros cuarenta y tantos años, cincuentones pero encaramados al poder y del poder a los despachos empresariales, dejar el tabaco tras tantos años de nicotina fue lo más difícil, Guadalajara y nuestro presidente acompañando a Pepe y a Rafa, sindicatos del crimen apostados en las páginas de los periódicos y niños de derechas abucheando a socialistas por los campus universitarios, éramos el triunfo y la resistencia, la España nueva que nos prometieron nuestros abuelos republicanos, la luz declinante de la tarde cuando a nuestro amigo Paco le dijeron que el cáncer lo iba a arrasar todo en apenas unos pocos meses, Elena lejos, el amor apagándose y

todavía verbenas y hoy puede ser un gran día (Serrat en Las Ventas), tardes de toros también, nada de lo humano nos era ajeno y había que apresurarse, era demasiado tiempo de padecimientos y ahora nos tocaba a nosotros, fuimos felices, cambiamos este país, teníamos la razón. Y nada de eso sucedió. No hubo cal viva manchando nuestras manos y ese maldito advenedizo leninista no tiene derecho a decirnos lo que nos dijo, somos inocentes de toda culpa, el pecado es el suyo, su radicalismo de asamblea universitaria, nosotros también fuimos así pero cambiamos, nosotros nos sometimos a las traiciones necesarias, la realidad atemperó nuestros ímpetus rupturistas y no, Pablo, jamás sucedió, no puedes hablarnos así, no es admisible recordar que alguien (tal vez en nuestro nombre, tal vez con consentimiento de los nuestros) mató, torturó, secuestró, es más complicado de lo que pensáis, si hubierais vivido aquella tragedia diaria, aquella muerte tras muerte, Luis en el ataúd (muy serio cuando tanto reía), no tienes derecho, Pablo, a mencionar aquello. Porque nada de eso sucedió. Porque no podéis comprender que aquellas sombras son parte de una luz cegadora que fue la luz de nuestros mejores días.

3

Hijo

Hemos quedado en Josealfredo, junto a la plaza de la Luna, aunque la plaza no se llama así sino plaza de Soledad Rodríguez Acosta, pero esto no lo sabe nadie en la ciudad, y la noche arranca con sonido de hielo, ha llegado el invierno (tarde) y huele a nieve en las esquinas meadas de Madrid. Amo esta ciudad de modo absurdo. Siempre quise vivir aquí, cerca de la Gran Vía, arteria polucionada a la que me asomé con doce años, temeroso de los numerosos toxicómanos que poblaban (en aquel entonces) sus aceras y aledaños, primer viaje en metro con los compañeros de clase y luego cine, doble sesión de los hermanos Marx, de Portazgo al centro, Uría se puso a gritar *New York, New York* al ver los altos edificios. Hay una luz de ginebra azul y Marc me dice que se vuelve a Barcelona, le ha salido trabajo allí. Marc es otro resistente, ha eludido el compromiso y defiende su soltería, aunque no tanto porque casi tiene novia, pero su novia quedará en esta metrópoli mesetaria y él regresa al epicentro de la gran convulsión que ha convertido a España en un país miedoso y aferrado a una bandera y a un rey que se ha dejado barba.

—Te visitaré.

—Claro.

Y sabemos ambos que es una mentira piadosa.

La vida nunca tiene vuelta atrás o apenas. Marc vivió conmigo un episodio casi olvidado de efímera celebridad cuando ambos presentábamos un informativo matinal en la televisión, prontísimo, tan pronto como para pasar las madrugadas en vela y disfrutar de un *jet lag* permanente que tenía algo de borrachera no alcohólica a la cruda luz de lo diurno.

Marc ha sido reportero, igual que yo, e igual que yo fue expulsado del

paraíso terrenal que significa pertenecer a la plantilla de un gran medio de comunicación. Un ERE nos dejó a él y a mí varados en medio de la mayor crisis económica que ha vivido el planeta hasta que otra crisis mayor supere a la anterior ya que así es el capitalismo, amigo. Desempleo y noches larguísimas de disipación tóxica. Los dos apuramos la cuantiosa indemnización en francachelas inolvidables y luego nos pusimos a trabajar en lo que pudimos y ahora él se larga. Yo quise irme también, pero no supe adónde.

—No te quejes, tío, en tu redacción hay chicas guapas.

—Marc, ese comentario, hoy por hoy, sería considerado machista. O sexista. No sé bien.

—Soy ya demasiado viejo para las nuevas reglas sobre lenguaje y género.

—Lo peor es que ni siquiera somos verdaderamente viejos.

—¿Cómo está tu padre?

—¿Tristán El Ogro? Jodido. Muy jodido, según me ha contado Carla. Pero me la suda, sigue siendo el mismo cabrón a quien he odiado durante años y eso no va a cambiar.

—Algún día me explicarás el motivo de tantísimo mal rollo.

—Te lo he explicado mil veces.

—Y nunca lo he entendido.

—¿Sabes la última?

—Cuéntame la última de Tristán El Ogro.

—Cree que Rosa, la mujer por la que dejó a mi madre, sigue con él. Lo abandonó hace años, pero desde que le dio el ictus actúa como si siguieran juntos y ella estuviera de viaje y fuera a volver en cualquier momento.

—Qué putada. ¿Lo ves mucho?

—Nada. Si antes no nos soportábamos, no sé por qué ahora tiene que ser distinto.

—No jodas, Ernesto. Cualquier día tu padre palmará y te arrepentirás de no haberle visto en sus últimos días.

—No me sermonees, tío.

—Vale. Entonces liguemos.

—¿Tú crees que todavía tenemos capacidad para ello?

—Yo desde luego que sí. Y creo que tú también. En esta maravillosa ciudad, mujeres y hombres de todas las edades se lanzan a las calles cada noche para follar con el prójimo. Sin más trámite que la necesidad de pasarlo

bien. Lo voy a echar de menos. En Barcelona la gente se va antes a la cama. A dormir, me refiero.

—Allí tienes el mar. Y la posibilidad épica de construir una patria nueva.

—Como Kósovo pero con butifarra. ¿Sabes que cuando estuve de reportero en la guerra de Yugoslavia conocí a Romeva? La verdad es que con la mierda que vimos allí no sé cómo, pasados los años, ha podido meterse en ese berenjenal de construir una nueva patria.

—España es para salir corriendo. Yo también me independizaría si pudiera.

—Chorradas. Pero sí. Voy a echar de menos esta ciudad.

Marc mira lejos a través del vaso y la ginebra contiene brillos de todo lo que hemos compartido juntos, desde los primeros días de una juventud sediciosa y cocainómana hasta aquella novia siberiana, el gato que se perdió por los tejados, cuando nos enteramos de que nuestra camarada de redacción Letizia Ortiz iba a ser reina o el momento de gloria de salir en la tele, aunque fuera muy pronto, y ese disfrute compartido al concitar la atención de ciertas mujeres con debilidad por los presentadores apuestos. Porque tanto Marc como yo (él un poco más) somos apuestos. O eso dicen.

—Habla con tu padre, tío.

—Venga, no jodas.

—Tú verás. —Marc mira alrededor y repite—: Voy a echar de menos todo esto.

4

Padre

Hoy he soñado que Andrea y yo seguíamos casados o, mejor dicho, he soñado que volvía a amar a Andrea como cuando éramos novios y subíamos al centro de Madrid, a ver las luces de la Gran Vía, con el barro de los descampados pegado a los zapatos pero felices, sin más futuro que la tienda de ultramarinos de mis padres y las ganas de estudiar de ella, tomar el metro en Puente de Vallecas y huir, aunque no siempre, también estaban los bailes, las fiestas de parroquia, andar entre las casas bajas, las fogatas de los gitanos iluminando la noche, los besos en una oscuridad que olía a higuera y retama, ese Madrid de suburbio que era urbe y campo, basural y flor de amapola, los mejores años de nuestra vida, hoy me puede esta melancolía extraña y ni le he pedido a Emily que ponga la tele ni he querido enterarme de la última hora de una Cataluña insurrecta que regresa, una y otra vez, como inevitable maldición nacional, me resulta todo, esta mañana de octubre, absolutamente ajeno, aún me alcanzan las esquinas del sueño, las últimas lágrimas, el modo en que acabaron las cosas entre Andrea y yo, después de muchos años de mentiras toleradas e intolerables, mis amantes y su soledad, todas las estupideces con las que simulamos ser ganadores, acceder a una vida nueva, las cosas habrían podido ser diferentes, o no, yo logré estudiar y mi hermano Manolo se quedó con la tienda de ultramarinos y siguió con ello, el muy cabezón, y mira que le ofrecí mil proyectos para que abandonase ese mostrador decimonónico y los sacos de garrapiñadas, con el tufo a polución de la avenida de la Albufera secándole los pulmones, hasta que un enfisema se lo llevó, demasiado pronto, Andrea hizo sus estudios de Historia por la UNED mientras cuidaba a nuestro llorón, ese hijo mío que me insulta en su blog aunque tampoco importa nada porque nadie le lee, vivimos varios años

en Vallecas, en un pisito de cuarenta metros cuadrados, y luego en Aravaca, en el chalé, y después yo me fui a Chamartín, y llegó Rosa y volví a enamorarme, a pesar de la diferencia de edad, una chica del partido, hermosa y con ideas propias, y nació Carla y hubo otra vez días felices, osos de peluche y la música que traen consigo los bebés, así sucedió todo, ese es el resumen, y, un día, el ictus y este sueño tan vívido, el sabor a verano de aquellas tardes con Andrea, su cabello en silencio, el mar de Punta Umbría amaneciendo cuando nos fuimos de viaje con los curas, aquellos barbudos que acabarían muertos en El Salvador durante la década de los ochenta, mucho después, acribillados por los paramilitares, cuando ya habíamos enterrado nuestros sueños de revolución, la revolución y nosotros que la quisimos tanto, tituló Danny El Rojo, yo, en realidad, a quien quise fue a Andrea, me he dado cuenta esta noche, a través de un sueño, como si fuera un faraón egipcio recibiendo una revelación, por primera vez desde el ictus, aunque resulte increíble («cómo aguanta este hombre», oí decir a una vecina en cierta ocasión), deseo la muerte, que concluya esta extraña forma de existencia que no sé si tiene algún sentido, que me duerma y no despierte, que sueñe para siempre con Andrea, con su cabello en silencio bajo la luz de una bombilla, en Palomeras hacia 1965, y ya nunca abrir los ojos.

5

Hijo

Llueve y se han encendido las farolas. No hay nadie. Estoy sentado en una esquina del Madrid de los Austrias, muy cerca de Can Punyetes, adonde íbamos a merendar longaniza con Manolo Conde y otra bohemia que, de pronto, tuvo hijos y se los llevó a beber aguardiente, éramos niños y luego he vuelto a Can Punyetes y guarda toda la suciedad mágica de aquellos tiempos pero sin la magia, sólo óxido y manchas. Recuerdo aquellas tardes, resplandecientes bajo los chaquetones, invierno de zamarras, y Manolo Conde cantando con voz de Édith Piaf, alzando su copa de vino recién servido de una frasca decimonónica, y las risas de todos los niños, un poco asustados y raros en esa merienda de restaurante catalán, telarañas, humo y *chanson*. Recuerdo esos momentos, y creo que son los mejores de mi infancia, diferentes, nadie en mi clase merendaba con poetas aunque fueran poetas que luego tenían la costumbre de morirse de hambre en sus pisos con goteras. Daba igual. Mamá y tú compartíais esa pasión por la cultura, por la poesía, y esas tardes se te olvidaba que casi eras ministro, tú invitabas, claro, y algunos de tus amigos, camaradas de los tiempos heroicos, fruncían el ceño y más tarde te repudiaron, ellos siguieron militando en un difuso izquierdismo de manifestaciones y verbenas comunistas, cada septiembre en la Casa de Campo, convocados por el PCE. En cambio, mamá y tú comenzasteis a ir a la ópera. Manolo Conde murió de cáncer, con los ojos cerrados tras sus gafas de concha y su perfecto francés tan Édith Piaf. Se acabaron esas excursiones familiares donde los poetas se emborrachaban, decían versos y acariciaban el pelo rubio de los niños, el pelo oscuro de las niñas, como acordándose de una infancia que no tuvieron, el filo del frío tocándonos fuerte la cara. Se hacía de noche y volvíamos a casa, medio

dormidos en el coche, todavía con versos en las orejas, felices y soñando que la vida podía depararnos horas de una extraña perfección.

6

Del diario de Tristán Díaz

14-2-1987

Ayer estuve comiendo en Donosti con Julen. Desolación absoluta. Va a dejar el partido. Traté de convencerlo de que no lo hiciese. Pero está jodido. Muy jodido. Bebió mucho durante el almuerzo y en la sobremesa más aún. El chaval ese que apareció muerto el otro día, ahogado en el Bidasoa. Un etarra. Julen conocía a la madre del chico, una novia de juventud o algo así. «¿Qué estamos haciendo?», me preguntaba Julen, tomándome del brazo, salivando borracho, ya al final en una especie de paroxismo alcohólico cercano a las lágrimas. «Vi el cadáver, lo habían destrozado a golpes, joder, era un crío, tenía veinte años». La Guardia Civil ya se sabe. A veces se pasa de la raya y no está bien, pero ¿qué hacemos? ¿Dejar que nos maten como a ratas? No hace un mes que abrasaron en la Casa del Pueblo de Portugalete a un compañero, tres cócteles molotov y fuera, viuda y tres hijos. Y, a principios de año, Joseba Pardo, tiroteado por los Comandos Autónomos Anticapitalistas, que están más locos todavía que los de ETA. Se lo expliqué a Julen, quise explicárselo. Pero no se avino a razones. «Yo no me metí a esto para hacer lo mismo que nos hicieron cuando Franco, que tiren a un chaval al Bidasoa porque se les ha ido la mano, y tenga yo que decir a los periodistas que salió corriendo y se cayó al río, como hacía Martín Villa o alguno de esos infames». Esas fueron sus palabras. Está jodido. Lo deja. Casi me convenció. Pero me acordé de Alfredo, con la cara triste en su ataúd, con lo jovial que era, menuda capilla ardiente y menuda puta mierda, que se jodan los etarras, que nos dejen en paz y que no nos baleen y entonces tendremos piedad de sus caídos en combate, de los que mata el GAL, que no sé si son o no son los nuestros ni quiero saberlo. O sí lo sé. Me da lo mismo. Le hice tomar un café

bien cargado a Julen, paseamos por el puerto, los escoltas un poco molestos porque no hay que descuidarse, pero logré, más o menos, volverle a cierto nivel de sobriedad. El suficiente para que me mirara muy fijo y me dijera: «¿De verdad merece la pena todo esto?». Y yo no supe muy bien qué contestar, encendí un cigarrillo y miré el agua oscura, el sonido de las barcas, las pisadas de algún trasnochador. Miré la noche y también me pregunté si merece la pena morir y matar así, mientras mi propio hijo me dice que somos unos asesinos, que el PSOE mata. Qué coño sabrá ese mocososo, dice que vota a los comunistas y no tiene ni media hostia, ni él ni ninguno de sus compañeros de correrías, si tuve que sacar de la comisaría a un amigo suyo después de una manifestación. Menudos imbéciles. Julen está jodido. Lo va a dejar. Se marcha a Buenos Aires. Eso dice. Tiene familia allí y quiere poner una librería. Ensoñaciones propias de la crisis de la edad madura. Volver a empezar. «Pues cambia de mujer, Julen, échate una novia veinteañera, permítete una cana al aire, no puedes ser tan mojigato, coño». Sin embargo, Julen no estaba para bromas. La noche acabó triste. Acompañamos a Julen a su casa y una vez en el hotel alguien llamó al teléfono y no contestó, sólo un ruido de respiración, la luna redonda iluminando la moqueta, y tuve que tomar un whisky, el último, para conciliar el sueño. Según los de HB, el chaval que los guardias civiles tiraron al Bidasoa ni siquiera militaba en ETA. Era un objetor o algo así. Su hermano es quien no puede calificarse de trigo limpio. Una equivocación, supongo. Un error que ha costado una vida. Pero aquí, en Euskadi, se mata y se muere y en esa espiral resulta muy complicado salir indemne. Al día siguiente volví a hablar con Julen, por teléfono, parecía más calmado. Pero insistió: «Me voy, hemos fracasado».

7

Hijo

Echo de menos las noches en las calles de Huertas, de bar en bar, un lunes cualquiera, hasta la altísima madrugada, sin rumbo, universitarios a la busca de un tiempo que jamás era perdido. Contábamos entre nuestros amigos a cantautores por entonces jóvenes. Actuaban en Nuevos Juglares, tugurio de la calle Cervantes que regentó un gallego con barba a quien le vino muy bien la resurrección de un género que los de la Movida habían escupido y nuestros mayores preservaron en una pecera de vinilos. Pero a lo que voy: echo de menos las noches con Nacho, Ismael, Luis y las chicas a las que amamos, Ágata, Raquel, Carmen, brutalmente heterosexuales todos nosotros, frágiles porque nos enamorábamos como si no hubiera mañana y es que era verdad, no había mañana. Íbamos a la fiesta del PCE a cantar *La Internacional* y a beber vodka con naranja y venía Fernando, que ahora da clases de arquitectura en Australia. Mi padre consiguió que sacaran a Ismael de la comisaría cuando lo detuvieron a causa de una algarada callejera en la que a un colega de clase los antidisturbios le partieron la nariz de un puñetazo y quedó como el boxeador vallecano Poli Díaz y hasta le vino bien, porque el toque de tipo duro le valió numerosos éxitos en las barras que frecuentábamos, Big Bamboo, Torero, La Joyería y otros bares donde aguardar el siguiente asalto.

Y, de pronto, ya éramos mayores, acabamos la facultad, nos dispersamos aunque continuábamos saliendo hasta tarde. Yo soy el último mohicano, sigo trasnochando, destrozando los días en una resaca amarga pero qué más da, todos se han ido. No tengo mujer, hijos o hipoteca a la que aferrarme para una conversión de última hora al moderantismo, a la severa regresión, al voto complaciente, a la barbacoa y el perro, carezco también de perro y gato, «no

tienes ni perrito que te ladre», me decía mi abuela Soledad, poco antes de perder la lucidez, en los domingos de garbanzos y turbamulta familiar.

El recuerdo es un arma de destrucción masiva, sólo digo que me gustaría volver a ser joven porque hace mucho (le robo un verso al poeta preferido de papá) que terminó el último verano de nuestra juventud, porque ahora con esto de Cataluña hasta mis mejores amigos se han vuelto fascistas y ni siquiera se dan cuenta, cuelgan banderas españolas de los balcones y se ufanan de lo rica que está la cocina regional, la fabada como argumento ante el mundo que (disimulando) observa atónito cómo volvemos al duelo a garrotazos.

No sé.

El otro día me llamó Carla para implorarme que fuera a ver a mi padre, que está mal, que está deprimido. «Ya somos dos», le dije, y enseguida desconecté y me refugié en esta nostalgia absolutamente improductiva, este ir y venir de la memoria, te acuerdas aquella noche, te acuerdas de Laura, Carolina, Susana, estuviste muy enamorado de alguna de ellas, ¿no crees? Es posible. No logro conmoverme con el drama de mi propio padre ni tampoco con el mío personal así que lo mejor será seguir escribiendo idioteces que jamás publicaré, novelas inacabadas, y lo cierto es que creo que la mejor novela es la novela inacabada, la que exige al lector buscar su propio final, inventar conclusiones, la vida se parece a eso, nadie nos dice cuándo va a acabar todo y a veces parece que todo ha acabado y no, mientras que, en otras ocasiones, creemos que sigue y todo ha finalizado.

8

Padre

Vino a verme ayer Pepe y estuve de mejor ánimo tras días (¿semanas?) de negra depresión, «compañero del alma, compañero», recitó con su voz de barítono intoxicado por el tabaco negro y preguntó si podía fumar, sigue fumando pese al infarto y también, me aseguró, sigue bebiéndose el whisky nuestro de cada día dánosle hoy, repito sus palabras y su modo brusco de ironizar, fue ministro conmigo y es de los compañeros que jamás se ha ido, siempre ha estado ahí y también es de los pocos que resiste en su puesto de diputado, aunque, confiesa, por escaso tiempo, «será mi última legislatura, se acabó lo que se daba, macho, ni el Senado me queda, en el partido ya no nos quieren», «*o tempora, o mores*», que decíamos en nuestros tiempos de monaguillos, habló (mucho) de política y yo escribí algunas cosas y enhebramos una suerte de conversación a distancia, yo desde mi mudez y él desde su desafortunada elocuencia, atacó sin piedad a los del petimetre y yo dije que sí, pero también quise hacerle ver que son nuestros hijos, como hace poco sostuvo Borrell en la radio, «¿nuestros hijos? Hijos de puta, eso es lo que son», su vozarrón hacía retumbar el cristal con vistas al paseo de la Castellana y sonreí, aunque me dolió algo esa extrema dureza, debo de estar ablandándome, Pepe tiene toda la razón, son un atajo de imbéciles presuntuosos, o simplemente nuestros hijos, quién sabe, Pepe continuó, «¿sabes que Rosa ha vuelto a casarse?, con un ruso, me han dicho», no entiendo qué quiso decir, Rosa es mi mujer, lleva tiempo en Valencia, pero de ahí a tan absurda confusión, Pepe bebe demasiado, se le nota, esa nariz como una berenjena, ese rojo sangre en las mejillas y el humo emergiendo de sus fosas nasales, excesivo como cuando era ministro, impagable como amigo, la amistad es inescrutable, hay hombres o mujeres que nos acompañan

por siempre y no sabemos muy bien por qué razón, disímiles y con ideas opuestas sobre la vida, muy diferentes, pero un día comenzamos a caminar juntos y ya será así hasta que muramos, la amistad suele ser una especie de costumbre, te deshabitúas algunas veces, pero no siempre, Pepe habla de Rosa como si fuera otra, vuelve a la política, vuelve a la carga contra esa panda de niñatos envanecidos que han asaltado el Congreso y nos han arrebatado el protagonismo a empujones, «nosotros hicimos la Transición», insiste Pepe, «nosotros les dimos todo lo que tienen, a nosotros nos deben sus prebendas de niños mimados», enciende otro cigarrillo, mira por la ventana, «¿sabes?», dice, «ya casi no queda nadie de los viejos buenos tiempos, cada cual ha claudicado a su modo, sólo nos acogen en las tertulias pútridas de los canales de televisión de ultraderecha, son nuestros últimos días, apurémoslos, disfrutemos de cada cigarrillo, cada whisky, cada momento de felicidad, bonitas vistas de la Castellana, no te puedes quejar, cabronazo».

**Del poemario inédito *Contemplación* que Tristán Díaz
extravió en una mudanza**

La mies es mucha,
dijo el clérigo.
Acudieron las multitudes,
lloraron las viudas,
en sus tumbas resonaron
detonaciones,
la vieja guerra
continuaba,
devoraba paciente
a una generación tras otra,
la vieja guerra,
las voces con sotana,
el sable y el reloj parado.
Luego cayó la noche,
la pesada noche,
la interminable noche,
y todavía no ha amanecido.
Pero el alba se avecina.

En Madrid a 26 de mayo de 1970

10

Hijo

Cuando mataron a Lucrecia, vivíamos en Aravaca y me acerqué, solidario y progresista, a la plaza donde la comunidad dominicana estaba manifestándose por el asesinato de su compatriota. Fuimos dos o tres amigos del instituto pero nos largamos enseguida, nos miraban mal aquellos migrantes a quienes nuestra gente (las señoronas burguesas de Aravaca, los encorbatados burgueses de chalé y piscina y BMW) había maltratado hasta conducir a un demente al asesinato. Me refiero a que la población dominicana llegó a Aravaca para servir en las casas de los ricos, pero los domingos se reunían en una plazoleta, y las vecinas y vecinos del barrio consideraban que hacían demasiado ruido, que degradaban el entorno, que no querían negros allí. Aquellas mujeres y hombres procedentes de República Dominicana, que se sorprendían cuando aquí los llamaban negros. Los negros, en la isla de la que ellas y ellos venían, eran los haitianos. El caso es que hubo una campaña de protesta en Aravaca, carteles exigiendo a los dominicanos que se marcharan, llamamientos a las autoridades municipales para que se detuviese la progresión dominicana, para que se cerrasen bares, para que la plazoleta volviera a ser tan blanca y burguesa como era antes, con niñas con coletas y niños convenientemente rubios. Durante un tiempo se consintió la presencia de inmigrantes en la plaza, las señoras de Aravaca acudían allí a escoger asistenta, como si aquello fuera un moderno mercado de esclavos, y muchas de esas mujeres y muchos de esos hombres trabajaban en condiciones de semiesclavitud pero comenzaron a molestar, eran muchos, eran negros (o nosotros los considerábamos negros). Y empezaron las pintadas, las amenazas fascistas. «No es para tanto», recuerdo que dijo mi padre. «Díselo al ministro, va a pasar algo, los nazis van a por ellos, vienen cabezas rapadas

de Madrid a liarla». Eso le pedí, pero para él se trataba de mis cosas de crío, mis tonterías adolescentes. No digo que hubiera podido hacer algo, entiéndase, no voy a culpar a mi propio padre de la muerte de Lucrecia pero tiene su significado. Aquel PSOE bunkerizado en el poder, convencido de que estaba reinventando España, no tenía ni un solo momento para mirar la realidad, prefería sus cifras macroeconómicas, sus grandes fastos, Europa, aquel 1992 que se convirtió en un inmenso decorado. Y sucedió. Vino una enloquecida milicia de ultraderecha durante la noche, se acercó al Four Roses, donde yo había ido tantas tardes a beber y ligar, ahora ruinas que acogían inmigrantes sin hogar. Fueron al Four Roses, fósil de una discoteca pleistocénica, y dispararon. Murió Lucrecia. Nos manifestamos. Tampoco mucho. Hubo indignación y la burguesía de Aravaca puso en sordina sus soflamas. La chica de servicio que trabajaba en nuestra casa lloró en silencio, nos miró con rabia, dio un portazo y se fue. ¿Qué le habíamos hecho? Mi padre y mi madre estaban en plena deriva, tomando distancia el uno del otro, y no dieron importancia a nada. Aquel invierno me eché novia y durante una larga temporada me olvidé de toda lucha, intenté ser un universitario más. Sexo, tequila y marihuana. Welcome to Tijuana.

Del diario de Tristán Díaz

26-4-1987

Anoche fuimos al estreno de *La vida alegre* y luego estuvimos tomando una copa con Colomo, nos encontramos a García Tola, que venía con Sabina, el de *Pacto entre caballeros* y *Así estoy yo sin ti*, antesdeayer un canallita de la calle Tabernillas y hoy una estrella del rock. Resultó una noche estupenda, lo malo fue volver a casa, demasiado alcohol, fumé un último cigarrillo en la terraza, hacía calor, acabamos de mudarnos a Aravaca pero no logro hacer de este adosado mi hogar.

Andrea y yo estamos cada vez más lejos y mi hijo comienza a mirarme raro, ahora le ha dado por decir que es comunista cuando no tiene ni idea de lo que es eso. Comunista era yo (y comunista de los que se jugaron el pellejo).

Veo Madrid a lo lejos y pienso en Rosa, una chica joven que está en el partido y, bueno, me gusta. Qué coño. Andrea tiene su felicidad doméstica, no aspira a gran cosa, y yo necesito seguir en la pelea.

El otro día me encontré a Luisito, un camarada de los tiempos del FRAP. Está hecho polvo y sigue llevando las mismas camisetas baratas y fumando Ducados y tiene el pelo cano largo y una coleta. Una jodida coleta. Y una barriga absurda de trasegador de cerveza. Yo tengo su edad, cuarenta y seis años, y conservo una figura aceptable y no he engordado en exceso, me gusta llevar trajes de calidad, estoy pensando en apuntarme al gimnasio o en jugar al squash. Quiero seguir siendo joven. Me siento joven. Dirigimos España y hemos dado el salto a la clase media desde el erial con moscas en el que nos criamos.

Quiero conservar el ímpetu de la juventud todo lo que pueda y esta casa es

una cárcel que me lo impide.

Debo irme.

Tenemos mucho que hacer por este país y el derecho a vivir mejor y a vivir como nos dé la gana.

Tengo derecho a besar a Rosa y volver a enamorarme. Sé que le gusto. El otro día tuvimos una comida en la que estuvimos hablando un buen rato.

Estuve tentado de volver a escribir poesía.

No lo haré.

Sólo los adolescentes tienen esa virtud inconsciente que les permite escribir poesías de amor con total impunidad.

Y luego está Gil de Biedma, el mejor de todos. Pero él no escribe poemas de amor. Escribe sobre cómo el tiempo nos tritura. Maldito tiempo. Envidio a los que apenas lo notan, a quienes viven en una especie de presente continuo, atentos a lo inmediato y sin preocupaciones cósmicas.

Felipe es así. Preside España y ello le ocupa todo su espacio y nada a su alrededor parece que tenga importancia para él. Lo admiro. Hemos tenido suerte los españoles hallando un líder como él. Tiene una suerte de juventud eterna, cumpla los años que cumpla. Y una inteligencia privilegiada.

Estuve en la terraza mucho rato. Andrea se levantó y vino a hablar conmigo. Me preguntó si me pasaba algo y yo dije que estaba desvelado, sólo eso. Obvió mi hedor a alcohol y tabaco mezclado con el sudor de un día largo de oficina y reuniones, firmas y decisiones. España en marcha era esto, Gabriel Celaya. Nosotros somos quien somos, basta de historia y de cuentos. Volvió a la cama y yo todavía fumé otro cigarrillo. Bajo una farola lejana pasó un perro y aquella imagen me infundió una dolorosa sensación de soledad. Bajé a dormir.

12

Hijo

Hay noches en las que tengo la cabeza llena de furia.

Y el fracaso no se diluye con el alcohol ni el humo de tabaco que, a buen seguro, aceleran mi final.

Y ya he visto todas las películas del mundo.

También algunas series buenas, *The Wire* principalmente.

Mi padre me llevaba de la mano aquel remoto diciembre, a la vuelta del colegio.

—Y eso de la Constitución que se va a votar, ¿qué es?

Yo era un niño que pisaba los charcos y tendía a una melancolía episódica que los airgamboys lograban (de momento) mitigar.

—Pues es para que la policía no te pueda meter en la cárcel si no has hecho nada.

Lo miré fijamente, la barba tan negra, las gafas enormes, su corbata grande, traje gris, me acuerdo como si le estuviera viendo ahora mismo.

Fue una de las primeras veces, supongo, que hablamos de política.

Después resultó imposible.

Él aspiraba a ministro y casi lo fue.

Era 1978 y ya nunca he vuelto a ir de la mano de mi padre a ninguna parte.

Las cosas son complejas.

Una vez entrevisté a Sánchez Dragó (el fabulador de su propia mitología) y, refiriéndose a los antifranquistas con los que compartió celda, sentenció:

—Estaban los que querían ser ministros y los que queríamos ser poetas.

Mi padre escribía versos. Cuando era adolescente, descubrí en la buhardilla de nuestro chalé en Aravaca un montón de cuadernos garabateados de versos.

Eran buenos.

O eso creo.

Pero me deprime cómo su generación (exprogresista) sigue ejerciendo de tapón para el imposible cambio de este país.

Una y otra vez exigen moderación.

Llevan moderándose desde que murió Franco y todavía (creen) no se han moderado lo suficiente.

En fin. Tengo cuarenta y seis años. ¿Qué coño voy a reprocharle a mi padre?

Mamá siempre fue ajena a toda discusión política o generacional.

Bueno, las cosas son como son.

La vida nos ha conducido hasta aquí.

¿Cómo sucedió todo?

Yo sólo tengo mis propios recuerdos. Desde muy niño soñando con una insurrección que corrigiera las cosas. Marché a Torrejón pidiendo «¡Bases fuera!» porque la OTAN ya era SÍ y no había podido votar, estuve contra Maravall cuando el Cojo Manteca rompió escaparates por la calle Alcalá, en el «¡0'7 ya!» junto a las monjitas, contra la guerra de Irak (la primera y la segunda), la noche del «¡Pásalo!», el 15M. Hemos envejecido en una pelea interminable y por eso la noche de los cinco millones de votos para Podemos acudí a la plaza del Reina Sofía y canté y me emborraché con amigos que luego han dejado por el camino (en muy poco) la esperanza, porque después vino Cataluña y todo explotó. Mi padre, supongo, estará feliz. Ahora su generación se abraza en los restaurantes del barrio de Salamanca con los señoritos fascistas que rompían la crisma a los rojos en el cercano parque del Retiro, siendo esos señoritos fascistas hoy en día personas de orden, votantes del PP o, como mucho, de Ciudadanos, y admiradores de la medida socialdemócrata de exministros felipistas, los del GAL y la corrupción pero pelillos a la mar. Han vuelto banderas victoriosas. Gracias, papá.

13

Padre

Hoy me gustaría leer una nueva novela de Manolo Vázquez Montalbán, de las de Carvalho, el detective, o una antigua, siempre me gustaron mucho, qué tontería, roto aquí, sentado y casi senil, con Emily dándome el puré, tengo ganas de literatura policiaca porque la vida son esos pequeños placeres, también la lectura, el petimetre presume de ser un insaciable lector, aunque al petimetre Vázquez Montalbán le hubiera mandado a tomar por culo, Vázquez Montalbán es el único comunista al que respeté hasta el final, bueno, no el único, yo mismo fui comunista, hoy llueve, lo de Cataluña está resuelto, el nacionalismo como dolencia pequeñoburguesa, repasemos a Lenin, camarada de la coleta bolchevique, hay días en los que puedo comer yo solo, hay días (como hoy) en los que Emily tiene que meterme la cuchara en la boca, retrocedo, mi estado de ánimo, supongo, influye, mi mano derecha ya no responde, quería escribir y ya me resulta complicado, dice el médico que no se trata de algo físico sino anímico, es posible, volverán las oscuras golondrinas, pasan los días, vino a verme mi hija Carla y me contó que ha hablado con Ernesto y que sigue igual, ajeno al mundo, encerrado en sus idioteces, hace siglos que no lo veo, parece como si me acusara de esta decrepitud terrorífica, este camino hacia ninguna parte, estoy dispuesto a reponerme, me comunico como puedo con el iPad, le dije a Carla que no se preocupase, que estoy bien, Rosa no ha vuelto todavía de Valencia, vendrá el fin de semana, por la ventana se suceden los días grises, todo es invierno, Rosa va distanciándose de mi desgracia, ella es joven aún, no merece convertirse en prisionera de mi declive, quisiera pedir a Emily que me leyese *Los pájaros de Bangkok* u otra novela de las muchas que tengo en casa de Vázquez Montalbán, no me atrevo, me sentiría imbécil, debo recuperar mi

mano derecha o morirme, así no puedo continuar, Ernesto tenía once años cuando el 23F, recuerdo su voz de niño preguntándome si íbamos hacia una guerra civil, se lo había oído decir a las vecinas que bajaron pegando gritos cuando oyeron los disparos en la radio, «no, hijo, no va a haber otra guerra», pero yo mismo no lo tenía tan claro, estaba en Valencia con unos compañeros de partido y hablaba por teléfono con mi familia y al mirar por la ventana contemplamos un tanque avanzando por la avenida, «no te preocupes, hijo mío, mañana estaré allí, dile a mamá que se ponga», cuánto le he querido y qué imbécil se ha vuelto, no sé de qué manera ese niño sensible que escribía cuentos policíacos protagonizados por un aristócrata inglés y manco llamado Sir Lombard se ha convertido en un juntaletras de página web o peor, en un propagandista de la causa bolivariana y anticuada que lidera el petimetre, le pusimos Ernesto, claro, por Guevara, eran otros tiempos, lloramos el asesinato del Che, viajábamos a Cuba soñando un trópico utópico que nunca se sustanció en nada o quizá sí, no quiero más puré, Emily, gracias, muevo la cabeza, me limpia las comisuras de los labios con la servilleta y me deja mirando el televisor aunque no escucho nada, estoy perdiendo capacidad auditiva, me alejo cada vez más de este mundo y, sin embargo, no pierdo mi capacidad para la ira, del ruido y la furia sólo me queda la furia y todo lo demás es silencio.

Un cuento de misterio protagonizado por Sir Lombard

*Primer premio del concurso de cuentos para escolares Puente de Vallecas-
Ernesto Díaz, 12 años*

EL EXTRAÑO CASO DEL AROMA A DROGA

Sir Lombard miró por la ventana de su mansión y vio acercarse a un hombre extraño. El hombre llamó a la puerta y el criado de Sir Lombard fue a abrirle.

—Señor, le viene a ver Mr. Chang.

—Encantando, soy Sir Lombard, noble y detective.

—Por eso vengo. Ha desaparecido mi hijo. Vinimos de China en viaje de negocios y fuimos a cenar a un restaurante de Londres. Al salir había niebla, escuché un ruido como de cristales, me desmayé y cuando desperté mi hijo ya no estaba. Me dejaron esta nota:

«Denos un millón de libras o su hijo morirá. Firmado: La garra negra».

Sir Lombard miró a Mr. Chang y le prometió estudiar su caso. Miró la nota y reconoció un olor peculiar.

Cuando se fue Mr. Chang, Sir Lombard decidió ir al restaurante en el que el empresario chino y su hijo decían haber cenado. Se llamaba El Ave del Paraíso y estaba en uno de los barrios más peligrosos de Londres.

Sir Lombard habló con el tabernero, pero este le dijo que no recordaba a ningún chino.

Al salir escuchó un ruido de cristales y, antes de desmayarse, logró con su único brazo agarrar entre la niebla la chaqueta de un personaje que se ocultaba en una esquina.

Despertó dentro de un coche y un hombre lo miraba fijamente. Era su amigo, el doctor Stevenson, que le había encontrado tirado en la acera y le llevaba a casa.

—Menos mal que su criado me dijo adónde había ido usted y fui a buscarle. Cuando llegué, vi correr a un hombre.

—Creo que casi resolví este caso.

—¿Cómo? ¿Tan pronto?

—Mi olfato me ha llevado al criminal. Literalmente.

—¿A qué se refiere?

—Lo explicaré en su momento.

Sir Lombard citó a Mr. Chang en su caserón. El chino venía un poco sorprendido de que lo llamasen tan pronto.

—¿Ya ha descubierto algo?

—Sí.

—Dígame.

—Esta nota es falsa. Apesta a opio, sé reconocerlo de mis tiempos de marinero por los mares de China, cuando tuve que ir a fumaderos a sacar a compañeros que caían en las garras de la droga. Su hijo es drogadicto, ¿verdad?

—Sí, he de confesarlo.

—Y lo trajo a Londres para que se librara de su adicción.

—Efectivamente. Iba a acudir a una clínica especializada cuando fue secuestrado.

—No exactamente secuestrado, Mr. Chang. Él mismo decidió ponerse en contacto con los traficantes y que lo secuestraran. O mejor dicho: su propio hijo hizo que simularan un secuestro con él de víctima para poder drogarse de nuevo y que usted creyera que lo retenían en contra de su voluntad. Y, además, está el modo en que me pusieron fuera de combate. Lo vi en otro caso que investigué. Utilizan siempre el mismo truco: tiran al paso de su víctima una botellita de cristal con cloroformo. Son Los Tigres, una banda que opera en el sur de Londres. Tengo otra prueba: logré arrancar este botón a uno de ellos.

Mr. Chang miró el botón. También estaba en la habitación el doctor Stevenson. En el botón ponía Lambert & Lambert. Una sastrería muy conocida de la ciudad. Hasta allí se desplazaron todos.

Era de noche y la sastrería estaba cerrada. Se situaba en un barrio sin

apenas vecindario. Todo estaba en silencio. Sin embargo, a través de las ventanas de la sastrería se veía una luz.

—La sastrería es una tapadera —dijo el doctor Stevenson.

—Efectivamente —respondió Sir Lombard con su frase preferida.

El aristócrata y detective abrió la puerta con una ganzúa (demostrando que una persona a la que le falta un brazo puede ser también hábil) y muy sigilosamente bajaron unas escaleras hacia el sótano de donde venía la luz.

Allí encontraron ¡un fumadero de opio! ¡En pleno Londres! Un chino de enormes bigotes sacó una espada y se fue hacia Sir Lombard, pero este fue más rápido y desenfundó su pistola.

—Le ruego que no me obligue a utilizarla.

El doctor Stevenson dio un puñetazo a otro miembro de la banda que intentó acercarse con un garrote y levantó su bastón para amenazar al resto de los presentes. Aunque la mayoría ni podía moverse.

—Hijo mío —dijo Mr. Chang.

En una cama había un joven chino muy demacrado, cadavérico. El caso estaba resuelto. Mr. Chang se llevó a su hijo, la policía desmontó el fumadero de opio y Sir Lombard y el doctor Stevenson volvieron paseando a casa.

—¿Aquí acaba todo? —preguntó el doctor Stevenson.

—No lo creo. La droga se extenderá por Londres y por todo el mundo y será un problema en el futuro.

—¿Está usted seguro?

—Efectivamente.

15

Hijo

Mi madre siempre pensó que yo tenía talento. Y que lo demostraría con una novela, una canción, una película, un libro de versos, cualquier artefacto cultural de los que tanto le gustaban porque en mi familia la cultura siempre ha sido una categoría fulgurante y no tanto el dinero, la gloria o el chalé en Mallorca. Mi madre se equivocaba, pero murió antes de saberlo. No tengo talento alguno. O si lo tengo, no sé ejercerlo así que da igual. Es de noche y estoy con dos compañeras de la redacción tomando una copa en La Vía Láctea, tugurio inmortal de Malasaña, cuando yo tenía veinte años casi nadie venía por aquí, era un paréntesis de olvido, y luego La Vía Láctea resucitó para siempre. En la planta de arriba las paredes estaban empapeladas con viejas páginas de revistas del corazón en las que Lola Flores y otras celebridades de los setenta posaban en un paisaje de cardos borriqueros y piscinas con tufo a cloro.

—¿Te pido otra?

Sí, por supuesto. La madrugada es joven y mañana no trabajamos. Mi madre siempre confió en que su hijo se condujese hacia alguna suerte de triunfo, pero no pudo ser. No se trata de lamentarse. Las cosas son como son y hay que tomarlas como vienen. Además, aunque quisiera intentarlo ahora, no funcionaría. Me refiero a que sólo venden novelas las presentadoras y presentadores de televisión y yo no soy más que un redactor jefe de una publicación entre el colorín, las tendencias y el puro cotilleo. No me avergüenzo de ello. Es el nuevo periodismo de Internet, siempre a la caza de escándalos en Twitter, desnudos en Instagram y (eso está bien) un feminismo intransigente que las chicas más jóvenes defienden a ultranza.

De vez en cuando escribo algún artículo nostálgico porque la nostalgia le

gusta a todo el mundo, también (y especialmente) a quienes se asoman a una prehistoria en la que se cursaba el BUP, y me descubro añorando infectas baladas de Rick Astley porque, bueno, por lo menos en aquellos días existía algún tipo de esperanza.

Triste, solitario y final. Como escribió Chandler. Así me siento. Mamá murió rápido, sin expresar queja alguna, sonriendo todavía bajo la luz brutal de los quirófanos y las salas de hospital. La echo de menos. Tal vez culpe a mi padre de su muerte. Resulta absurdo, pero hay algo de ello.

—¿Por qué pareces siempre tan triste?

Mi compañera de trabajo inquiere, en la sonrisa indócil de sus veintiséis años, bella y distante, aunque repentinamente intrigada por mi desdibujada figura de pelo largo.

—Porque estoy siempre triste. Es sólo eso.

Nada que un buen trago de ginebra no pueda aliviar.

Se me pone voz de Philip Marlowe, el detective preferido de mi padre después de Pepe Carvalho.

—Eres un tipo duro.

—A ciertas horas de la noche solamente.

Hay una cierta placidez en este momento alcohólico bajo la luz de neones de color rosa y alrededor estudiantes de beca Erasmus, modernos del siglo XXI, embarcados en la retromanía, el sonido del billar al fondo, risas *in crescendo*, la noche que envuelve todas nuestras mentiras en un celofán suavísimo y no sé cómo acabará esto, pero lo más parecido a la felicidad es conversar aquí con ella, pase lo que pase después, y que el mundo siga girando.

Mamá siempre pensó que yo poseía un talento torrencial y, sin embargo, mi único talento ha sido desaprovechar toda oportunidad. Echo de menos la caricia en el pelo con la que mi madre me decía buenas noches cuando era un niño. Así de absurda es la vida. Siempre somos niños esperando la caricia de nuestra madre para poder conciliar el sueño.

16

Padre

La noche del 23F permanecí en casa, todavía en Vallecas, nuestro hogar de cuarenta metros cuadrados, pero hoy no me he podido acordar exactamente de qué sucedió en aquellas horas, Ernesto preguntó con cierta alarma al ver el rostro inquieto de Andrea y yo le dije que no se preocupase y hablé con los compañeros de partido y me dijeron que había que esperar, así que aguardamos, fue una noche de largo silencio, tal vez Andrea y yo hiciéramos el amor, éramos aún jóvenes y conservábamos la pasión precisa, Ernesto escribió un cuento absurdo sobre el 23F, creo recordar, se lo leí un día que entré en su cuarto del chalé de Aravaca y vi su ordenador encendido y curioseé, no debí hacerlo, la verdad es que Ernesto escribe bien, siempre lo ha hecho, desde que se inventase a Sir Lombard, y su madre aguardaba un éxito literario que nunca llegó, pero qué más da, fracasar en la vida no tiene ninguna importancia, ¿es triunfo esto que vivo ahora mismo?, como en un agujero, ajeno al mundo, hay días que escucho y veo y hay días en que no entiendo nada, Emily resulta el único nexo de unión con el planeta, ¿dónde está Rosa?, ¿por qué no acude en mi ayuda?, he olvidado su rostro, recuerdo perfectamente el de Andrea, recuerdo el sabor de sus besos y el tacto de su piel, pero Rosa se ha desvanecido en mi cabeza y temo que deje de existir, sólo queda el sentimiento de amor profundo, de enamoramiento raudo, ese golpe en el estómago con el que una noche, hace mucho tiempo, supe que quería compartir con ella mis días, supongo que en Valencia tiene mucho que hacer, Carla me dijo algo el otro día que me resulta ininteligible, mi hija es como yo, tiene hambre de victoria y se adaptará a los tiempos y se afiliará al partido más conveniente, igual que yo hice, es ley de vida, sí, Ernesto, es ley de vida, no todo es mantenerse firme en la misma trinchera como esos viejos

camaradas que todavía me encontraba por ahí cuando podía caminar, viejísimos camaradas con la misma melena y la misma trenca, rala y canosa la pelambreira trotskista y los zapatos de cura de cuando corríamos con los grises persiguiéndonos, y aquella noche del 23F, con Tejero en el Congreso de los Diputados, Andrea y yo nos miramos y Vallecas dormía igual, tal vez más inquieto el barrio, qué íbamos a hacer, la cárcel y el exilio, todo eso se planteaba como una posibilidad cierta si volvían a ganar los fascistas, el Rey lo impidió y desde entonces es mi Rey, por mucho que luego se haya encamado con toda buscona que se cruzase en su camino, eso son problemas suyos, Juan Carlos I nos salvó del abismo y hay que agradecerse igual que debierais, Ernesto, agradecernos que os diéramos la democracia y todos estos años de prosperidad, y no tanto lloriquear porque ahora sólo cobráis mil euros y no podéis tener un chalé con piscina como soñabais, aquel 1981, ¿qué sucedió aquella noche?, ¿por qué no puedo recordarlo con exactitud?, ahora pienso que quizá no permanecí con Andrea y Ernesto como hubiera debido, ahora mi memoria dibuja una noche de miedo en Valencia, la vergüenza de no atreverse a salir a la calle a lanzar piedras a aquellos tanques amenazadores, la cobardía que convertimos en una forma de heroísmo, ahora acabo de darme cuenta de que (tal vez) estoy construyendo mentiras para edificar mis recuerdos, y eso me ha aterrorizado, se desdibuja el mapa de mi memoria, ya no sé lo que sucedió el 23 de febrero de 1981, lo relato de una manera y también de otra y ambas son, en mi cabeza, lugares exactos, intercambiables, la voz de Ernesto y Andrea y también los tanques en Valencia, ¿dónde estuve aquel día?, ¿quién soy si no puedo tener siquiera la seguridad de que mis recuerdos son ciertos?, ¿quién soy si pierdo mi pasado?

Del inacabado libro de relatos
Noches de la Transición

Proyecto en marcha de Ernesto Díaz

Cae la noche. Después de hacer el amor, la penumbra extendiéndose, debajo del humo de los cigarrillos mentolados, tras las cortinas de la habitación, sobrevolando la moqueta verde, en el olor aséptico de un cuarto de hotel. Miro a Luis tendido en la cama, rendido a la molicie, aterrizando en un sueño placentero, sus gafas enormes sobre la mesilla, su barba de subsecretario, su terno gris arrugado en la silla, las docenas de veces que nos habíamos jurado no volver a vernos. Todavía era joven y aspiraba a un mundo diferente cuando nos enamoramos. Escucho pasos apresurados en el pasillo. Mis hijos están con su abuela, mi marido de viaje, mi vida en tránsito hacia ninguna parte. Sé, repentinamente, que es el final. Recordaré, a partir de ahora, este instante de quietud y cenizas. Volver a casa, preparar las clases, trazar garabatos en mi cuaderno de notas, emprender de nuevo mi camino. Soy una mujer de esta España nueva, que despierta tras cuarenta años de oscuridad y ya jamás volverá a ser igual. La distancia sideral que me separa de mi madre y mi abuela, abnegadas amas de casa (de familia bien), me promete un futuro fulgurante. Y, sin embargo, ¿por qué tengo la sensación de que no todo está cambiando como debiera? Luis no guarda mala conciencia de esta aventura interminable (desde los años de facultad) y yo sí. Él está casado, yo estoy casada, cumpliremos dentro de poco cuarenta años, la existencia discurrirá más lentamente, sin sobresaltos. Eso espero. No amo a Luis ni tampoco amo a mi marido. Llegará el momento en que todos separaremos nuestros quehaceres. Mi marido, Luis, yo. Seremos otros. La

noche ha caído sobre la ciudad. Hay un extraño eco de transistores en las habitaciones contiguas. Continúan las carreras por los pasillos. Luego llega el silencio. Como si todo se hubiera detenido. Un cigarrillo mentolado y el tenue modo de roncar de Luis, con ese gesto de niño despreocupado que recupera cuando duerme. El humo dibuja siluetas en el espejo. No enciendo la luz. Así es como se clausura el amor. En un instante estúpido, vulgar, no hay despedidas en la estación de tren ni un avión con las hélices en marcha esperando para que ella abandone Casablanca. Solo una tarde de febrero en un hotel de Madrid. 23 de febrero de 1981. Supongo que esta fecha quedará borrada por el olvido. Que dentro de muchos años no tendré conciencia de lo que aquí ocurrió. Nadie preguntará qué hice esta tarde, dónde estaba mientras mis hijos cenaban con su abuela y mi (seguramente ex) marido cerraba negocios en Vitoria. 23 de febrero de 1981. Una fecha como cualquier otra.

Recuerdo que era una parada más dentro de un trayecto agotador entre algún lugar de Rumanía y Atenas. Teníamos un visado de veinticuatro horas para atravesar Bulgaria y nos detuvimos en Sofía antes de tomar otro tren hasta Salónica, desde donde volveríamos a partir. Era pleno verano, hacía un calor exasperante y vimos por la calle a un zíngaro que conducía a un oso bailarín como si hubiéramos viajado en el tiempo y no fueran los años noventa del siglo XX sino algún lugar en el pasado. Muy cerca continuaban las matanzas en una Yugoslavia que ardía por los cuatro costados. Habíamos visitado Eslovenia, convertida en uno más de los prósperos *länder* alemanes, aunque con pistolas en las discotecas, según nos advirtieron unas chicas que conocimos. Desde el tren, cruzando territorio croata, contemplamos las idas y venidas por la carretera de los vehículos que trasladaban a los cascos azules. Pero la guerra estaba lejos aun estando tan cerca. Y nosotros pasábamos el día en una ciudad de Bulgaria cuya fisonomía quedaba confundida en un paisaje de plazas abrasadas por el sol y parques con el césped sucio y seco. Allí nos tumbamos, agotados, apestando a ferrocarril, a calcetines sudados y a una insultante juventud que nos eximía de cualquier asco, con las mochilas a cuestas, atravesando Europa de punta a punta. Éramos siete en el grupo, dos chicas y cinco chicos, Agustín, Alberto y Quique dormían en el suelo, bajo la sombra de un raquítico árbol, entre colillas de cigarrillos y papeles manchados de mierda. El resto, en una especie de letargo irreal, conversábamos.

—¿Cómo creéis que seremos cuando tengamos cuarenta años?

—Yo habré triunfado como director de cine y me habrán dado ya, por lo menos, dos Oscar.

Reímos la ocurrencia de Luis, tan seguro de sí mismo, tan dado al histrionismo, tan aficionado a las drogas y a guionizar proyectos cinematográficos imposibles, uno detrás de otro, compulsivamente, tan militante en un marxismo-leninismo que le hubiera condenado al gulag en tiempos de la Unión Soviética. Resultaba raro verle lucir una camiseta con la hoz y el martillo en unos países que aborrecían ese legado recién disuelto, caído el Muro hacía apenas nada. Luis fumaba hachís sin importarle si allí, en Sofía, eso significara todavía (seguramente) un serio problema con las autoridades.

—Cambiaremos el mundo, camaradas, esta vez lo haremos. Y, de paso, seremos ricos y famosos. Hasta la victoria siempre.

Eva, su novia, le arrebató el porro y añadió:

—Y yo estaré a tu lado para disfrutar del éxito, el champán y la cocaína.

Habló Tania:

—No sé. Veo a mi madre y a mi padre y me pregunto si quiero ser como ellos. Están vacíos. Votan a Felipe con devoción cristiana, han conseguido su pisito en La Estrella con vistas a la M-30...

—El pisito del que disfrutas —interrumpió Luis.

—Del que disfruto, pero en cuanto pueda me doy el piro, amigo, tonta no soy. No sé. A veces me da miedo pensar en el futuro. Y, sin embargo, estoy convencida de que estará bien. De que nosotros seremos mejores.

Yo callaba, con el cerebro aplastado por una modalidad desconocida de fiebre eufórica, feliz de estar allí, en ninguna parte, sin ganas de volver, firme partidario de que el viaje fuera eterno. Recuerdo que hicimos varios interrailes y yo siempre me quedaba entre los últimos, apuraba hasta el final. Se iban retirando algunos de los miembros de la expedición, desgajándose, tomaban trenes desde Turín, Hamburgo, Ginebra, y regresaban al calor del hogar. Yo continuaba. Yo ansiaba dormir en vagones de ferrocarril, escuchar en el duermevela voces en idiomas extraños, el trasiego de las aduanas, la posibilidad de seguir viajando eternamente, de un lado a otro, no retornar nunca.

Tania había hablado con una teatralidad que nos violentó y Luis y Eva comenzaron a reír, embriagados ya por el hachís, y el resto siguió durmiendo y yo no dije nada.

Pensaba que las cosas irían bien, pero, a la vez, había una melancolía doliente debajo de mis anhelos.

Era el último año de carrera, tal vez, y el futuro eran las playas de Corfú, hacia donde nos dirigíamos como definitivo fin de trayecto.

¿Qué sucedió luego?

Luis se mató en un accidente de tráfico, Eva desapareció del planeta hasta que un día nos reencontramos para luego volvernos a perder de vista por siempre, Tania se marchó a Estados Unidos y abrió una clínica de odontología. Cada cual siguió con su vida, pasó al siguiente capítulo de la existencia.

Vimos caminar, en la reverberación del asfalto hirviente, al zíngaro llevando al oso del cuello con una enorme cadena. Ninguno de los dos parecía triste. Al menos el oso debiera habernos parecido triste y, sin embargo, tengo en el recuerdo sus ojos como de perro satisfecho, desprovisto de toda ferocidad y asimilando su destino, como si incluso hubiera un vínculo de cariño entre ambas figuras con algo de espectros.

¿Qué sucedió luego?

Vodka con limón en Atenas y un inesperado beso en una callejuela con Tania, de quien jamás estuve de verdad enamorado, aunque estuvimos saliendo una temporada.

En aquellos días todo era leve, pasajero, no nos tomábamos nada realmente en serio y no había teléfonos móviles, así que viajábamos sin que nadie supiese de nosotros.

A veces llamábamos desde cabinas de teléfono. Luis marcó el número de su casa desde Praga, se puso su hermana, Luis dijo «estoy bien» y colgó.

—Joder, ni siquiera le he dicho dónde estoy y llevamos veinte días fuera.

Soltó una de sus carcajadas de consumado fumador de hachís y fuimos a comprar plátanos para comer.

Los días se sucedían sin consecuencia alguna.

Era un buen modo de pasar el verano.

Luego nos haríamos mayores y el verano se haría mucho más pequeño hasta reducirse a quince días en Torrevieja o en Zahara de los Atunes, antes de que Zahara de los Atunes se convirtiera en un reducto burgués y para alemanes ricos y nos convirtiera al resto en jamaicanos a la puerta de los *resorts* de lujo. Exagero. Zahara de los Atunes sigue conservando su encanto y sus espléndidos atardeceres.

Europa, el genio que no cesa (aseguraba un eslogan publicitario de la época). Europa era nuestra verdadera casa y en nuestro pésimo inglés

hablábamos de fútbol con húngaros, eslovacos, alemanes y también soportábamos los gritos de los italianos en la litera de arriba, *youth hostel* tras *youth hostel*, y el silencio de los coreanos, mirando siempre desde lejos.

Recuperamos fuerzas, tomamos nuestras mochilas y nos largamos a la estación y en el tren nos encontramos a unos tipos de Segovia y jugamos al póquer toda la noche con ellos.

Corfú nos esperaba.

Del diario de Tristán Díaz*13-11-1989*

He visto bajar a la multitud hacia la plaza de Colón desde mi despacho. Madrid (otra vez), capital de la gloria. Banderas rojas, hoces y martillos, puños en alto, gritos de «¡No pasarán!». La muchedumbre despide a Dolores. Hay jóvenes entre la masa en marcha que resuelve en un daguerrotipo épico este fin de ciclo. Yo no puedo estar ahí. Soy secretario de Estado y hace mucho que los comunistas no son los míos. Y, sin embargo, no puede dejar de conmoverme esta despedida. A Madrid le encantan los funerales solemnes, la emoción de los catafalcos. Lo mismo si se da el adiós a unos abogados masacrados en su despacho de la calle Atocha que al Caudillo o a un alcalde cínico y sabio. Dolores Ibárruri. Pasionaria. Su hijo Rubén cayó en Stalingrado. Amonestó a Jorge Semprún: «Intelectuales, cabezas de chorlito». Un símbolo que en 1989 todavía entenece a una izquierda demolida. Pasionaria pertenece a la memoria sentimental de varias generaciones. La guerra. El exilio. Aquel regreso y su vuelta al Congreso de los Diputados, acompañada de Rafael Alberti. Traía el luto oscuro de la derrota y, tal vez por eso, España decidió votar a quienes vestían trajes de pana y habían comido tortilla para una fotografía que reflejaba mejor quiénes éramos después de tanto tiempo. Con motivo del noventa cumpleaños de Pasionaria cantó Ana Belén en el Palacio de los Deportes ante quince mil almas. Fui con Andrea y con algunos amigos. Saludé a Adolfo Marsillach. Cenamos tarde en su casa, un estupendo ático con vistas al Templo de Debod. Sólo unos pocos. Veremos a Dolores caminar las calles de Madrid. La vimos. Aunque salía poco de casa. Alberti sí que paseaba y cuentan que un día llamó al timbre del Palacio de Liria y le recibió la duquesa de Alba y le invitó a torrijas. Alberti

fue un frívolo magnífico. Es este un crepúsculo de banderas rojas, el último verano de nuestra juventud, a partir de ahora ya no habrá más comunistas. España se convertirá en Suecia con mejores playas. Mi hijo está ahí, entre el gentío, presume de marxista-leninista. No me entenece en absoluto sino que su empeño me parece una soberana idiotez. Los hijos de otros ministros militan en la UGT, pero el mío va a las manifestaciones por la insumisión. Ahora resulta que la mili es un infierno insufrible y estos memos malcriados se niegan a cumplir el servicio militar. Yo lo hice en el Sáhara y no me traumatizó. Un par de hostias de un sargento chusquero sí me llevé. Algo aprendí. Fortaleció mi carácter. Además, ahora pueden hacer la prestación social sustitutoria, pero ni eso admiten. Veremos a Dolores caminar las calles de Madrid. Tantísimo tiempo parece haber transcurrido desde aquella lejana militancia, clandestinidad tardía, no pisé la cárcel de Carabanchel, pero sí supe del miedo, del horror de los últimos fusilamientos. Al alba. He caído al borde de las lágrimas, al oír, muy lejos, arrastrados por el viento de Madrid, versos de *La Internacional*, voces de otros días, el pasado sobre el que se edifica este futuro que no resulta tan heroico como soñamos, pero así es la vida. Así es la vida, Ernesto. Vuelves a casa con la pelliza vieja de una canción gastada, niño aún pero cultivando una insolencia de militante irreductible. En tu habitación cuelga un póster del Che, muy parecido al que tuve yo mismo. Y, sin embargo, todo eso ha acabado. Debieras saberlo, hijo mío.

Información y Libertad era nuestro grupúsculo militante en la facultad y estábamos suscritos a *Egin* (diario afín a ETA) porque queríamos dejar clarísimo nuestro rigorismo pendenciero. Íbamos a demoler el sistema burgués, nos reuníamos en la cafetería y jugábamos al mus, apenas pisábamos las aulas y (pese a todo) aprobábamos.

Éramos Tania, Agustín, Alberto, Quique, Eva, Luis y Eric *El Rojo* y algún otro compañero de viaje para las excursiones y una chica rubia que se suicidó durante el primer curso y cuyo nombre se desvaneció en la nada como si jamás hubiera existido.

Tania, sistemáticamente opuesta a todo y a todos, melodramática, feliz en su melodramatismo y con un novio gallego, guitarrista y melenudo, bastante mayor que ella y que tocaba en Buenas Noches, Rose y ofrecía succulentos cigarrillos de hachís en el césped universitario, que era una playa en primavera, con jóvenes que disfrutábamos de nuestra juventud, aunque no lo supiéramos y creyéramos (enfermos de amor torrefacto) estar viviendo los peores años de nuestra vida. Que fueron los mejores.

Información y Libertad convocaba manifestaciones antifascistas frente a la facultad de Derecho y allí nos tiraban piedras los estudiosos fascistas que llevaban formándose en aquel lugar desde que Sánchez Albornoz y Manuel Lamana hicieron la pintada que los llevó a Cuelgamuros y luego a la libertad en el coche de unas estudiantes americanas. O sea, de siempre la facultad de Derecho madrileña ha sido una máquina de producir jóvenes de ultraderecha. Eso lo sabe cualquiera.

Luis consumía todo tóxico que le pusiese de buen humor y eso significaba que toda droga le valía. Eva, su novia, compartía el mismo dogma. Con Eva y

Luis viví largas noches de cabaré infernal, en antros infames como el Mona Lisa, adonde iban los estudiantes con ánimo alevoso de ligar y donde Luis transgredía toda norma de protocolo y siempre nos acababan echando. Iba a llegar lejos. Estaba seguro de que su genialidad le reportaría éxitos inmensos. Admiré mucho a Luis. Acabamos la carrera y bifurcamos nuestras vidas. Nos separamos. Hicimos varios interrailes juntos y luego todo se acabó. Quedó el recuerdo de tantas conversaciones trascendentes:

—Una vez, muy drogado, vi a Jesucristo.

—No jodas, macho, da miedo oírte decir esas cosas.

—No pasa nada, tío, hay que abordar esa faceta, el misticismo, lo que hay después de la muerte, quiénes somos, de dónde venimos. Vi a Jesucristo y estuve un rato hablando con él. Me pasó en la terraza de un apartamento que tienen mis padres en Laredo.

—Y ¿qué te dijo Jesucristo?

—Poca cosa, macho. En realidad, estuvimos hablando de cine. A Jesucristo no le gusta Tarantino. Que lo sepas, tío. Eso me hizo plantearme algunas cosas.

—¿Ves? Por eso soy ateo.

—Anda, chaval, dale al coco, aborda ese territorio oscuro, la parte espiritual de todo esto que nos rodea, ¿qué es lo que hay al otro lado? ¿Qué nos espera tras la muerte?

Ahora Luis ya lo sabe.

Tiempos de facultad. Allí me formé como militante, tras mi becariado junto a Humberto, acompañante de ocasión a manifestaciones púberes, pero ahora era otra cosa. Ahora yo era miembro de Información y Libertad, célula subversiva compuesta por futuros periodistas, cineastas y algún inminente profesional de la publicidad o (mejor dicho) sólo uno, Quique, que luego se volvería a Miranda de Ebro a llevar el negocio familiar y abandonaría el afán de rodar anuncios como el del helicóptero de Tulipán, que nos había marcado durante una infancia alimentada de margarina.

Alberto y Agustín se amaban y se dejaban barba a la vez y se la afeitaban al unísono. Eran callados y mantenían la cohesión del grupo votando a favor de lo que la mayoría opinaba, en un ejercicio de centralismo democrático que hubiera enternecido a Lenin.

—Hola, somos Alberto y Agustín, somos homosexuales y queremos militar si esta es una célula de combate antifascista.

Así de teatralmente se presentaron y aplaudimos su audacia (Chueca era todavía territorio yonqui y no la Disneylandia gay en la que se convertiría con el tiempo) y los admitimos en el grupo y también ellos se apuntarían a nuestros interrailes míticos, exploración de una Europa de estaciones de trenes, banquetes de plátano y sardinas en lata, cruzarse con gentes venidas de muchísimos lugares, amanecer fumando Camel con dos polacos roncantes tirados en el suelo y Europa, sin que supiéramos muy bien en qué país estábamos, amaneciendo ante nuestros ojos, al otro lado de la ventanilla del ferrocarril.

De todas ellas, de todos ellos, fue Luis el más cercano y quizá Tania, con quien mantuve un levísimo amor veraniego en un paisaje de playas griegas. Íbamos a bares de Malasaña y a bares de cantautores, en una extraña dupla, todo nos venía bien siempre que hubiera conversación, alcohol y disposición a la macumba sexual, que no eran tan fáciles (ni tan difíciles).

Estábamos un día manifestándonos a favor de Cuba, llegando a la plaza de Tirso de Molina, cuando Luis me preguntó:

—¿Traicionarás tus ideales?

—Espero que no. Estoy seguro de que no.

—Claro que sí, Ernesto, lo harás. Lo haremos todos.

Sonreía exhibiendo unos colmillos afilados como los de un lobo, seña de identidad de quien fue seductor ajeno a manual alguno, delgadísimo, devoto de las camisas azul oscuro, vaqueros rotos, media melena, un colgante de ascendencia hippy, ojos verdes como la albahaca que dijera el coplista.

—Traicionaremos ideales, seremos indignos, nos humillaremos. Es ley de vida, tío. ¿Has visto a nuestros padres? Se aburren. Hubieran querido, seguramente, llevar otro tipo de vida, pero se aburren. Yo me aburro también y por eso me meto en estas movidas. Nuestros padres, ni eso. Como mucho se irán de putas alguna vez, por romper la rutina.

Sucedió algo, hubo un sonido de cristales rotos, la policía empujó, se tensó el músculo de la masa manifestante, una carga disgregó a la turba combatiente y retomamos la conversación ya en la plaza de Cascorro, bebiendo cerveza y comiendo queso.

—Traicionaremos nuestros ideales y no pasará nada, joder, la vida sigue. Lo importante es vivir. Pasarlo bien. Yo pienso vivir hasta los cien años. Como mínimo.

Luis no pudo cumplir su palabra.

A Eva volví a verla muchos años más tarde y me dijo una de esas cosas sorprendentes que, enunciadas tanto tiempo después, ya no valen para mucho:

—¿Sabes que yo, en realidad, estaba enamorada de ti?

Eva y sus ojos de gata, su voz ronca como de cantante mexicana, su inteligencia refulgiendo en cada conversación, introduciendo una medida exacta de palabras, con el peso de la ironía en cada acento.

Me sorprendió su afirmación, jamás lo hubiese dicho, seguía siendo salvajemente guapa y, sobre todo, conservaba la inteligencia límpida de cuando quisimos socavar los cimientos del sistema y ella se reía de nuestro verbo excesivo.

La mirada rubia de Eva se volvió triste al revelarme aquel misterio del pasado.

—Imposible volver atrás.

Musitó.

Y luego continuó su camino. Y yo el mío. La ciudad, alrededor, hervía en su indiferencia devoradora.

21

Padre

El modo en que empezó todo, me estoy acordando esta mañana inane de eso, del modo en que empezó todo, Andrea y yo en la parroquia, conversando con el cura nuevo, joven, guapo y rojo, había pasado por la cárcel de Zamora, según nos contaron, allí en la parroquia se daba la catequesis del marxismo y el padre Llanos ofrecía su bendición, así era aquel tiempo de chabolas y anhelos revolucionarios, conocí a Andrea en la parroquia y luego nos casó un cura que, a su vez, se casó al poco, los curas se casaban mucho en las postrimerías del franquismo, qué palabra, postrimerías, me gusta, es antigua como yo lo soy, el modo en que empezó todo, seguramente fue Fuenfría, Juanco Yuste, el primero que conocimos, nos reclutó en tardes de horchata y calor tremendo, hacía calor en verano, mucho más calor que ahora, no había aires acondicionados ni cosa que se le pareciera, padecíamos las altísimas temperaturas en los autobuses, en el trabajo, en casa, a la hora de dormir, bajo tejados de uralita, las ventanas abiertas y los perros venga a ladrar, el olor de los higos, el modo en que empezó todo, Andrea y yo estuvimos codo con codo, comenzamos a acudir a las reuniones clandestinas, amor y revolución, textos absolutamente indescifrables de Althusser y de otros autores marxistas, jerga para iniciados, el libro rojo de Mao, así se templó el acero, clásicos literarios de la épica soviética, recuerdo cómo me emocionaba la valentía de Andrea, ella era de verdad valiente, no como el resto de la célula de la que pronto formamos parte, ¿compañeros de viaje?, ¿militantes?, ¿qué diferencia había?, ninguna para la policía, los galones que se los cuelguen quienes crean que sirven para algo a estas alturas, éramos cuatro gatos jugando a la revolución y desafiando al franquismo mientras España seesteaba feliz, soñando con el 600, este país es así, quiere un buen coche y poder veranear

en la playa, nosotros aspirábamos a mucho más, a cambiar el mundo, menudos tontainas éramos, el modo en que empezó todo, Andrea y yo convertidos en jóvenes guerrilleros, recién casados, ella siempre callada en las reuniones, aunque sin rehuir los saltos, desafiando a la policía, corriendo con sus pantalones de pana marrones, aquellos que le sentaban tan bien, yo tenía tanto miedo de que la detuvieran, menos mal que me arrestaron a mí, menos mal que no supieron nada de ella, o no lo suficiente para capturarla, tardes en la parroquia con un cura rojo, tardes en un piso secreto leyendo las instrucciones de la dirección del PCE (m-l), exiliada en Suiza, primeras acciones del FRAP, no era terrorismo sino lucha popular, la violencia armada era el instrumento del pueblo para la liberación, pero ¿y las armas?, aquí no había Sierra Maestra para echarse al monte como Marx manda, eso me decía Andrea, bromeando, tan seductora, sin tomarse en serio del todo lo que no había que tomarse en serio, peleando porque creía que era lo que había que hacer, pelear y ya está, pelear contra una dictadura putrefacta, simplemente, éramos comunistas, pero Andrea, como bien me dijo una vez, era (sobre todo) antifranquista y luego ya se vería, «si hay comunismo y el comunismo está bien, perfecto, aunque de gulags ni hablar», así era Andrea, porque tampoco éramos ajenos a la emoción que nos provocaba *Doctor Zhivago*, la película, con Omar Sharif y Julie Christie, qué música tan bonita, aunque *Doctor Zhivago* hubiera que verla a escondidas de los camaradas, también eso le hacía mucha gracia a Andrea, salíamos del cine mirando para los lados como espías huyendo tras una cita crucial en el Checkpoint Charlie, el modo en que empezó todo, lecturas indigestas de marxismo, besos y la piel desnuda de Andrea, noches de calor y su respiración velando mi sueño, el horror cuando los nuestros mataron por primera vez, un navajazo en la tripa a un guardia como en *La carga de los mamelucos* de Goya, ¿íbamos a liberar España así?, ¿a navajazos?, dudábamos tal vez, pero enseguida llegaba la noticia de una detención, de una tortura, de uno de los nuestros caído en combate, y queríamos navajas, queríamos la sangre del enemigo, es así, no en el caso de Andrea, ella se ensombrecía en aquellos momentos, desaparecía, se distanciaba, fue tomando distancia, de hecho, mientras yo seguía en la batalla, absorto en mis obsesiones políticas, era primavera cuando nos vimos por vez primera, Andrea y yo, a la salida de una misa marxista, qué cosas, tan jóvenes, raudos en el amor y casados casi enseguida, y pronto llegó Ernesto, el modo en que empezó todo, me acuerdo de una verbena, una conversación

entre Andrea y yo, habíamos estado esa misma tarde escuchando las divagaciones de Conrado, un líder rocoso que exhibía admoniciones para quienes se apartaran de la recta vía, curiosamente aquel Conrado, camarada Conrado, se parecía más a los curas de mi infancia que el cura que nos casó a Andrea y a mí, hablábamos Andrea y yo, sentados en la mesa de una terraza, sillas de color verde con trazos de óxido, la música decayendo en la noche, las últimas parejas bailantes, Andrea me explicó que no quería exponerse más, que la vida no sólo era política, ella estaba dispuesta a continuar haciendo política pero, sobre todo, quería vivir y no perecer absurdamente como algunos de nuestra secta, eso éramos un poco (o mucho), una secta de iluminados dispuestos a morir y matar, pero no me arrepiento, no puedo arrepentirme de todo aquello, la vida es compleja, mi hijo no lo entiende, pero la vida es muy compleja, aquellos fueron nuestros mejores días, incluyendo las dudas, el miedo en el autobús de camino a una reunión, los trabajos que iban saliendo aquí y allá y unos estudios que a duras penas iba sacando adelante, muy lejos estaba yo de esos universitarios bien vestidos que se dedicaban a tiempo completo a sus libros y al activismo y a quienes sus padres liberaban de la comisaría antes de que les partiesen la cara, o no, recordemos a Enrique Ruano, para él no hubo salvación, cuánta miseria y, sin embargo, fuimos felices, ¿verdad, Andrea?, la veo bailando un twist, en nuestra casa baja de Palomeras, con la radio muy alta, un mediodía abrasador, retumbando aquella canción contra la cegadora cal de la pared, pasó un pastor con sus ovejas en la lejanía, paisaje de descampados, desmontes y basurales, allí fuimos tan felices, Andrea, y adónde se fue toda esa felicidad, el modo en que empezó todo, el camarada Fuenfría presentándose discreto, el camarada Conrado leyéndonos el catecismo marxista-leninista, Manolo El Albañil esforzándose en adecentar su caligrafía, aquellas dos jovencísimas hermanas que apenas abrían la boca y tomaban notas y cuando Conrado se enteró de que se llevaban aquellas lecciones secretas escritas en un papel montó en cólera, «llevadlo en la cabeza, todo en la cabeza, la clandestinidad es un sacerdocio», éramos felices, el camarada Fuenfría y yo nos fuimos a Gredos una Semana Santa, de acampada, hicimos una fogata, asamos chorizos, éramos jóvenes y felices, pese a todo, es increíble que pudiéramos ser felices en aquella cárcel inmensa que era España, tal vez fuera Andrea quien nos transmitía esa felicidad incombustible, que ardió siempre hasta que dejé de ser feliz, me hice poderoso, conocí a otra persona a la que amar, me alejé

irreparablemente de mi mujer y de mi hijo, pero esa es otra historia, el modo en que todo empezó fue en una parroquia de Vallecas y un cura rojo que nos exhortó a la lucha, así de simple, casi puro tópico, no hay más.

Últimos días de mamá

De un papel escrito por Ernesto Díaz que ardió una madrugada triste

El actor tenía miedo a los hospitales y apenas pisó la habitación donde su mujer estaba muriéndose. Ni siquiera fui capaz de enfadarme con él, a mis treinta años recién cumplidos, enfrentado al horror de una extinción a cámara lenta, yendo y viniendo al hospital, atravesando turnos infernales, madrugadas de fuego, *breaking news*, guerras y tempestades, ejerciendo de corresponsal en Lavapiés y luego en metro, sudado de un largo día de contar noticias a pie de calle, mamá en la cama, recibíendome con su invencible sonrisa.

Hablábamos mucho.

—Sé que te irá bien en la vida. Posees algo especial, Ernesto. Ya verás.

Yo lo dudaba.

Lo dudé mucho.

Pero jamás se lo dije.

Mamá abrió una tienda de antigüedades muy bonita por la zona del Rastro, decoró nuestra casa con la matemática de quien prescinde de todo cálculo, se enamoró de un actor que interpretaba *Esperando a Godot* en la sala Triángulo, apenas hizo mella en su ánimo la huida de papá, con su novia nueva, igual que tantos compañeros de partido, ridículos nuevos ricos.

Mamá ya no hacía la cena, salía todas las noches, y yo tampoco aprendí nunca a hacérmela así que me acostumbré a comer mal, pero me hacía feliz ver su felicidad y me esforcé por simpatizar con aquel actor, aunque el modo en que miraba obsesivamente su calvicie frente al espejo del salón, en las sobremesas de domingo, no auguraba nada bueno.

Otro egomaniaco (como yo) pero, encima, demasiado preocupado por su calva como para acompañar a la mujer que amaba en el momento del adiós definitivo.

Papá apenas apareció en escena, aunque él está convencido de que sí. O guarda silencio al respecto. Permanecía un rato conversando, siempre con prisas, empujado por urgencias gubernativas, naturalmente, seguía contribuyendo a la estabilidad de España desde su escaño o desde su despacho, desde donde se terciase.

—Nunca entendiste a tu padre.

Me dijo mamá, herida su vocalización por los medicamentos, el último rayo de sol dorando la suciedad del cristal de la ventana, sombras de árboles florecidos, era primavera, supongo.

—Nunca comprendiste a tu padre, jamás le diste la menor oportunidad. Él tampoco a ti, es cierto. Pero no entendiste jamás que fuimos una familia dichosa. Te empeñaste en que no, sigues empeñado en ello. Pero fuimos felices. El viaje a Lisboa en 600, los veranos en ese pueblecito de Ávila, ser tres, tan pocos, sólo tres, no como otras familias en las que había muchos hijos e hijas, sólo tres, tú, tu padre y yo. Lo hemos pasado muy bien.

—¿Y tú, mamá? ¿Tú has sido feliz?

—Absolutamente. No soy dada a tragedias. Tu padre se fue y comencé un nuevo capítulo de mi vida, ya está. Con Ángel he conocido otro universo, esa bohemia que sale todas las noches por un Madrid secreto, inacabable. Escribió Hemingway que París no se acaba nunca, pero lo que no se acaba es Madrid, la noche de Madrid, todas las noches son una aventura y yo lo he descubierto, fíjate tú, con cincuenta años. Más vale tarde que nunca.

Miré a mi madre, consumida en una delgadez de cadáver inminente. Después miré por la ventana y allí estaba Ángel, el actor, parado en la acera, fumándose un cigarrillo y reuniendo fuerzas para entrar. Apagó el cigarro y encendió otro. Se dio media vuelta y se alejó en la tarde crepuscular.

—Ángel es un imbécil, mamá.

—¿Crees que no lo sé? Pero me ha amado incondicionalmente y yo, en cierto modo, también lo he querido. Me he divertido con él. Eso, a veces, basta. Ya lo aprenderás. Hay tiempo para todo. Para los grandes amores, como lo fue el mío con tu padre, y para los amores pequeños, los amores de paso, los amores minúsculos, infinitesimales.

Mamá tenía un modo de hablar especial, como si escribiese en un

cuaderno. Jamás oí que profiriera una expresión malsonante. Respiraba con dificultad. Fue quedándose dormida. La tomé de la mano. No murió ese día sino otro. Era de madrugada y me desperté. El reloj sobre la mesilla marcaba en trazos rojos de luz las 04:46. Se trataba de una radio/despertador que mamá me había pedido que le trajera para simular un orden doméstico en aquel pudridero. Aquel día decidí pasar la noche con ella. Y, al despertar súbitamente, sentí un vértigo animal que me lanzó, como un resorte, a la cama donde yacía mi madre. Ya no respiraba. Mamá había muerto. Lloré y me quedé contemplando su rostro, desprovisto de la forma que tienen las cosas vivas. Somos siempre niños ante la muerte. Tuve miedo. Mi padre estaba de viaje por decisivas cuestiones referidas a la gobernabilidad de España. En Finlandia. ¿Qué cojones hacía mi padre en Finlandia mientras mamá se moría? ¿Qué cojones hacía el actor representando un vodevil de mierda en un Café Teatro de la calle Bailén? ¿Qué hacía yo allí solo? Mamá había muerto. Me acordé de una de mis últimas conversaciones con ella.

—La vida (a veces) te va a doler, eso seguro, pero cada minuto merece la pena. Te lo dice alguien a punto de abandonarla así que algo tengo que saber del asunto.

Mamá y sus frases como escritas en un cuaderno.

Después de que mamá muriese y la enterrásemos en el pueblo, bajo el abrasador sol de Castilla, mi padre volvió a España y vino a verme. Y se produjo el incidente que nos separó para siempre. La medida de toda distancia.

Padre

Me acuerdo de la cara que puso el camarada Fuenfría cuando le dije que me iba con los socialistas, a quienes jamás habíamos visto por el barrio y mira que por el barrio circulaban células subversivas de todo pelaje, troskos, maoístas, cristianos de base, yugoslavos, el Partido (que era el Partido Comunista de Santiago Carrillo), hasta algún ácrata perfumado de hachís y pachuli, socialistas pocos o ninguno, por supuesto exagero, algún socialista sí que había, Juanjo El Maestro, al que no le daban trabajo en su pueblo de Badajoz y se vino a Palomeras durante la larga posguerra, y Luis, un practicante joven que ponía inyecciones a los niños en los soportales de Portazgo, en fin, alguno hubo, con alguno nos cruzamos, no vamos a negarlo, pero para el camarada Fuenfría resultaba una opción política inexistente, él seguía creyendo que la lucha de clases nos conduciría irremisiblemente a un estallido revolucionario, bandera roja, toda esa cháchara bienintencionada que ocultaba crímenes horrendos, de Stalin a Mao pasando por cada caudillo local del otro lado del Telón de Acero, aunque puede que, como sugiriera cínicamente Francisco Umbral, el triunfo del comunismo se diese a este lado del Telón de Acero, a costa del gulag, los tanques del Pacto de Varsovia sirvieron para que los trabajadores de Occidente tuvieran vacaciones pagadas, Seguridad Social e hipotecas, no fuera a ser que les diese por fusilar a los zares, el caso es que miraba perplejo el camarada Fuenfría aquella tarde, conversando ambos, el vino peleón vertido en un par de vasos encima de la mesa de una taberna de la calle Embajadores, él y yo frente a frente, firmando la definitiva disolución de nuestra sociedad sediciosa, separándonos, «¿cómo haces esto?» preguntó, tenía unos tebeos encima de la mesa, me acuerdo, al camarada Fuenfría le encantaban los tebeos, sobre todo *El príncipe valiente* y

El hombre enmascarado pero también *Mortadelo y Filemón*, lo que editaba Bruguera y Tintín y Astérix, «todos tenemos nuestras contradicciones», se justificaba, «y Marx no prohibió los tebeos, que yo sepa», se reía, tenía algo de niño grande el camarada Fuenfría, comilón y bebedor, con un cigarrillo humeante siempre en la mano, ahora asombrado ante mi marcha, «hay que adaptarse a los tiempos, camarada», le dije, y una tristeza extraña, súbita, apareció en sus ojos, «sí, supongo que sí, hay que avanzar», dijo, «pero renuncias a algo hermoso para construir un destino pequeño, dejarás el barrio y tendrás un horizonte de pisos altos, viajarás en primera clase, comerás en buenos restaurantes», «es la vida, no hay vuelta de hoja» repliqué, «hubiera sido bonito» añadió Fuenfría, «construir el socialismo, vivir felices, sin injusticias, con educación laica, amor libre, igualdad entre el hombre y la mujer, sin ricos ni pobres, porque eso es lo que jode todo, no se puede vivir admitiendo que hay gente que tiene una riqueza obscena y que otros madrugan y pasan frío por su culpa», «demagogia, camarada» contesté, me acordé de Andrea, sus manos en mi rostro asegurándome que todo iría bien, que mi decisión era la correcta, que ganaríamos y España sería mejor gracias a nuestra contribución, me soliviantó el camarada Fuenfría, con sus tebeos ridículos, su gusto por los tabernones adornados de serrín en el suelo, el modo en que fumaba ininterrumpidamente y bebía vino peleón, de pronto me irritó su actitud como si fuera una forma de indolencia, no cambiemos, permanezcamos en el barrio, mirando crecer los cardos borriqueros en el descampado, no era mi plan, desde luego, había muerto Franco, había comenzado algo diferente, Felipe tenía en la mirada un fuego de cambio que iba a arder enseguida, Andrea estudiaba, éramos un joven matrimonio que subsistía gozosamente mediante un oficinismo de ocasión con madrugones diarios para ir a la glorieta de Alonso Martínez y luego a la calle Ibiza, yo quería dedicarme a la política, era mi pasión, y me ofrecían ir en una lista y ser diputado, y quería aquello, no me apetecía permanecer en el barrio, adherido al polvo del paisaje, me enfadé con el camarada Fuenfría, «me tengo que ir», dije, se levantó de la silla, me dio la mano, «¿nos volveremos a ver?», preguntó, «claro que sí, camarada, ¿cómo no?», pero por increíble que parezca, no he vuelto a verlo nunca más, como si se lo hubiera tragado el olvido junto al resto de mi pasado.

De los Cuadernos manuscritos

por Tristán Díaz

EN LA MUERTE DEL PADRE

Adónde te has ido, padre? ¿Dónde queda tu voz de campesino venido a Madrid, ascendido a la categoría de propietario de una tienda ultramarinos muy cerca del Puente de Vallecas? Tendrían que haberte enterrado con el guardapolvos azul mahón que acompañó tus muchos días tras el mostrador. Eras de derechas, duro como el pedernal, y tu cariño, lo que recuerdo de tu cariño, fue la sopa caliente de la infancia y, a veces, una peonza. Te hizo franquista la muerte de tu hermano, asesinado por milicianos anarquistas en el frente de Aragón, arrojado al Ebro, borrado de la faz de la tierra. En el pueblo había una placa con el nombre de tu hermano y otra con el nombre de uno que se fue a la División Azul y volvió cojo. Nunca nos entendimos y, sin embargo, sé que secretamente estabas orgulloso de mis cargos y famas políticas. Me dijeron que guardabas en una caja de zapatos recortes de los periódicos en los que salía yo. Castilla te hizo y te mandó a Madrid, pasaste hambre, fuiste de la Quinta del Biberón y jamás hablaste de la guerra aunque desfilaste ante el Generalísimo el día de la Victoria. ¿Votaste a mi partido alguna vez? Con Suárez hiciste una excepción, pero luego te pasaste a Fraga. Un tendero de derechas en un barrio rojo. Aunque de política no hablabas, padre. Ni de política ni de casi nada. Con tu piel curtida de campesino y unos inexplicables ojos azules (que no heredé) te ensimismabas en hondos silencios, veías pasar la vida por la acera que daba a tu tienda, arriba y abajo, avenida de la Albufera, el humo de los coches y la vez que un toxicómano trató de robarte. Le diste un puñetazo y lo tumbaste y el yonqui se largó

corriendo. Era una de tus historias preferidas. La contabas por Navidad y después volvías al silencio, mientras en la mesa la tertulia familiar derivaba hacia el bingo o el parchís. ¿Adónde te has ido, padre? Recuerdo cuando vine a Madrid contigo por primera vez, de visita, remotos años cuarenta del extinto siglo XX. Nos alojamos en una pensión con luz de candil eléctrico y cené una sopa de ajo mientras tú liabas un cigarrillo y fumabas y sonreíste y me preguntaste si estaba rica la sopa y aquella fue la sopa más deliciosa que jamás haya probado. No te vi llorar nunca, padre. Y me alejé de ti y últimamente apenas nos veíamos. Y ahora, cuando tu ausencia es definitiva, lloro y regreso a ese camastro que compartimos en aquella pensión, y a tu respiración gastada por la bronquitis y el mal tabaco, y a la aspereza de tu mano, a la que yo me aferré hasta quedarme dormido, perdido en una ciudad enorme que luego sería una patria inesperada.

25

Padre

Vino a verme un periodista, no sé quién le dio mi dirección, le tuve enfrente y me hizo preguntas, joven y mal vestido porque ya nadie viste con decencia ni para subir a la tribuna del Congreso ni para acudir a casa ajena, creo que me hizo un par de fotos con su teléfono móvil, Emily miraba nerviosa, preguntaba «¿seguro que estaba citado?», no estaba citado, vino a contemplar mi ruina física y a calibrar si mi cerebro está igual de arruinado, decidí pelear, decidí combatir y no ceder al miedo anciano, contesté a sus preguntas tecleando torpemente en mi iPad, titular tras titular, «el PSOE sigue siendo el principal partido de España», «jamás nos disfracemos de populismo por miedo a ser quienes somos», «la Transición fue un pacto ejemplar, no se nos agradece lo suficiente todo lo que hicimos por este país», y también, claro, salió el tema de la caja de ahorros y de mis gastos, «hice lo que se me autorizó, se me dijo que podía recurrir a ese dinero, no lo malgasté, el viagra, por supuesto, el simpático detalle del viagra, practico el sexo, ¿sabe usted?, quiero decir que practicaba el sexo en esa época y le recomiendo a usted que pruebe los efectos de la viagra, seguramente su pareja se lo agradecerá», quizá fui excesivo en eso, nunca sabes lo que finalmente publicará un periodista, los periodistas están hechos para mentir de mil maneras diferentes, los mejores son aquellos que mienten haciéndote creer que están diciendo la verdad, hacía un día invernal con ese sol cuya luz triste colorea los árboles sin hojas allá abajo, en la calle, miré por la ventana, el periodista hizo otra foto, Emily dijo «no, por favor, no haga esa fotografía», yo no entendí, hice un ademán mudo de crispación y enfado, exigí tecleando que aquel gacetillero saliera de mi salón, Emily consiguió que se fuera, volvió con lágrimas en los ojos, acarició mi rostro, no logré entender, no logré entender

absolutamente nada, miré por la ventana y el cielo era de ese azul que trae el aire del Guadarrama a Madrid, ese cielo absolutamente madrileño, inexistente en ningún otro lugar, ese azul con transparencia de hielo, ese azul que me asombraba en mis primeras visitas, cuando era niño, cuando venía de la mano de mi padre, cuando comprábamos en la calle Toledo sacos y cuerdas y trajes de pana, ese azul que, cómo no, también tiene algo del verso que encontraron en un bolsillo de la chaqueta de Antonio Machado, muerto en Colliure, cadáver melancólico que visitábamos durante el franquismo para después bañarnos en la playa y, a ser posible, hacer el amor, ese era el plan muchas veces con Andrea, pero hablábamos del otro día, arrastrándome hacia el baño, Emily y yo enlazados en una especie de abrazo idiota, tras la marcha del periodista, no entendí qué le pasaba a Emily, lloró, me acarició la barba, me ayudó a ponerme en pie y poco a poco avancé por el pasillo, nos dirigimos al baño, me quitó la ropa, no era la hora convenida para el aseo y, sin embargo, me desvistió, no paraba de llorar, olí el jabón, la paz que da la espuma, las baldosas húmedas, el vapor cubriendo los espejos, afortunadamente, porque lo que contemplo en los espejos resulta de una fealdad entristecedora.

El muy miserable titulaba *El largo final de un socialista histórico* y el artículo exhibía a mi padre fotografiado como una piltrafa al borde de la aniquilación. Sólo un medio como el de este sicario podría haber publicado algo así y sólo en tiempos como estos pueden hacerse cosas tan repugnantes en nombre del periodismo. Luego todo era prosa semianalfabeta describiendo el declive físico de Tristán Díaz, exsecretario de Estado, hombre fuerte en el partido cuando Felipe González y Alfonso Guerra mandaban, consejero fallido de una caja de ahorros, diputado a lo largo de varias legislaturas, abandonado y sólo tras romperse en un ictus que le dejó sin habla y con la movilidad reducida. Su única compañía, abunda el firmante de la noticia, es una «mucama de Ecuador» (sic). Qué mal escribe este imbécil. Lo conozco y la próxima vez que me lo encuentre le voy a partir la cara.

No tanto por lo que ha hecho con mi padre sino por ser tan mal tipo y tan mal periodista.

Me llamó Carla.

—Tienes que ir a verlo. Yo he ido hoy en cuanto he conocido ese asco de noticia.

—¿Pregunta por mí?

—No. Nunca.

—Pues entonces.

—Es tu padre, Ernesto, esto resulta absurdo.

—¿Estaba muy jodido por lo del artículo?

—Sinceramente, no lo parecía. Se lo ha tomado con una especie de ironía o de distancia o no sé. La verdad es que no sé. Hoy estaba bien, hay días en que parece fuerte pero otros... Otras veces da la impresión de que se hubiese ido,

está ausente. Da mucha pena.

—Supongo. En fin, Carla, llevamos años sin hablarnos, nuestros caminos se separaron y eso no se puede cambiar ahora, por mucho que a mí también me dé pena o que me dé el mismo asco que a ti ese artículo de mierda.

Luego hubo silencio, palabras cordiales y un adiós. Carla siempre es cordial. Y de derechas. O, más bien, liberal. En este país donde apenas hay liberales, ella lo es de modo legítimo. Cree que cada cual se tiene que ganar la vida sin ayuda del prójimo ni del Estado y que quien no lo haga ha de ser abandonado a su suerte.

Sea como sea, no voy a cambiar de opinión sobre lo de ir a ver a mi padre. Qué viejo está.

Miro la imagen otra vez.

Mi padre se ha meado encima y el muy miserable le ha fotografiado para completar gráficamente la degradación que describe en su infecto artículo.

Mi padre está sentado en una silla, mantiene la vista fija en quien le retrata y en sus pantalones hay una enorme mancha de orina que parte de la entrepierna. El muy miserable del periodista de mierda que le ha tendido la trampa explicitará en el texto ese momento fulminante, ese instante en el que mi padre se ha meado sin darse cuenta.

Miro la fotografía.

Pero hay algo que se me escapa.

La imagen debiera perturbarme y me perturba, pero no en el modo debido. Me refiero a que hay algo ahí que va más allá de la denigración hacia un hombre viejo y destrozado físicamente.

Y, de pronto, lo entiendo.

Viejo cabrón.

Entiendo por qué a él no le ha afectado tanto este artículo vejatorio.

Fijaos en la mirada de Tristán Díaz.

Meado y todo, no han logrado derrotarle.

Esa mancha en sus pantalones grises, vestido (como siempre) con pulcro traje como de oficina o de ir al parlamento, no significa nada para él.

Mantiene la mirada firme en medio de la devastación.

Todavía pelea. Medio muerto, paralizado, sin voz. Y todavía pelea. Contra mí. Contra nosotros. Contra todo aquel que quiera cambiar las cosas.

Ayer murió Andrea

Manuscrito en tinta roja hallado en las últimas páginas de una vieja libreta

Estoy lejos, caminando una ciudad vacía que no conozco, extraviado en las amplias avenidas con hielo y bajo una llovizna gélida que desmiente la primavera, lejos de todo y de todos. Ayer murió Andrea, me lo comunicaron ya tarde, no supe cómo reaccionar, llamó Rosa y me lo dijo. Sentí un disparo en lo más hondo, se accionó el resorte de la memoria, los días dorados de nuestra juventud, allí en el barrio, cogiéndonos de la mano, una postal de otro tiempo, bajo una parra de uva amarga donde bailaban las avispas, me acuerdo, besándonos mucho, bebiendo naranjada, el verano más feliz. Andrea ya no existe. Y yo no he estado a su lado cuando ha dejado de existir. En la salud y en la enfermedad. En la riqueza y en la pobreza. Hasta que la muerte nos separe. Camino en círculos por una ciudad que desconozco, muy al norte, en la frontera de nieve y hielo, pienso en Andrea, pienso en que incumplí mi promesa, no estuve con ella en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza y hasta que la muerte nos separó. Llamé por teléfono. Ernesto rechazó telegráficamente mi propuesta de conversación. Sí. No. No sé. Ernesto. Pobre hijo mío. Estúpido hijo mío. Ni él ni yo nos merecíamos a Andrea, tan fuerte, tan inteligente, tan poderosa. Tan bella. En el más amplio sentido de la palabra. Un día dejé de amarla. Y apareció Rosa. Andrea no me guardó rencor. Era libre. Lo fue siempre. Andrea tenía un nombre raro para haber nacido en Castilla. Un nombre bonito. Andrea. A su madre le gustó y no hubo más que hablar. Sus amigas, cuando era niña, le decían que no era un nombre cristiano. A ella le daba igual. Tenía una capacidad infinita para la felicidad. Todo lo contrario a mí. Camino en círculos por la ciudad, me duele

muy dentro, no me parece concebible la posibilidad de que jamás vuelva a ver a Andrea. Estábamos separados, pero de vez en cuando hablábamos por teléfono, la visité en su tienda de antigüedades, quedamos a comer. Ayer murió Andrea, camino por las calles y luego regreso al hotel y escribo estas líneas absurdas en una libreta, con un bolígrafo prestado por el recepcionista. Estoy lejos. Volveré a casa, con Andrea, trataré de hablar con Ernesto y sé que Ernesto rechazará mis palabras, siempre iracundo en mi contra. Me acuerdo de Andrea cuando le dije que debíamos separarnos, me miró a los ojos y obtuve su perdón inmediato, me explicó, tranquila, que lo sabía, que cuando llega el fin no hay modo de detenerlo, que había merecido la pena, que siempre merece la pena el amor. Y la vida siguió. Y ahora la vida seguirá sin ella y tengo a Rosa, a quien amo profundamente, pero algo irreparable ha sucedido y la pena me hiere. Y todas estas palabras son pura farfolla, garabatos sin significado, la exacta imposibilidad de expresar el dolor inmenso que siento.

Padre

Han ganado los nuestros, ¿o no?, el petimetre al fin ha concedido su apoyo a este líder extraño que guía al socialismo otra vez hacia La Moncloa, de vuelta a Santa Pola (a su plaza de registrador) ese canalla de provincias que convirtió España en un lodazal, bueno, lo de canalla tal vez sea excesivo, indolente, indolente hasta casi quebrar España, celebran los mohicanos del petimetre su victoria con mayor ahínco que los nuestros, no sé, no tengo ánimo de fiesta y, sin embargo, hemos vencido una vez más, ¿o no?, dudo mientras Emily frota mi cuerpo con una esponja y miro sus ojos de mujer curtida en mil vicisitudes que yo apenas intuyo, ella es lo que me queda, quien conserva mi humanidad, también está mi hija, que de vez en cuando viene a verme, Rosa ha desaparecido y quisiera acordarme de cuál es la razón de su ausencia, me viene a la memoria un viaje a Nueva York, subimos a lo alto de una de las Torres Gemelas, no vimos gran cosa porque era un día gris, con la ciudad envuelta en la niebla, a Rosa le encantaba devorar comida basura en los puestos callejeros, todo le recordaba a las películas, disfruté de su alegría casi adolescente, eran los primeros días de nuestra relación, hubo gente en el partido que me retiró la palabra, sí, puritanos (y puritanas) a los que ofendía que a partir de cierta edad pudiera cambiarse el guion establecido para una vida, puede que no llegase a ministro por culpa de Rosa, por culpa de mi amor por Rosa, quiero decir, no importa, mereció la pena, aunque ahora no sepa dónde está ella, el amor siempre merece la pena, disculpen la cursilería, miro el televisor y el petimetre alza el puño y su coleta me resulta todavía inadecuada para una tribuna como la que ocupa, pero así son las cosas, *time goes by*, hemos ganado, han ganado los nuestros aunque «nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos» tal y como escribiera

Pablo Neruda, al cual leíamos y quizá me gustaría volver a leer, ¿conocerá Emily a Pablo Neruda?, no sé nada de ella, sólo conozco sus manos, el tacto es nuestro lenguaje e intuyo un fondo de cariño en sus cuidados, qué imbéciles quienes escupen a los que emigran, a gente como Emily, ahora me acuerdo de otra gran bronca con Ernesto, cuando vivíamos en Aravaca, cuando mataron a Lucrecia, aquella inmigrante tiroteada por cuatro perturbados de ultraderecha, él me acusó, nos acusó a quienes estábamos en el poder, de inoperancia, de mirar para otro lado, de no hacer nada, de cómplices de tan aborrecible crimen, Ernesto siempre nos culpó de todo, nos sigue culpando como hace el petimetre, régimen del 78, monarquía, todos son culpables menos ellos, la inocencia generacional de Ernesto resulta clamorosa, qué tontería, aunque quizá tuviera razón mi hijo, Lucrecia murió sin que nos importara demasiado, estábamos convirtiendo España en un país de ricos y de asalariados que se creían ricos porque podían bañarse en una piscina de urbanización y volar a París un fin de semana, más tarde todo se vendría abajo con la crisis, en el televisor sonrío solemne nuestro líder, galán político al que no soportaba casi ninguno de mis camaradas de generación en el partido, pero ha ganado, y ahora me doy cuenta y entiendo perfectamente que ha ganado él, no han ganado los nuestros.

Interludio de Emily

Me escribe Eduardo diciendo que vuelva, que allí está bien la cosa, que mejoró, que mis hijos me echan de menos y mi nietita ya anda, pero a mí me da pena este hombre que cuido, pospongo la fecha de mi viaje para un retorno que nunca sé, como nunca sabemos los pobres, si será un retorno para siempre o un retorno antes de volver a irnos. Tengo nostalgia de mi Guayaquil querido, aunque aquí estoy bien, quizá demasiado frío en los inviernos, pero estoy bien. Y este hombre, que me da tanta tristeza, sin nadie. Su hija sí viene a verlo. Pregunta mucho por Rosa. Es la mamá de la hija de este hombre, pero ella marchó hace mucho, vive en la costa, según creo. No acabó bien la relación, ella era más joven y, bueno, él no sabe que ella ya no lo quiere. Resulta muy triste. Aunque también he de decir que este hombre tiene muy mal genio y que, a veces, se comporta como un bruto. Tampoco le culpo. Se enfada porque no puede moverse bien y la paga conmigo. ¿Con quién la va a pagar? Yo tengo que volver. No puedo quedarme aquí. Supongo que la hija de este hombre encontrará a otra persona que lo cuide. Le he tomado cariño. A veces me mira con tan profundo agradecimiento. Con amor, diría. No amor en el sentido carnal. Eso no. Él es de lo más correcto. Pero sí. Hay amor en su mirada. O tal vez sea que está pensando en esta tal Rosa. O en Andrea, que fue su esposa y que se le murió, pobrecito. La casa está bien, es lujosa, vienen a limpiarle un par de veces a la semana. No puede quejarse por el dinero. Pero está tan solo. Sin embargo, yo tengo que seguir con mi vida. Tengo que volver. Yo tengo que cuidarme a mí misma y cuidar de los míos y que los míos cuiden de mí. Tener mi propio hogar. Como lo tuve. Y, sin embargo, echaré de menos a este hombre. Y me dará pena el día que salga por esta puerta y le deje en otras manos. Qué será de él.

Tra tra. *Malamente*. Todos hablan de Rosalía, es la sensación del momento, mis compañeras exhiben su orgullo *millennial*, Los Javis y Rosalía, festivales *indies*, buhardillas compartidas, futuro incierto... pero (claro) tienen la juventud. Tra tra. Con eso vale. Y yo, cuarentón y descreído, también canto por Rosalía y esta noche me resulta su música (antes de que nos deje exhaustos tan implacable promoción por parte de la industria) un susurro acariciante dentro de este bar de copas, han puesto *Malamente* y la gente se ha agitado exultante, estamos en un lugar secreto de Malasaña, ese epicentro hipster de un Madrid que se reinventa cada cierto tiempo y que, sin embargo, sigue oliendo a aceite frito para bocadillo de calamar, humo de chimenea y orín reseco de la noche sobre la acera. Dicen que Quevedo volvía borracho a casa y meaba en los callejones de las inmediaciones de lo que hoy es la plaza de la Villa y que los residentes en aquellos lugares se quejaban. No ha cambiado tanto Madrid. Continúan los juerguistas meando a primera hora en los callejones. Pero todavía queda rato para esa primera hora, para que el alba sorprenda a la tropa canalla que cierra los últimos bares y abre las primeras cafeterías, mojando los churros en JB.

Tra tra. Esta noche me encuentro bien. A veces pasa. El pesimismo perpetuo es algo que no puede permitirse el ser humano. O sí, y entonces acaba uno como Cioran, haciéndose millonario a costa de vender aforismos suicidas y viviendo en París con aguacero. Demasiadas referencias cultas, así jamás lograrás vender un libro, escribe *best-sellers*, escribe intrigas, escribe mierda y triunfarás.

Ni siquiera me gustan Los Javis y no me río con *Paquita Salas*. A veces me siento ajeno al mundo, un dinosaurio que va al cine a ver películas en

versión original y que cada cierto tiempo vuelve a *Casablanca*, al café de Rick, al piano con manchas de whisky donde suena *La Marsellesa*, una escena que aún me lleva a soñarme insurgente.

Sea como sea, hoy estoy bien, la noche apenas comienza y converso con Silvia, reencontrada después de tantos años, algo más joven que yo, con un chaval de doce años que estudia en el instituto Ramiro de Maeztu, tan guapa, con un flequillo nuevo y la risa perfecta que me cautivó en los días en que compartimos redacción, cuando trabajamos en aquella televisión donde había una reina inesperada, cuando Letizia con z nos resultaba francamente chocante y ahora, fíjate, es de lo más normal. El caso es que Silvia y yo nos reencontramos hace poco, ella iba con el crío y fue uno de esos encuentros como de película de Woody Allen, siempre al final, después de que Woody Allen haya desaprovechado sus oportunidades y haya fracasado pertinentemente como siempre fracasa en sus comedias y reencuentra a la chica que amó, a la chica que dejó escapar, y aquella chica está más guapa que nunca y feliz y le presenta a su nueva pareja. Pero Silvia, afortunadamente, no tiene nueva pareja. Tiene (de hecho) expareja reciente. Así que aquí estamos, doblando la apuesta, viernes por la noche, después de cenar, dentro de un bar de Malasaña donde han puesto a Rosalía. Tra tra. La vida, a veces, tiene estos giros inesperados. Adónde nos llevará este reencuentro. Quién sabe. Silvia acaba de cumplir cuarenta años y me cuenta lo mayor que se siente y, a la vez, lo irresponsablemente joven que también se siente. Las dos cosas. Así es. Yo me siento, la mayor parte del tiempo, triste, derrotado y final. Y a la vez comenzando. Porque no hemos llegado a ninguna parte.

Padre

En el nombre del padre y del hijo y del Espíritu Santo, amén, como en misa, olor a cirio en la tarde de invierno, todo son recuerdos en mi cabeza, pero los recuerdos más lejanos son los más nítidos, yo cuando era monaguillo, en el pueblo, aquel cura que nos tiraba de las orejas desmesuradamente, gordo y con el aliento agrio, glotón en las sobremesas de anís y rosquillas junto al jefe de puesto de la Guardia Civil, qué España tan horrenda, no sé de qué se quejan los jóvenes de hoy en día, sí, de que les falta futuro, menuda idiotez, a mí sí que me falta futuro, puedo moverme aún pero con mucha dificultad, he aceptado una manta sobre las rodillas, pero conservo bien anudada la corbata, en una camisa de cuadros y con una rebeca de color verde, mi infancia, tan remota, nunca supuse que llegaría hasta aquí, también me acuerdo de un viaje con mi padre hasta las orillas del río Ebro, buscando el lugar donde fue arrojado mi tío en tiempos de guerra, no sabía nadar, se ahogó o tal vez lo mataron antes, milicianos anarquistas, según nos dijeron, mi padre miraba el agua como buscando algo, no lloró, no mostró dolor alguno, tan solo un breve momento de perplejidad ante mis ojos, preguntándose quizá por qué no fue él quien pereció, pero las guerras son así, la culpa cargó sobre las espaldas de mi padre durante toda la vida, lo sé, era su hermano pequeño y dejó que lo mataran, aunque qué podía hacer, jamás comentó gran cosa, mi padre era hombre de largos silencios, franquista feroz y a la vez buenísima persona, o tal vez no tan buena, de niño escuché una vez contar a un borrachín que mi padre había fusilado a gente, a rojos de la aldea de al lado, pregunté y él me miró triste y me dijo que no hiciera caso, no indagué más, no quise saber más, ¿dejaría de amar a mi padre si supiese que fusiló a rojos durante la guerra?, lo quise y no hay vuelta de hoja, queremos a nuestros

padres, aunque pretendamos no quererlos, a nuestras madres muchísimo más porque ellas nos dieron la sopa de la que emergió nuestra propia existencia, qué pensamientos tan raros, ¿queremos a nuestros hijos del mismo modo?, ¿amo a Ernesto?, lo desconozco, simplemente está demasiado lejos desde hace demasiados años, nunca le presté la debida atención, eso es cierto, estaba construyendo mi historia y en mi historia Ernesto suponía más un estorbo que otra cosa, olor a cirio en la tarde de invierno, pan y membrillo, pídola y aquel amigo al que mató la coza de una burra, qué España tan siniestra, qué pasado tan brutal.

Larga noche en la D.G.S.

Notas sobre una detención escritas por Tristán Díaz poco antes del ictus

De aquellas horas sólo recuerdo el pánico, los golpes (todos y cada uno) y la satisfacción de que no hablé. ¿Soy un héroe? No. En absoluto. Paco sí que largó, yo mismo le escuché en una de las idas y venidas, de calabozo a calabozo, arrastrado por los pasillos de la Dirección General de Seguridad.

Al verme Billy el Niño hizo un ademán mefistotélico como si se mesara un bigote que nunca tuvo, acto seguido me dio una tremenda patada en los huevos, caí redondo al suelo, sonó su risa y encendió un cigarrillo. «Ay, Tristán, qué coño hace un pobre desgraciado como tú con esta gentuza, tu padre es una buena persona, un franquista como Dios manda, cómo sois los rojos, y tu novia, que está buena, eh, ¿la habéis visto?, venga, ponte en pie, hombre, que esto no ha sido nada, esto es lo que menos te va a pasar como no cantes, lleváoslo».

Recuerdo sus palabras y luego al muy hijo de puta, cuando llegamos al poder, le dejamos ahí, persiguiendo *grapos* y llevándose medallas, bien alimentado y sin miedo. Ahora lo veo convertido en un viejo cagón que huye de los periodistas por la calle. Tantos años después.

Tal vez tenga razón mi hijo Ernesto y en la Transición hubiéramos debido hacer justicia con respecto al pasado.

El caso es que estuve tres noches en la D.G.S., detenido por mi cercanía a la gente del PCE (m-l) y el FRAP.

Partido Comunista de España (marxista-leninista).

Pensamiento Enver Hoxha.

Frente Revolucionario Antifascista y Patriota.

Matábamos guardias a navajazos.

Fusilaron a tres de los nuestros.

José Humberto Baena, José Luis Sánchez Bravo y Ramón García Sanz.

Nuestros mártires.

Los mártires del FRAP.

Pero si escribo estas líneas (tantísimos años después, en una madrugada de tormenta veraniega e insomnio, el mar ahí fuera) es para recordar mis tres noches en la D.G.S., paliza tras paliza, no hubo mucha sofisticación conmigo, nada de someterme al método de la bañera ni electrodos, sólo hostias. Y seguramente sin demasiado convencimiento. No sé por qué, pero aquellos policías estaban persuadidos de que yo no tenía demasiado que ver con el resto de quienes habían detenido en su exitosa redada vallecana.

Eso me salvó. Eso, tal vez, me permitió salir de la celda como un héroe. Sin haber delatado a nadie.

Paco no lo consiguió. No pudo resistirlo. Y allí comenzó su descenso a unos infiernos que sus propios camaradas le construimos.

Paco habló más de la cuenta. Fue a la cárcel y en la cárcel sus propios compañeros de partido le condenaron al aislamiento.

Se sumió en la depresión.

Un día apareció colgado en la celda.

Nadie mencionó aquello durante muchos años.

Paco era un traidor y su traición le había conducido a ese suicidio.

Y, sin embargo, otros camaradas también habían hablado durante los interrogatorios. Lo sabíamos. Resultaba difícil aguantar cuando los de la social apretaban en aquellos sótanos iluminados por bombillas de un amarillo hepático, el color de todas las pesadillas que todavía nos alcanzan.

Recuerdo el olor a lavabo sucio, mezcla de lejía y mierda a partes iguales, a Billy El Niño paseándose como un oficinista del horror, el pánico, jamás tuve tanto miedo como aquellos tres días, al saber que pueden hacer contigo lo que quieren.

¿Por qué condenó el partido a Paco?

Seguramente como escarmiento, aviso a navegantes, esas estupideces totalitarias que tanto se estilaban entonces y con las que todos consentíamos.

Yo salí de la D.G.S. al tercer día y jamás supe cuál fue la razón para que me dejaran en paz. Muchas veces no había razón alguna. Pura suerte.

Antes de que me permitieran salir de allí, una vez me habían curado la

somanta de palos en la enfermería, me llevaron a ver a Paco. Billy el Niño le dijo: «Este sale, tú vas a seguir aquí y todavía tienes mucho que contarnos, así que date prisa o todo lo que te hemos hecho te va a parecer un pellizquito de monja».

Paco lloraba en el suelo, completamente desnudo, gritaba: «No, por favor, no te vayas, Tristán, no te vayas que me matan, quédate, por favor, quédate conmigo, ayúdame, por lo que más quieras».

Aquellos gritos dan vueltas en mi cabeza todavía y me acompañarán hasta el día que me muera.

Me encontré junto al Palacio Real con Juanco Yuste, camarada Fuenfría cuando el FRAP era guerrilla fusil en alto.

Me encontré con Juanco Yuste y, sin apartarse el pitillo de los labios, me anunció: «Tengo cáncer». Sonrió como si no le diera miedo y añadió:

—Toca ajustar cuentas antes de morirme. Querría ver a tu padre.

Lo conozco de un par de reportajes que hice cuando trabajaba en televisión. Memoria histórica, reparación y esos asuntos.

Juanco Yuste acabó de concejal por Izquierda Unida en Leganés y acudía puntualmente a las manifestaciones como quien va a misa, con su aspecto de viejo combatiente, gorra de marinero, camisas de franela pasadas de moda y pantalones de tergal con valor casi museístico, cabello muy cano, bigote blanco manchado de nicotina, los dientes muy rotos, la risa presta en toda ocasión.

Siempre me llamó la atención su buen humor. Fue torturado, estuvo en la cárcel, jamás logró ventaja alguna por haber peleado. Una modesta concejalía y algunas entrevistas para rastreadores de heroicas víctimas del franquismo.

—¿Qué cuentas quieres ajustar?

—Es entre tu padre y yo. Una conversación pendiente de camarada a camarada. Llevo años sin verlo. Cuando se metió en el PSOE le perdí la pista.

Le di el teléfono y la dirección de mi padre. Dudé, pero ¿qué podía hacer? ¿Cómo negarle a un hombre que se está muriendo y que sonríe así ante la adversidad su último deseo?

—Te lo podría contar a ti, pero hay cosas que sólo se cuentan a quienes compartieron celda con uno.

Sonó su risa a bronquios reseco y en el Palacio Real iniciaban el cambio

de guardia, sonaban trompetas, permanecían quietas las estatuas de los reyes godos, hordas de turistas estropeaban el paisaje y un acordeonista insistía en las notas de «amapola, lindísima amapola».

Era un día en Madrid como cualquier otro. Nos despedimos y lo vi marcharse. Una turbia melancolía me sobrecogió. Pensé en Silvia y, como en las canciones de amor, el azul del cielo pareció vibrar.

Padre

Vino Juanco a verme, me dijo que va a morir muy pronto, que tiene cáncer, que el camarada Fuenfría de los tiempos heroicos se extingue, vino a confesar sus crímenes, vino a echarme en cara nuestros crímenes, los que él y yo cometimos cuando luchábamos contra Franco, vino a decirme algo que no comprendo, sigue igual, con sus carcajadas de fumador de tabaco negro, su bigotazo, algo de barriga, vestido como el proletario que nunca dejó de ser, la tarde dibujaba un crepúsculo sombrío tras la ventana, los árboles agitados por el viento, se encendían las primeras luces de los rascacielos, Juanco vive en Leganés, fiel al paisaje de extrarradio que le vio nacer, jamás logró provecho de sus días de cárcel igual que no se sacó el carné de conducir y se desplaza en autobuses y trenes de cercanías, no quiso venirse conmigo al partido porque para él sólo hubo un partido siempre, el Partido Comunista de España (marxista-leninista), pensamiento Enver Hoxha (recordémoslo), comenzó relatándome su trayectoria desde que separamos nuestros destinos, toda una vida entregada a las batallas perdidas, ¡OTAN no! ¡Bases fuera!, empleado en una papelería hasta que logró jubilarse, un piso con vistas a la ropa colgada de los vecinos de enfrente, soltero de cenas solitarias, tortilla a la francesa y un cigarrito más viendo el televisor, «*Novecento*, el otro día pusieron otra vez *Nocevento*, cómo me gusta esa película, no me puedo quejar, ¿sabes?, hago resumen de mi existencia y no me puedo quejar», dijo, «también amé, ¿te acuerdas de Julia?, qué brava era», Juanco habló y habló, rio a ratos y luego regresó a las horas de detención y cárcel que supusieron uno de los momentos más trágicos de nuestras vidas, habló de Paco, de su suicidio, de cómo lo asesinamos, así definió Juanco aquel suceso, sus palabras tomaron un aire de confesión acusatoria, valga la paradoja, «ajustar cuentas, a eso he venido, a

ajustar cuentas, Paco no fue el chivato, Paco no habló, Paco aguantó las torturas, llegó a la cárcel con la boca destrozada, sin apenas dientes, roto por las palizas, se meaba encima cada noche, decidimos culparlo, brutalmente, las órdenes nos llegaban de fuera, la dirigencia dictaminó su ostracismo, lo condenaron desde el exilio, tampoco él negó nada, deambulaba por el patio de la prisión como un espectro, se colgó a los pocos días», «lo mató Franco», eso le dije a Juanco a través de mi torpe escritura en el artefacto con el que me comunico, «lo mató Franco, da igual que fuese un chivato o no», pero Juanco negó con la cabeza endureciendo el gesto, «lo matamos nosotros, él no delató a nadie, lo dejó escrito en una carta que logró hacer llegar a su familia y su familia me permitió leer esa carta recientemente, una sobrina suya que ahora está muy metida en todo lo de la Memoria Histórica, si leyeras esas líneas comprenderías que es verdad, que Paco no fue el chivato y yo tampoco», dijo Juanco, «pero tras esa caída, tras las detenciones de primera hora, fue desarticulado el PCE (m-l) de la zona de Madrid en su práctica totalidad, vinieron muchos más arrestos, alguien debió de hablar, alguien dio nombres», y entonces Juanco me miró como si todavía fuese mi superior jerárquico en aquella organización comunista en la que militamos, me miró y me hizo una pregunta, «¿fuiste tú, Tristán?», Juanco asomó su mirada a la ventana, a la oscuridad con semáforos de la calle, recobré su imagen en medio de los saltos, volcando un coche, poniendo en pie una barricada, lanzando un cóctel molotov, su risa tras el fuego, el ejemplo de su constancia, la cojera que arrastró mucho tiempo a causa de un mal golpe en comisaría, «camarada Fuenfría, eres un mal nacido si piensas que yo pude hacer algo así», eso escribí para que lo leyera y Juanco Yuste, camarada Fuenfría, me miró compasivamente, se levantó, me puso la mano en el hombro, «no pasa nada, sólo quiero saber, tendríamos que reparar aquella infamia», escribí de nuevo en mi dispositivo electrónico, «nadie recuerda aquello, no hay nada que reparar, los héroes están muertos, tú mismo vas a morir dentro de poco, yo voy a morir dentro de poco, soy un cadáver que se despierta cada mañana pensando que este será su último día, no tiene sentido buscar un culpable, lo mató Franco, a Paco lo mató Franco, no lo matamos nosotros», y Juanco pasó la mano por mi rostro con un cariño inusitado, absurdo, fuera de lugar, como si fuéramos dos críos, y preguntó (antes de marcharse): «¿Cómo pudiste apoyar que matasen terroristas cuando gobernaba Felipe habiendo sido tú mismo un terrorista?».

Del diario de Tristán Díaz

12-3-2004

Todo este horror para nada. Un día de pánico y muerte. «Han estallado bombas en Atocha», me dijeron. No entendí. «Otra vez ETA», pensé. Hijos de perra. Nunca podremos vivir en paz. Tendríamos que haberlos liquidado a todos, tendríamos que haber usado con todos ellos la violencia con que nos acosaron, a nosotros, que gobernamos para que España dejase de ser el erial repugnante que fue. Y, sin embargo, ya por la noche, supimos que nos estaban engañando. Peor que ETA.

Todo este horror para nada.

Como eco absurdo de una guerra vil a la que nos ha llevado el más vil gobernante que jamás tuvimos.

«Han estallado bombas en Atocha», me dijeron.

Vi las imágenes.

Cuerpos destrozados.

¿Y Ernesto?

¿Dónde está Ernesto?

Ernesto, que toma el tren en Atocha cada mañana.

Lo llamé por teléfono y no contestaba.

Telefoneé a su redacción y no sabían nada.

Pasaron las horas, hice gestiones, búsquedas frenéticas.

No pude más.

Me acordé de Andrea, fallecida hacía tan poco.

Salí a la calle y la ciudad guardaba un silencio inusual.

Acudí al improvisado tanatorio de IFEMA, donde se estaban reconociendo

los cadáveres.

Sin saber qué hacer.

Parado en un vestíbulo, rodeado de rostros estupefactos, gentes que (como yo) buscaban.

Pasé muchos minutos quieto.

Escuché a mi lado:

—Mamá, por favor, tranquilízate, dime qué llevaba puesto Sergio esta mañana, qué mochila se llevó de casa.

Todo este horror sin sentido.

Dos mujeres abrieron una puerta y salieron corriendo, espantadas de lo que habían encontrado en el interior de aquella sala con luz de hospital, gritando con una desesperación que dolía, huyendo, como si se pudiera huir de la muerte.

Pero no es imposible.

Pregunté y me di cuenta de que no sabía qué preguntar.

—¿Está mi hijo aquí?

Di su nombre, pero muchos cadáveres estaban en tan mal estado que había resultado imposible recuperar los documentos de identidad.

—¿Cómo iba vestido? ¿Algún tatuaje?

Una psicóloga se acercó a hablar conmigo.

—No lo sé —tuve que confesar—. No sé cómo iba vestido esta mañana mi hijo ni si tiene un tatuaje ni si tiene novia ni si es feliz o infeliz. Apenas le trato.

Es un desconocido para mí.

Y, sin embargo, algo me hirió en lo más profundo al pensar que él podría haber sido víctima de esta masacre absurda.

Un dolor desconocido.

Inmenso.

Había miedo en todas las miradas. Una quietud horrorizada de hombres y mujeres que esperaban respuestas.

11 de marzo y, mientras nos mentían, yo buscaba a mi hijo.

Abandoné IFEMA y tomé un taxi. Ni siquiera conozco la dirección de mi hijo. Anocheció y yo caminaba por las calles de Madrid, buscándolo sin ninguna guía posible.

Pasadas las diez recibí su llamada:

—¿Qué pasa?

Había salido la noche anterior de juerga y no escuchó el teléfono, se levantó tarde, no se enteró de nada, le llamaron del trabajo para que echase una mano, estaba todavía con un micrófono y una cámara, registrando un horizonte de ruinas, con las calles ya comenzando a gritar: «¿Quién ha sido?». Cuánta vileza. Mentir así.

Y tú, Ernesto, hijo mío, estabas vivo.

No mantuvimos una conversación cálida.

Simplemente me dio una explicación que tuvo (por su parte) el tono de quien habla a un completo imbécil.

Rosa me recogió y regresamos a casa. Hicimos el amor. Hablé con compañeros de partido, nos preparamos para la inminente votación electoral. Ganaríamos de nuevo a lomos de la ira de un pueblo al que alguien había decidido escupir embustes.

Y Ernesto seguiría con su vida y yo con la mía.

Separados como hemos estado todo este tiempo.

Estuve un rato fumando un cigarrillo, mirando por la ventana, recordando a Andrea, rememorando cuando Ernesto iba de mi mano y comprábamos tebeos en la Cuesta de Moyano las mañanas soleadas de un otoño que ya no existe, que ya no regresará jamás.

He estado hablando con Letizia. Reina de España. Yo estaba tomando algo mientras esperaba a Silvia en La Bicicleta (esquina de la Corredera Baja de San Pablo y la plaza de San Ildefonso) cuando ella irrumpió provocando la sorpresa del público hipster que allí abreva y pide en la barra pinchos de tortilla absolutamente abyectos, pero qué más da. Es este establecimiento una especie de frontera entre la Malasaña profunda y los bares y tiendas de ropa que afloran en torno a la calle Pez, donde estuvo el Patio Maravillas y conspiraban los insurrectos del 15M que luego (en algún caso) acabaron de diputados o concejales.

Yo estaba acodado en la barra y Letizia me miró y vino a saludar y dijo «Ernestito» porque ella, en nuestros lejanos tiempos de camaradería profesional, solía dirigirse a mí mediante ese diminutivo. Soy una persona tímida (y, además, republicano) así que no supe muy bien qué responder y ella preguntó: «¿Cómo te va la vida?», sonriendo con cierto exceso, pero la verdad es que Letizia siempre tendió a cierto exceso aunque también es verdad que siempre me cayó simpática. El hombre y la mujer son sus contradicciones.

Habló como si disparara una metralleta, igual que si no hubieran pasado cien años desde que tomásemos café en la máquina del pasillo, obviamente ella no esperaba que yo le preguntase: «¿Qué tal te va a ti?». Todos sabemos cómo le va, en un vaivén que abarca discusiones con su suegra que agrietan la monarquía y gritos de guapa por las calles de Oviedo con banderas tricolores mojadas por la lluvia.

Observé a Letizia hablándome imparable y comprobé en su rostro esa paradoja que a todos nos concierne: hacernos mayores y continuar, bajo la

piel, llevando al niño o a la niña que fuimos. O al periodista meditabundo de antaño. O a la reportera locuaz que pretendía estar a la altura de sus ambiciones y vaya si lo hizo.

«He quedado con Sonsoles y Marta», comentó.

Y ejecutado un brevísimo adiós, con la distancia física propia de quien actualmente es reina de España, siguió su camino hacia el fondo del establecimiento. La gente miraba con la lógica curiosidad, pero a nadie se le ocurrió lanzar requiebros monárquicos ni tampoco lo contrario. El madrileñismo *indie* y malasañero tiene sus propias reglas de idolatría, vota a Manuela Carmena (o votaba) y sólo se sobresalta si entra una estrella del pop en la sala.

Llegó Silvia y le conté. Ella también conoció a Letizia. No le apeteció saludar (hubiera podido entenderse como una forma de pleitesía) y nos fuimos.

El pasado siempre vuelve.

Una frase con la que titularon una película de James Bond.

Nunca digas nunca jamás.

Ese era el título. El retorno de un Sean Connery con evidente peluquín.

Somos una generación que asaltó los cielos mediante una periodista de clase media (baja) a la que infiltramos en el palacio de la Zarzuela.

Silvia me hace feliz porque tiene la cualidad de ser feliz eludiendo toda sombra. Me refiero a que, siendo inteligente como es, sabe que el mundo resulta atroz y, sin embargo, lo asume y asume que de lo que se trata es de seguir existiendo.

Me ayuda a no pensar en este fracaso que considero España.

Demasiada solemnidad para esta noche en la que caminamos por callejuelas que nos conducen al siguiente bar (somos habitantes de los bares de Madrid) y luego a una madrugada honda que tiene una luna de frío dibujada sobre los tejados y un aire berlinés en la última copa que tomamos en un sótano de paredes pintadas, con un ruido intensísimo que nos protege del exterior, que acoge nuestros besos de recién enamorados.

Disculpen la cursilería.

Los ojos de Silvia son mi tabla de salvación o, al menos, el lugar al que siempre regreso en busca de un momento feliz.

Tal vez se lo escriba en un poema.

Nunca es tarde para los poemas de amor.

En cuanto a Letizia, en fin, dejémosla en su infierno palaciego. Recordando cuando éramos jóvenes y aún creíamos que el futuro iba a ser esplendoroso, diferente. «¿Te acuerdas de cuando nos enviaron a hacer un reportaje sobre un mono del zoo que había aprendido a comer con cuchara?», preguntó la reina de España. Me acordaba. Letizia hizo un silencio muy corto, antes de lanzar otra velocísima perorata, y ese casi microscópico silencio dibujó en su rostro la melancolía de quien medita, por un instante, si las cosas no hubieran podido ser de otro modo.

Y, sí, las cosas hubieran podido ser de otro modo.

Aunque en este preciso instante, acariciando la piel desnuda de Silvia, las cosas están bien como están.

Padre

Emily se va, me lo ha dicho esta mañana, vuelve a su país, la noticia me ha golpeado hondo, esta mañana fría, sentado en la cama, mirando mis pies descalzos, las uñas de viejo que odio contemplar, Emily me ha vestido tan amorosamente como cada día, me ha servido el desayuno en la cocina y yo he tomado café y una tostada, con la lentitud propia de quien apenas conserva un pedazo de movilidad en el brazo derecho, me ha sentado en el salón, en mi sofá, pero enseguida he avisado a Emily, «quiero pasear», le he dicho, le he escrito, así es nuestra comunicación, Emily jamás ha conocido mi voz, esa voz que tronaba en los plenos parlamentarios, quiero pasear, hace semanas que no salgo a la calle, me veía débil, desconfiaba de mis fuerzas, pero hoy quiero pasear junto a ella, dar la vuelta a la manzana, sólo eso, sentir que no soy un mueble, Emily me ha mirado y me ha parecido percibir un atisbo de ternura, «nuestro último paseo», he dicho, he escrito, una lágrima ha corrido por su mejilla, «nuestro último paseo», ha dicho ella, con su voz musical de ultramar, hemos bajado a la calle, dificultosamente, lloviznaba un poco, dio igual, la lluvia es vida y la ciudad continuaba su rumbo ajena a toda desgracia, caminando a toda prisa los oficinistas hacia sus estúpidos trabajos, el portero ha saludado con su antipatía habitual, todo alrededor me ha sugerido un incierto tono de pentimento, voy a quedarme solo, Rosa se ha ido para siempre, Emily se marcha, Carla viene de vez en cuando, el imbécil de Ernesto no me perdona y no sé exactamente qué vieja afrenta le mantiene tan lejos, estoy solo, nacemos solos y morimos solos, eso se ha escrito muchas veces aunque no creo que sea así, Andrea no murió sola, murió con Ernesto al pie de su cama, murió conmigo tomándola de la mano, recuerdo cuando se apagó definitivamente, su última respiración, ese instante final que nos

introduce en el estómago un miedo inconcebible, no comprender jamás cuál es el sentido de todo esto, tengo miedo, no sé si realmente estuve con Andrea en su último instante, ¿cuál es la verdad de mis recuerdos?, Emily y yo hemos paseado despacio, he tomado en mi mano su mano, he dibujado un gesto de cariño, un mensaje mudo, la mirada de quien lo está perdiendo todo, el naufragio definitivo, Emily ha contemplado el océano de automóviles y el gris de las paredes, banderas españolas heridas de polución en los balcones, una esquina cualquiera en un buen barrio de esta ciudad, «no voy a echar de menos todo esto», ha susurrado Emily, «a usted sí, no sé por qué, jamás hemos hablado, lo conozco a través de la piel, le he lavado como quien lava a un niño, he admirado su arrogancia en el infortunio y he sentido compasión cuando cae en la sima oscura que lo aleja, como si hubiera dejado de existir, lo recordaré allí, en mi Guayaquil querido, qué será de usted, qué será de mí, nunca sabemos si hemos tomado la decisión correcta, este es nuestro último paseo, señor Tristán, disfrutémoslo, todo irá bien, estoy segura, tendrá usted quien lo cuide tan bien como lo he cuidado yo».

Hijo

El mejor arroz de Barcelona es el del Xiringuito Escribá? Quizá. O quizá no. Pero este sol de invierno, el azul del mar, un vino blanco adecuadamente frío, el trasiego festivo de comensales y camareros, la sensación de que es viernes aunque estemos todavía a miércoles, mediodía y en la mitad de la semana y disfrutando del aire aromatizado de sal y sofrito. Diciembre primaveral en la playa. He venido a ver a Marc, ya instalado en sus asuntos, redescubriendo la ciudad que abandonó hace mucho.

—No acabo de reconciliarme con Barcelona. Demasiada tensión política, demasiados turistas, demasiados años en Madrid, supongo.

—En Madrid también hay mucha tensión política y muchos turistas.

—Puede. Será, simplemente, que me he hecho mayor para todo esto. Aun así, es lo que hay. Me quedo. Tengo trabajo y no quiero llegar a los cincuenta años penando en una bohemia sin fin.

Una nube interrumpe la luminosidad de este instante jubiloso, pero enseguida vuelve la alegría de vivir, el color del Mediterráneo, el sabor a gambas y la sonrisa indestructible de Marc.

—¿Sabes que me he echado una nueva novia?

—¿Y Sara?

—Las cosas terminan.

—Nunca cambiarás, tío.

—Nadie cambia.

—¿Cómo se llama?

—Núria.

En la mesa de al lado suena un estruendo de risas y pienso que yo podría ser Marc, haberme ido a otro lugar, haber encontrado otra mujer a la que

amar, medité seriamente, hace unos años, la posibilidad de largarme a cualquier otra parte, pero soy una rata de ciudad y más concretamente un roedor madrileño que, a buen seguro, no se adaptaría a un hábitat diferente.

—¿Sabes? Cataluña está encabronada. Me preguntan con quiénes estoy y yo no estoy con nadie, ni con los españolistas ni con los indepes. Mi familia se ha convertido al independentismo y eso que votaban socialista hasta hace no mucho. La verdad es que no entiendo muy bien lo que ha pasado aquí. Quizá las hostias del uno de octubre justifiquen algo o los políticos presos o vete a saber.

—Si hubiéramos tenido veinte años y hubiésemos sido universitarios aquí, en Barcelona, ¿dónde crees que habríamos estado?

—Nos hubiéramos sumado a la insurrección, claro. Ser joven es lanzarse a cometer todo error que merezca la pena. Pero tanto enfrentamiento. No sé. Hablemos del amor, que siempre resulta más entretenido.

Miro pasar las bicicletas, una actriz de cierto renombre está sentada un par de mesas más allá, me gusta también esta ciudad, pese a las muchedumbres de turistas y esa mugre de barrio chino que ensombrece algunas de sus calles.

—¿Sabes, Marc? Me he enamorado.

—Coño. ¿De quién?

—De Silvia.

—¿Silvia? ¿La que curraba con nosotros?

—Sí.

—Brindemos por eso.

Pero cambio inmediatamente de tema como si la confesión que he hecho fuera a tener una consecuencia nefasta.

—¿Cómo es Núria?

—Tiene veintinueve años y trabaja en una agencia de publicidad.

—Un poco joven, ¿no?

—Qué más da. No hay que dar demasiadas vueltas a las cosas. Ella y yo lo pasamos bien juntos y ya está. ¿Cómo anda tu padre? Vi la mierda esa que publicaron.

—Está bien. Supongo.

—Sigues sin ir a verlo. Un día me contarás qué te hizo para que lo mantengas tan lejos. Yo tampoco soporto a mi madre ni a su pareja, pero hay que sobrellevarlo. Ellos no me soportan a mí. Estamos empatados.

—¿Núria es indepe?

—Por supuesto. Es una joven catalana con las ideas propias de cierta burguesía de este país. ¿Y sabes qué? Me da exactamente igual. Salimos, bebemos, follamos, nos drogamos un poco, naturalmente con moderación, yo ya no soy un niño. Tiene un bonito apartamento en Sitges y pasamos muchos fines de semana allí.

—Me gusta Sitges, tiene un aire a ciudad colonial.

—Bueno, es un modo de verlo. El modo en que lo ve un madrileño.

Alargamos la sobremesa con ginebra y tónica, brindamos por nuestras noches en Josealfredo y otros tugurios capitalinos, recordamos a viejas amistades extraviadas, siempre hay algo que nos recuerda que comenzamos a tener demasiado pasado a nuestras espaldas.

—Esta noche vamos a salir a quemar Barcelona. Pero te aviso de que no hay mucho que quemar. Los barceloneses nos recogemos pronto.

—Seguro que encontramos algún lugar donde nos den de beber.

Hemos rebasado sobradamente la barrera de los cuarenta años y, sin embargo, seguimos venerando el ocio alcohólico, el vértigo de la noche, el riesgo de aventuras que acabarán en resaca y depresión salvo que al día siguiente luzca el sol y un baño en la playa nos restablezca. El mar nos cura. Eternamente. Si tuviéramos hijos sería de otro modo y disfrutaríamos de domingos por la mañana sin resuello tras un balón o cosas similares. Luego están los que van al gimnasio o se apuntan a equipos de fútbol donde sudan el sábado muy temprano. Supongo que habrá un momento en que nos hallemos patéticos acodados en la barra de un bar con la noche muy adentro. De momento no ha sucedido. Seguimos vivos. Algo es algo.

—Barcelona, ciudad de los prodigios.

—Demasiada literatura para tanto crucerista.

Padre

La vida sigue, incluso en estas condiciones repugnantes, Emily se fue y llegó Teresa, que me cuida con la asepsia y distancia gélida de una institutriz alemana de cuando había institutrices alemanas que educaban a las niñas y niños de la aristocracia, la vida sigue, continúa el petimetre jugando con doble baraja, apoyándonos y tratando de denigrarnos, no merece la pena prestarle atención, cada vez que pienso que mi hijo le regala el voto a ese diletante, en fin, la vida sigue y le doy vueltas a lo que me dijo Juanco, poco antes de sufrir este ictus que me imposibilita, escribí sobre mis horas en la D.G.S. y cuando escribí esas notas lo hice con miedo, dudando de si mis recuerdos eran fidedignos, con la aterradora impresión de que mi memoria se estaba licuando, escribí en aquellas líneas para recordar y recordarme que yo no hablé, que fue Paco, que escuché cómo Paco delataba al resto, pero no puedo estar seguro de que fuera así, ¿quién habló?, ¿quién cedió a la cobardía?, ¿a quién rompieron el alma en esos sótanos?, ¿fui yo?, Juanco es un cabronazo empecinado en errar, ni siquiera la caída del Muro de Berlín le convenció de nuestra inmensa equivocación, recuerdo un viaje a Albania, una noche, bebiendo licor frente al fuego, dentro de un búnker, mugía una vaca en la oscuridad, dos camaradas albaneses nos habían convidado a aquella fiesta clandestina, llegaron un par de chicas muy jóvenes, el camarada Fuenfría no perdió la oportunidad de flirtear, dicen que tuvo un hijo allí, en Albania, que de vez en cuando le enviaba dinero hasta que su rastro se esfumó, una vez cayó el socialismo albanés como un castillo de naipes, qué equivocados estábamos, pero peleamos, se trataba de pelear, y después también, contra ETA también hubo que pelear como se pudo, estoy harto de que la guerra sucia sea un *leitmotiv* para los extremistas, no soporté que el

petimetre lo mencionase, él no sabe lo que es enterrar a un amigo al que han pegado un tiro cuando venía de comprar los periódicos, el paraguas tirado en el suelo, la tinta y el papel convertidos en engrudo bajo la lluvia intensa, las lágrimas de una viuda, este país se ha hecho como se ha hecho, del modo que hemos podido, vale ya de tanta idiotez, maldito Juanco, me ha perturbado su visita, ahora yo también quiero saber, necesito recordar si fui yo quien di nombres a Billy el Niño, tampoco hubiera sido raro, resistir a la tortura era excepcional, todos (en un momento u otro) hablamos, hasta Juanco, lo que pasa es que él sabía cómo dar pistas falsas, cómo marear a aquellos cabestros y que le concedieran una tregua, aun con el riesgo de que tras ese alivio el castigo fuese peor, necesito saber, hago memoria y repaso los nombres de quienes fueron detenidos conmigo en aquellos días, María y Sonia, Cienfuegos y Manolo El Albañil, voy a escribirlos, ¿para decirles qué?, Teresa nunca sonrío, me trata bien, no obstante, ¿cómo puedo conseguir el contacto de los camaradas de antaño?, necesito seguir un rastro, necesito a alguien que me ayude, tal vez tenga que hablar con Juanco otra vez, maldito rojo testarudo.

Infancia

Escrito a mano en un cuaderno del bachillerato por Ernesto Díaz

Recuerdo ir al cine Excelsior a ver películas de Louis de Funès, el sonido de la olla exprés en casa de mi abuela y el olor a garbanzos, trenes en la noche avisando en la lejanía un viaje remoto, las ovejas mordiendo cardos en un descampado de Entrevías, las hojas del otoño cayendo sobre los cuentos que comprábamos en la Cuesta de Moyano, comer berberechos en un bar frente al mercado de Nueva Numancia mientras papá bebe vermut, el agua turbia del río Alberche cuando íbamos a bañarnos en verano y el color rojo sangre de una sandía que se me cayó al suelo en la cocina, una corbata de mi abuelo que me puse durante una cena de Navidad, jugar con las hormigas, la tristeza de que no estuviese papá a la hora en que caía la tarde y sobre los tejados se cernía una luz crepuscular que tropezaba con las antenas, la moqueta del hotel de Lisboa al que fuimos de vacaciones, pelearme con mis primas, un bofetón que me dio un cura del colegio, el profesor que se nos murió en clase mientras nos reíamos porque creímos que estaba gastando una broma, jugar a las chapas debajo de casa, tardes enteras jugando al robaterrenos (clavando un destornillador en el suelo), el día en que un yonqui me robó el reloj y la ira de mi padre porque no había salido corriendo a tiempo de evitar el hurto, mamá lavándome con una esponja en un barreño colocado en la minúscula terraza, oír en el coche canciones de Víctor Manuel y Ana Belén, las guerras de mendrugos duros en el patio del colegio, jeringuillas con sangre tiradas en el parque, bailar con mamá y papá en el mitin de la Ciudad Universitaria donde Felipe González habló el 26 de octubre de 1982, regresar casi dormido a casa en brazos de papá, la alegría del día siguiente, los millones de relatos

que construí con mis airgamboys y clicks de Famobil, el chicle Cheiw de fresa ácida, el tiempo detenido en las horas de siesta, larguísimos veranos de Castilla, lagartijas y mi bicicleta, que me llevó a tantos sitios, siempre solo, ver a papá en la televisión, ver a mamá leyendo *Memorias de Adriano* que luego también me gustó a mí, el perro que nunca tuve y al que iba a llamar Pedrito, las interminables horas de no hacer nada, todas esas horas que, inexplicablemente, ahora echo de menos.

Padre

Han vuelto, ahí están, banderas y fauces devoradoras abiertas, como aquellos que nos perseguían con cadenas y bates de béisbol, han vuelto y los han votado en la Almería que era África cuando *Campos de Níjar*, cuando Goytisolo relató un sur desolado, después nosotros hicimos una Andalucía próspera, y ahora han vuelto, franquistas de nuevo cuño, una ultraderecha alimentada por el petimetre y sus amigos catalanes, tanto camino para volver a esto, miro el televisor y a Teresa, que parece complacida, ella también (quizá) votará a esta gente, otra vez el verso feroz de Gil de Biedma («de todas las historias de la Historia/ la más triste sin duda es la de España/ porque termina mal»), ¿qué ha pasado?, ¿cómo hemos llegado hasta aquí?, miro a los míos compareciendo con el rictus ridículo de la derrota, ni siquiera hay dignidad en esta pérdida, no hay piedad para el vencido, han vuelto, gozosos agitan un sudor rojigualda que me recuerda a los peores tiempos del miedo, los idiotas harán bromas en Twitter, no van a ganar, nunca podrán ganar, no nos ganaron en cuarenta años, estuvimos escondidos pero peleábamos, vencimos finalmente, tuvimos que hacer renunciaciones pero vencimos, leo los titulares en la prensa, irrumpe la ultraderecha, cae el socialismo andaluz, me gustaría preguntar a Teresa cuál es la razón de su regocijo, por qué todos parecen ahora aborrecernos, recuerdo la noche de 1982 en la que celebramos que comenzaba una nueva época, estuvimos tomando copas por Madrid, nos cruzamos con unos fascistas de gomina y porra que buscaban bronca, tuvimos que salir a la carrera y aun así corríamos a carcajada limpia, exultantes porque esos fascistas ya no significaban nada, les ganamos y ahora vuelven, como si España fuera un bucle eterno, siempre con los fascistas a un lado y los separatistas catalanes con sus memeces

pequeñoburguesas al otro, indico a Teresa para que lea lo que quiero decirle, «¿qué te parece lo de Andalucía?», le preguntó, ella pone gesto serio, casi ofendido, «no me parece nada», replica, «la gente tiene derecho a cambiar las cosas, así es la democracia, su voto vale tanto como el de cualquiera», así es, su voto vale tanto como el mío, aunque su voto me parece una monstruosidad, es tarde, mi hijo se habrá llevado también un disgusto de consideración, los suyos han sufrido un batacazo, nadie los quiere tampoco, mal consuelo, la verdad, 1982, aquella noche, Andrea estaba en casa esperando, llegué de madrugada, al amanecer más bien, habíamos aplaudido a Felipe y Alfonso, asomados a una ventana del hotel Palace, frente al Congreso, bebimos whisky en cantidades industriales, un último cigarrillo mientras regaban las calles, andando por las aceras desiertas de Vallecas, barrio obrero donde los obreros se despertaban luciendo una sonrisa quizá perpleja, después de decenios de oprobio, saludé al señor Antonio, que abría su taller, le invité a un cigarrillo, el señor Antonio nunca hablaba de política, había venido desde un pueblo de Jaén al barrio calzando alpargatas y tosiendo mucho porque tuvo tuberculosis pero se curó, había vivido en una casa baja hasta conseguir un piso por la avenida de la Albufera, había perdido a tres de sus hermanos en la guerra, fusilados por los fascistas, el señor Antonio arreglaba coches y tenía un botijo de agua con anís del que a los niños que jugaban a la pelota en la calle les gustaba beber, era una buena persona, callada y trabajadora, me aceptó el cigarrillo, lo encendió, dio una calada, miró al cielo que clareaba, «hemos ganado, ¿verdad?», me dijo, «al fin hemos ganado», juraría que en sus ojos asomaba una humedad inesperada, tal vez se acordó de sus hermanos, fusilados tan jóvenes, militantes de la UGT, «ya era hora de ganar alguna vez», añadió, fumó de nuevo, se metió en el taller para comenzar su faena, me conmovió aquel gesto, habíamos ganado, y tantos, tantísimos años después, estamos perdiendo definitivamente, han vuelto y tienen el mismo rostro que quienes nos perseguían e, incluso, visten igual, siguen siendo igual de horteras, qué coño.

Hijo

Hoy, en el trabajo, la sonrisa idiota del portero, mascando un palillo y complacido por lo de anoche, no sé si por la derrota de los sociatas (como los llama él) o por la cristalización de un nuevo fascismo que contempla con evidente y absurda satisfacción. Su hijo está en el paro desde que llegó la crisis y culpa a Zapatero incesantemente. Aunque Zapatero ya sea una figura borrosa en el pasado político de España.

Arriba, ya en la oficina, indiferencia entre la tropa *millennial* sólo pendiente de los resultados habidos en *Gran Hermano* u *Operación Triunfo*, alimentados de la crueldad perversa de los *realities* televisivos.

Hallo la complicidad, por supuesto, de Marisa y la mirada desafiante de Sergio, con quien un día casi acabo a hostias porque se le ocurrió argumentarme con esa necedad de que si no me gusta España por qué no me voy. «Porque España también es mía, no sólo de los fachas como tú. De hecho, España no debiera ser propiedad de los fachas como tú». «Oye, oye», replicó. Otros pusieron paz donde casi hubo más que palabras.

Reunión de redacción y me toca escribir una biografía de mil palabras sobre Kim Kardashian. Bien. Kim Kardashian siempre funciona como relajante porque es una especie de significante vacío. Puro manierismo hecho con sus curvas excesivas y un extraño carisma de mujer tan bella como misteriosa, nunca se sabe si extremadamente inteligente o extremadamente idiota. Desde luego bastante más inteligente que su marido, Kanye West, capaz de lustrarle las botas a Donald Trump con tal de lograr un minuto (más) de protagonismo.

A mediodía, comida en De María: chorizo criollo, pollo a la brasa con patatas fritas y café. Menú argentino para un día de derrota y desolación.

Volvemos a perder. Lo hemos hecho siempre, pero ahora se asoman días oscuros. Otra vez los fascistas. Nunca se van del todo.

La conversación con Marisa me alivia. Ella está indignada, hiere su hondo feminismo el que tantísima gente haya votado a un partido abiertamente machista.

—Hay que irse de este país.

—Pero ¿adónde?

Adónde ir que encontremos esta claridad de los mediodías invernales, estos atardeceres pintados al óleo, el calor de tantos bares dispuestos a acogernos, los domingos del Rastro, y el acento turbio de las borracheras felices, salir del teatro y caminar hasta casa, bajo una leve llovizna, las calles sin nadie como si la ciudad te estuviera reservando sólo a ti este extraordinario momento.

—¿Adónde ir, Marisa?

—Pues entonces habrá que seguir peleando.

Después volvemos al trabajo. Escribo otro artículo. Sobre una nueva serie de Netflix que no he visto y nunca veré.

De la novela (no publicada) *Barrio*

Proyecto inconcluso de Ernesto Díaz

Recorro las calles sin nadie, a la hora de la siesta, por detrás de Monte Igueldo, pasado San Diego, igual que cuando éramos niños. Hace mucho que no nos veíamos. Dos compañeros de colegio inseparables a los que la vida, por supuesto, separó. Me llamaste por teléfono, «qué tal», dijiste, «mira, dijiste, te cuento lo que nos traemos entre manos», añadiste, «una campaña para que no derriben un edificio de cuando la República o antes, ¿puedes poner la cara?, tú eres conocido». Yo no soy conocido realmente. Soy un periodista del montón y, sí, salía en la tele y he escrito un par de libros. Bueno, qué más da. Si un amigo de los tiempos heroicos del gua y los bofetones de los curas, en el cole, reaparece hay que hacerle caso, supongo. Resulta, además, buena excusa para abandonar un viernes a media mañana esa redacción donde aguardo otro minuto de fama, mientras a mi alrededor se escriben repugnantes listas: diez maneras de adelgazar comiendo rico, diecisiete rubias para el siglo XXI, treinta y dos peinados para un fin de semana en Torremolinos, catorce batidos de colores, dieciséis looks con los que triunfar en la comunión de un niño lisiado. Me graban en vídeo delante de la casa de la República o de antes, en la cual vive gente tan pobre como la que vivía en la República o antes. Se ofrecen a mostrarnos su miseria doméstica, las ratas, las cucarachas, el mal olor que sale del váter. «Otro día», digo. Y nos vamos a comer algo a un restaurante vacío al lado del Raimundo Lulio, nuestro colegio. Después, a eso de las cuatro de la tarde, como cuando quedábamos (al final de la infancia) para callejear, caminamos por las aceras sin nadie. Hay comercios cerrados con ese aire de devastación que enseguida

toman aquí los lugares abandonados, hay carnicerías halal y chinos que fuman sentados a la puerta de sus establecimientos, una tienda de productos rumanos, la conexión latina según te acercas al Bulevar. Han cerrado (¿hace cuánto?) Los Guerrilleros, pero sigue el cartel: «No compre aquí, somos muy caros». No ha cambiado tanto o, al menos, no han cambiado la luz de esta hora de la tarde ni la complicidad extraña entre dos viejos camaradas, caminamos en silencio como cuando teníamos doce años y eludíamos a los yonquis en los parques y había jeringuillas con sangre tiradas en las fuentes públicas. ¿Fue una infancia feliz? Yo diría que sí. La edad nos acucia y sabemos que, dentro de muy poco, casi todo estará hecho. Mi minuto de fama ha pasado. Y, sin embargo, este viejo camarada con quien camino por el barrio todavía me cree una celebridad. No es poco. Conseguir la estima de quienes fueron tus colegas de correrías infantiles. Caminamos por las calles sin nadie, nos cruzamos con dos niños muy serios. Como si fuéramos nosotros cuando salíamos a la calle, muy pronto después de comer, a no hacer nada. Nunca pensé que pudiera añorar esas tardes de no hacer nada, sin propósito, solo edificar con tiza planes para cuando fuéramos reyes. Sin saber que era en ese preciso instante cuando reinábamos de verdad. Poseedores de la absoluta libertad, libres para estar sentados en un banco o salir corriendo hasta donde quisiéramos. Salimos a la avenida de la Albufera. Paro un taxi. Vuelvo a irme del barrio. Para siempre.

Comida de reencuentro con la gente de mi colegio de curas, donde absurdamente me recluyeron mis padres cuando todavía vivíamos en Vallecas, antes de migrar a Aravaca y encontrarme otra dimensión de la realidad, vespinos y tardes de discoteca, una nueva burguesía de chalé adosado y derechismo irreductible, aunque también, infiltrados en aquel clima, algunos mohicanos de extrema izquierda, extraños en el paraíso. El caso es que hoy comemos aquellos camaradas de infancia que recibimos bofetones enormes propinados por frailes franciscanos y hay niebla en la avenida de la Albufera. Todos varones porque solamente había niños en aquel colegio de curas.

—Qué miedo daba el padre Senén.

Se refiere el comentario a un sacerdote que repartía bofetadas con enorme delectación. Disfrutando de su violencia como quien bebe un vino delicioso. Se frotaba la mano después de la hostia exhibiendo un cierto placer casi sexual. «Quítese las gafas, señor Méndez», requería apenas levantando la voz. Y el señor Méndez se quitaba las gafas y, sin apenas haber finalizado la acción de desposeerse de sus lentes, recibía un mandoble certero que sonaba como un aplauso sordo y único. La clase contenía la respiración y, la verdad, había veces que daban ganas de ovacionar, tal era la precisión con la que atizaba aquel cura. Como cuando Mohamed Ali decía que era capaz de lanzar puñetazos invisibles al ojo humano mediante una velocidad supersónica.

—Qué miedo daba el padre Senén.

Tal vez alguna hostia sí nos merecíamos.

Comemos en la marisquería Los Mariscos. Muy cerca del cine Excelsior, al que yo solía ir algún domingo con mi padre a una sesión matinal en la que

ponían películas de Burt Reynolds o Louis de Funès. Costaba cincuenta pesetas.

La marisquería Los Mariscos tiene nombre y menú absolutamente explícitos.

Chupamos los caracoles en salsa alimentando nuestra grasa sobrante. Poca en mi caso (de algo puedo presumir) y abundante en el de muchos de mis coetáneos.

Miro a mi alrededor y nos veo a todos cuarentones y derruidos, pero más en ruinas yo mismo, que quise ser especial y vivo en la precariedad de un periodismo que describe las vicisitudes de Bella Hadid o la musculatura excitante de Chris Hemsworth, también conocido como Thor en las películas de *Los Vengadores*.

Mis compañeros de clase de aquella pleistocénica EGB trabajan en aseguradoras o de informáticos o en cosas serias. También hay un taxista y un torero. Otro vende pisos. Gente de orden. Esta vez no hablamos de política. Todo está muy agitado y nos da miedo que uno diga: «Sí, yo vote a esos». Vale, vale, no pasa nada.

Estamos en un sótano sin ventanas, con cuadros de paisajes marineros y familias que celebran cumpleaños a base de gambas al ajillo y pulpo.

Se habla de fútbol. Los hay del Real Madrid y del Atleti, pero también del Rayo Vallecano, que juega luego, y Suárez, que siempre se sentaba en primera fila, irá con su hijo al campo. Ganará el Rayo, lo cual siempre resulta una alegría incluso para quienes no nos gusta el fútbol.

Me acuerdo de la única vez que fui a un partido de fútbol, un Madrid-Atleti que los rojiblancos (contra todo pronóstico) ganaron 0-4 en el Santiago Bernabéu. Me apunté por curiosidad junto a Alexis, que solía ir con los del Frente Atlético, y al cuarto gol subieron los Ultra Sur y nos corrieron del tercer anfiteatro a porrazos. Ahora resultaría impensable, una barbaridad. En aquellos tiempos era algo normal. Un poco de mambo para animar la pérdida de unos y la euforia de otros.

Los viejos buenos tiempos.

¿Fueron alguna vez buenos?

No sé por qué he venido.

Para verlos y para verme en ellos.

En mis compañeros de clase.

Con quienes jugaba a churro (media manga, manga entera).

Tienen hijos, han edificado algo sólido, tienen familias que llevan de vacaciones a Calpe, visitan parques acuáticos con la prole, me entristecen porque me gustaría ser como ellos y no darle tantas vueltas a la existencia.

Bebemos vino blanco, pacharán y luego un *gin-tonic*. Y luego otro. Y otro más.

La gente de Los Mariscos no tiene prisa por cerrar mientras paguemos la cuenta. Hemos venido a comer y ya casi es la hora de la cena.

Fumamos en la puerta, alguno de ellos hace uso de un cigarro puro de los de antes, al viejo estilo, una faria o un Montecristo, como se diga.

Valentín se me acerca, con el diente mellado que se partió en Quinto y un cabello furiosamente rizado ya algo ralo pero resistente, qué caramba.

Me dice:

—Tú piensas que nosotros somos gilipollas, ¿verdad? Y lo somos. Pero no tanto, ¿eh? O sea, me refiero a que tú escribes, te codeas con algún cantautor y alguna famosa, vives en el centro, tu padre fue un gerifalte del felipismo y vienes y nos miras y dices: «¿Y estos tíos?». Piensas que somos gilipollas, que no pensamos sobre si nuestra vida es una mierda ni en cosas realmente profundas. Y te equivocas. Te leo. Leo tu blog. Está bien. Podrías haber llegado a más. Pero tampoco importa. Ninguno hemos llegado a más. No pasa nada, aunque te reitero, con todo el cariño, Ernesto Díaz, que también, a veces, cuando hemos acostado a los niños y nos estamos fumando un cigarrito en la ventana del dormitorio, preguntamos al cosmos si esto era todo, si hasta aquí hemos llegado. Vale que tú, además, querrías hacer la revolución, entrar en burro en La Habana como Jesucristo, etcétera. En fin. Que eso, que no somos tan gilipollas, Ernesto. Cada vez que vienes me dan ganas de darte un hostión como el que te di delante de fray Nuño mientras jugábamos al baloncesto. Y, sin embargo, por otro lado te tengo aprecio, qué coño. ¿Qué más tenía que decirte? Que me va bien en la aseguradora y que voy a irme a vivir a Rivas, estoy hasta los cojones de este puto barrio. Luego lo echaré de menos, ya verás.

Dicho esto vuelve Valentín a la calidez interior de Los Mariscos y queda un silencio de neón y niebla.

Me acuerdo de que Valentín y yo caminamos sin descanso por las calles de Vallecas un verano de hace muchos años. Repentinamente estrechamos en amistad de circunstancia (estábamos solos en Madrid, todos los demás se habían ido al pueblo o al chalé en la sierra o a la playa) lo que había sido puro

protocolo escolar, coincidencia en pupitres contiguos. Me lo pasé bien aquel verano. Me reí mucho con Valentín. Teníamos trece años y logramos entrar en la discoteca San Diego, ubicada en la calle del mismo nombre, que olía a chicle de fresa y donde mirábamos desde el burladero a chicas que, por entonces, nos parecían hermosísimas, de una belleza inalcanzable. Aquel verano caminamos cada mañana y cada tarde, nos sentamos en los bancos a esperar a nadie, compramos helados, envidiamos a las parejas que se besaban en los parques, estábamos bien, habíamos podido seguir caminando por las calles del barrio siempre, hablando de política y mujeres, de películas y discos, descubriéndolo todo.

Después, cuando finalizó aquel verano, Valentín y yo volvimos al colegio y fue como si no nos conociéramos y volvimos al protocolo escolar, a las conversaciones de trámite.

Sucedía.

Amistades que no llegaban a consolidarse.

Como cuando fui con Alexis al fútbol y él estaba empeñado en que me hiciera del Frente Atlético.

Fumo un último cigarrillo en la puerta de la marisquería Los Mariscos, miro fijamente el anteriormente mencionado neón y veo que pone *Welcome to Fabulous Vallekas Tatoon Zone*, Uría me da un cachete cariñoso en la cara, entran todos y yo me quedo solo, escuchando carcajadas y peticiones lejanas de una nueva ronda de combinados alcohólicos.

Me marchó penetrando en la niebla, espesa a lo largo de toda la avenida de la Albufera, tras los cristales observo a mujeres que se arreglan las uñas este domingo por la tarde, al lado de donde había un Simago, este fue mi barrio, este es mi barrio porque donde pasas tu infancia es tu única patria.

Padre

Pero ¿para qué quieres contactar con esta gente?», me ha preguntado Pepe, mirándome severo, con su tufo a tabaco, colonia fuerte y alcohol, un olor agradable en realidad, el olor de quien sigue con vida, caminando erguido, orgulloso, como yo era hace muy poco, Pepe es una buena persona, demasiado vehemente y algo bruto, me ayudará, «no te entiendo, Tristán», dice eso y me pide permiso para encender un cigarrillo y le digo que sí, por supuesto, aunque Teresa frunce el ceño, abandona su puesto de vigilancia al fondo del salón, nos deja solos, «te buscaré esos nombres, no sé ni cómo, lo mismo conservan sus fichas en el Ministerio del Interior, ¿te imaginas?, oye, por cierto, el otro día comí con Soto, está como una cabra, no acepta que nuestro momento ha pasado, quiere montar la bronca a la dirección del partido, que le den algún cargo en Castilla-La Mancha o en Valencia, lo que sea, pero ¿qué se cree?, toca retirarse, ya está, yo me he comprado una casa en Cádiz, en Zahara de los Atunes, el mar más impresionante que puedas mirar», escucho a Pepe y me entenece su capacidad para alcanzar la plenitud, hay gente así, sólo cuando murió su hija, quebrada por la heroína, sólo en aquellos días lo vi verdaderamente abatido, a punto de tirar la toalla, se separó de Olga y comenzó a beber más de la cuenta, luego se le pasó, la política fue la gasolina con la que alimentó el fuego de su reparación, tras el duelo volvió a la carga, jamás habla de aquel episodio, se casó otra vez, tiene otro hijo, en Londres creo, muchos de nuestros amigos tienen a sus hijas e hijos por ahí, por el mundo, pero está bien, así son las cosas, no vale lloriquear, también nuestra generación tuvo que emigrar y no nos pasó nada, la tía Herminia todavía vive en Suiza, me parece, ha vuelto a mencionar a Rosa, cada vez pienso menos en ella, trato de no pensar, no entiendo su

ausencia, añoro el calor de su cuello, sus besos antes de dormir, siempre necesitamos el amor, aunque ahora de lo que se trata es de hablar con mis viejos camaradas, que sepan la verdad sobre Paco, que confesemos nuestros pecados como cuando éramos pequeños e íbamos a misa, temerosos de Dios y, sobre todo, temerosos de aquellos curas monstruosos que daban unos bofetones inmensos, yo tenía las orejas de soplillo y bien que les gustaba tirar de ellas, Pepe me promete su ayuda, la amistad dura más que casi todas las cosas.

Hijo

No todo ha sido devastación y tristeza, seamos sinceros. «No, no es amor/lo que tú sientes/se llama obsesión». Bailábamos felices en noches de cocaína y callejones, así de simple todo, beber y bailar, yo sólo bailaba cuando iba muy borracho, pero era fácil emborracharse lo suficiente. Noches en las que bailábamos con una futura reina sin sospecharlo siquiera. Me enamoré varias veces y la política no nos interesaba demasiado. España era una aburrida balsa de aceite. PSOE, PP. La misma mierda es. Así lo gritábamos por las calles si hallábamos ocasión de manifestar nuestro descontento. Pero atravesábamos el invierno de nuestro descontento y luego llegó la primavera con el 15M. En la Puerta del Sol se construyó un ágora chabolista con tiendas Quechua y aplaudíamos con las manos alzadas al aire de la noche. Dormíamos. Despertamos. Ese ministro del Interior socialista al que tanto aborrecíamos decidió no pegarnos. Cuando trabajaba para el ministro de Educación y rompimos farolas (allá por 1987), sí que dispuso mano dura. Yo vi al Cojo Manteca correr por la calle Alcalá, con su cojera de punki que venía del violento norte, tal vez nadie se acuerde de aquel héroe de la resistencia, estrella de la televisión porque iba rompiendo cristales con su muleta mientras los bachilleres se manifestaban a su alrededor y la policía tiraba con bala, hasta el punto de herir en el culo a una estudiante mártir.

No todo fue devastación y tristeza, admitámoslo.

También estuvieron los veranos en Caños de Meca, con Flaco, los más hermosos atardeceres, ebrios de futuro inmediato y el agua del mar iluminada por una luna redonda que, sin embargo, nos ponía un poco pensativos porque todo iba a acabarse en algún momento. Y se acabó y volvimos a nuestras rutinas laborales hasta que nos echaron a la calle y añoramos esas rutinas

laborales porque el paro es el infierno, creo que lo decía Dustin Hoffman en *Tootsie*.

«Si no te gusta España, vete». Menuda frase idiota. Claro que me gusta España. ¿En qué país del mundo puede disfrutarse más de la vida? Me sale el patriota que llevo dentro aunque después, si miro las tertulias de la televisión, me vuelvo antiespañol. Somos contradictorios.

Me refiero a que tampoco hay que ponerse estupendo y asumir que las cosas son como son. Me voy con Silvia a Lisboa, a un palacete en el barrio de Alfama, hiedra y lluvia, el mar oculto tras aparcamientos y tinglados que son discotecas con óxido ornamental, el fantasma de Pessoa y un sinfín de turistas, peste bubónica de nuestros días aunque (admitámoslo) también ella y yo somos turistas. Sin embargo, los turistas enamorados son menos turistas, embellecen el paisaje.

Quizá todavía podamos construir un último capítulo. Y eludamos la fealdad circundante. Y volvamos a embriagarnos de futuro inmediato.

¿Por qué no?

Correo electrónico de Tristán Díaz a Candela Estévez, hermana de Paco Estévez (militante del FRAP muerto en prisión en 1975)

Estimada Candela Estévez, ruego disculpe la intromisión que supone este mensaje. Logré su contacto y me he permitido la osadía de escribirle unas líneas. No es mi propósito, desde luego, incomodarla. Pero necesitaba comunicarme con usted. Soy Tristán Díaz y conocí a su hermano durante los años de militancia antifranquista clandestina. No sé si le habló de mí. Jamás tuvimos su hermano y yo una relación estrecha. La clandestinidad imponía cierta distancia. En algunos casos podía derivar en sincera amistad y en otros en una difusa camaradería o complicidad política sin mayores honduras.

Sea como fuere, su hermano Francisco, por lo que recuerdo, era una persona íntegra y comprometida con la causa de la justicia y la libertad.

Pagó por ello el más alto precio.

Recientemente hablé con Juanco Yuste y me reveló que conservan ustedes cierta documentación sobre los días que pasó Francisco en la cárcel y que concluyeron de manera tan trágica. Me habló de una sobrina de Francisco, pero no me dio más indicaciones y solo he logrado esta dirección de correo electrónico que, espero, sea válida.

Si conservan esa documentación a la que me refiero, me pregunto si podría yo tener acceso a ella.

Si sería posible que me la remitieran por correo electrónico.

O enviar una copia por correo convencional (le adjunto, al final, mi dirección en Madrid).

Yo estoy incapacitado para moverme con facilidad. Sufrí un ictus que me limita enormemente.

Hacerle una visita me sería difícil.

Supongo que este requerimiento le suscitará preguntas.

Y una muy concreta.

¿Por qué necesito saber ahora qué es lo que escribió Francisco en esos horribles días de persecución y muerte?

Confieso que no lo sé del todo.

El pasado nos alcanza muchísimos años después.

Y no hay manera de librarse de él.

Me gustaría saber hasta qué punto fuimos culpables de la muerte de Francisco.

Necesito conocer cuáles fueron sus últimos pensamientos.

Puede que le resulte obsceno que se lo plantee así.

Puede que sea obsceno plantearlo así.

Y, sin embargo, no puedo expresarlo de otro modo.

Quien le escribe es un fantasma cuya persistencia resulta frágil.

No creo que me quede mucho tiempo.

Y antes de irme no estaría de más ajustar cuentas conmigo mismo.

Le he sido sincero.

Espero, ante todo, que no se sienta ofendida.

Respetuosamente se despide

Tristán Díaz

Hijo

Era el año 1987 y Herri Batasuna se presentó por vez primera a unas elecciones europeas y la circunscripción única hacía que se les pudiera votar en toda España. La izquierda abertzale que apoyaba la violencia de ETA aspiraba a escaños en Estrasburgo y a mí me pareció buena idea acudir a un mitin que dieron en el madrileño barrio de Lavapiés. Actuaban grupos punkis. Había rumores de que los fachas iban a boicotear el acto. Yo era un adolescente imbécil y me excitaba la idea de ir a la contra. Incluso aunque ETA hubiera matado a tantísimas personas en mi ciudad. Indiscriminadamente. Lo que estoy contando es un secreto. No me siento orgulloso de ello. Quedé con Humberto, a quien conocía del Sindicato de Estudiantes.

Humberto era militante de un grupúsculo marxista-leninista paradójicamente heredero de aquel en el que había militado mi padre en su juventud.

Humberto era un gamberro simpático.

Le recuerdo con algo de sobrepeso, cabello rizado, granos en la cara y una inmensa afición a la cerveza. Yo, por entonces, ni siquiera bebía. Él participaba en toda algarada callejera que se convocase. Había tirado piedras a la policía e incluso y también, según relataba incansablemente, arrojó un cóctel molotov en cierta ocasión.

Fui al mitin con él, nos aburrimos un rato, disfrutamos de una paranoia de falsos perseguidos (porque los fascistas no hicieron acto de presencia) y regresé a casa.

No era lo habitual, pero allí estaba mi padre.

Solía estar ausente.

Siempre con sus asuntos de partido, ascendiendo en el escalafón, camino de un puesto ministerial que nunca llegó.

—¿De dónde vienes? —me preguntó.

—He ido al mitin de HB —contesté.

Se me quedó mirando con total desprecio.

Me dio una bofetada.

Mi madre lo escuchó y acudió al salón.

Vivíamos todavía en Vallecas, a punto de huir hacia el extrarradio de clase media alta donde concluiría mi bachillerato.

—No me vuelvas a tocar —dije—. En tu puta vida —grité.

—No entiendes nada —masculló—, son los que quieren matarnos, imbécil, son unos cobardes sin entrañas.

Eso replicó.

Mi madre trató de atraerme hacia ella, de separarnos.

Sonaba una sirena en la calle.

De eso me acuerdo.

Me aparté bruscamente y me largué, anduve hasta muy tarde caminando por el barrio, rumiando mi rabia absurda, deseando que a mi padre le descerrajaran dos tiros, por traidor, por viejo, por cretino.

Yo era un adolescente cruel que escuchaba rock radical vasco y soñaba con gestas heroicas.

Despreciaba a quienes gobernaban mi país y quienes gobernaban mi país eran mi padre y sus amigos.

Entré en Los Asturianos, un bar adonde solía ir con los amigos del colegio a comer patatas bravas. Pedí una coca cola y no pude contener las lágrimas.

Me sentía solo, abandonado, sin nadie a quien acudir.

Humberto estaría tomando cervezas con sus amigos del barrio de Ventas o haciendo pintadas o echándose novia.

Yo no tenía novia ni amigos que compartiesen mis inquietudes marxistas ni sabía cómo era convertirse en adulto.

Mi padre jamás me enseñó a ello.

Mi madre lo intentaba, pero tenía sus propias preocupaciones.

Tampoco se trata de culpar de mi idiotez a nadie.

De todos modos, aquella bofetada no fue aleccionadora. A los pocos días me expulsaron del colegio de frailes al que iba por colocar propaganda de HB en los pasillos. Los curas no creyeron que fuera algo compatible con su

ideario.

Mi madre mantuvo una conversación muy larga conmigo. Entendí lo que me explicaba. Yo sabía que no resultaba admisible matar al prójimo. Así de simple. Sentí vergüenza.

Mi padre no volvió a hablar conmigo de este asunto.

España soportó durante tantísimo tiempo el humo y la sangre que extendieron quienes pretendían liberar Euskadi.

España soportó durante un breve lapso de tiempo el humo y la sangre de quienes les combatieron con balas.

Mi padre fue invitado a un debate en televisión. Se trató el tema de la guerra sucia. Le vi defender la cínica postura de un Gobierno que participaba de una (siendo benevolentes) tenue complicidad con el antiterrorismo armado.

O eso me pareció.

Me repugnó su falta de escrúpulos.

¿Por qué no dijo, simplemente, que estaba mal? Que matar estaba mal.

Que torturar estaba mal.

No escuché de su boca algo así.

Sólo palabras vacías.

La noche de la bofetada volví a casa muy tarde. O no tanto. En realidad, yo todavía era un niño al que la noche asustaba.

Eso es lo que no comprendió mi padre. Lo que nunca ha comprendido. Que yo fui un niño que mereció algo más que su mirada de reprobación. Poco después nos mudamos a Aravaca y mis padres se separaron.

Interludio de la madre

Si yo hubiera escrito este relato, contendría menos autocompasión y sería una historia alegre porque yo fui feliz. Dentro de lo razonable. Mi hijo y mi exmarido tienden al dramatismo. Me acuerdo cuando estaba embarazada, acababa de cumplir veintitrés años, recién concluida la carrera, creo. La vida era una promesa luminosa. Y yo no tenía miedo. A nada ni a nadie. Un día a la puerta de casa unos policías detuvieron al primo de Antonio, nuestro vecino, y comenzaron a darle una paliza violentísima. Antonio coleccionaba sellos y trabajaba en el Ministerio de Trabajo, iba y venía en una bicicleta oxidada, te lo encontrabas los domingos en la plaza Mayor de Madrid, ejerciendo una filatelia extravagante. El primo de Antonio militaba en el GRAPO. Una especie de secta terrorista que más tarde, cuando gobernaron los nuestros, ordenó la inmolación de sus miembros mediante una pavorosa huelga de hambre. Yo escuché los gritos, miré por la ventana, vi a aquel pobre desgraciado convertido en un amasijo sanguinolento en el suelo, bajé a la calle, con mi gran tripa de preñada, y me encaré con aquellos policías. «No pueden hacer esto», les dije. «Señora, es un terrorista». «Me da igual, no pueden hacerle esto», repliqué. Veo todavía hoy (perfectamente) la cara de asombro de aquellos dos tipos. Lucían bigotón de policías y gafas oscuras, iban de paisano, me enseñaron la placa, llegó un coche y se llevaron al primo de Antonio, que iba escupiendo sangre mientras me decía: «Gracias, gracias, muchas gracias». Volví a verlo en las fotos que publicaron los periódicos durante la huelga de hambre en las cárceles, ya mediados los ochenta. Murió en una celda, consumido, flaquísimo como un superviviente de un Auschwitz cuyo Holocausto había sido provocado por él mismo y sus camaradas, barba y ojos de místico, semidesnudo, en pañales, agonizante. Fue triste. Y, sin embargo, la vida siempre sigue. No sé si mi exmarido y mi hijo lo comprenden. La vida continúa y no merece la pena darle vueltas a cómo

habría sido si hubiera sido de otro modo. Estando embarazada sucedió otra cosa. Habían venido al barrio a vivir un grupo de estudiantes palestinos, iban a la facultad de Medicina y compartían un piso en Vallecas. Coincidió con ellos en la frutería. Muy jóvenes, tan jóvenes como yo o más. Un día sonó el timbre. Uno de ellos me había seguido hasta casa. Era muy guapo. Me declaró su amor. Me dijo que volvía a Palestina a luchar, a tomar las armas. Pero que regresaría a España y quería que nos viéramos de nuevo. Le dije que sí, qué otra cosa podía hacer. Me reí un poco de su osadía. «Pero ¿tú me ves? Estoy embarazada». «Da igual», respondió. En su español imperfecto, con demasiado amor tupiendo sus pestañas demasiado largas como para encajar en el retrato fiero de un muyahidín. Se fue. Nunca más volví a verlo. Puede que muriera en Líbano o en alguna otra guerra o que encontrase en Palestina a una mujer con la que formar una familia. He pensado muchas veces si, en el caso de no haber estado casada y embarazada, habría sido capaz de irme con él. Y creo que sí. La vida (repito) era una promesa luminosa. Aunque España fuese un campo yermo asolado por la brutalidad y el atraso. El terrorista del GRAPO y el guerrillero palestino que se enamoró de mí. Son dos capítulos de una vida que, tal vez, suenan exagerados al ser contados uno junto al otro. Pero sucedieron. Después las cosas fueron más normales. Como las de todo el mundo. Un matrimonio que se volvió aburrido, un marido que aspiraba a ministro y nunca lo fue, un niño precioso aunque con ciertas derivas melancólicas, un golpe de Estado que hizo llorar a las vecinas, un país que se puso en marcha y salió adelante. Ganaron los nuestros. ¿Lo hicieron tan rematadamente mal como sostiene mi hijo? No lo sé. Tampoco es algo que me preocupe. Me separé, me enamoré de nuevo, seguí adelante, la vida continúa. Si lo comprendieran ambos. Quiero a mi hijo y, a veces, me entristece ver cómo deja pasar sus días sin emprender ningún camino. Y me entristece ver a mi exmarido sumido en un silencio enfermo, roto por el ictus pero no sólo por el ictus. Ambos comparten una furia destructiva que, sin embargo, se disipa cuando escriben poemas de amor. He leído poemas de amor escritos por mi exmarido y por mi hijo. Y se parecen. Si yo hubiera escrito este relato, no caería en el fatalismo porque la vida tiene que continuar. O mejor dicho: la vida siempre continúa. Da igual que nos quedemos al margen. Da igual que fracasemos. Y, además, ¿qué es el fracaso? ¿Fracasó nuestra generación? ¿Ha fracasado la de mi hijo? Me hubiera gustado tener nietos. No ha sido posible. Tampoco es tan grave. Nada

es tan grave, hijo mío. Recuérdalo. Vuelve a leer *Palabras para Julia*, de José Agustín Goytisolo. Te gustaba aquel poema. La vida siempre continúa. Incluso cuando, como yo, has muerto.

Padre

He estado recordando a los amigos fallecidos, a Bernardo, quien sorprendió a todos haciéndose colocar sobre el féretro, en pleno 2005, la bandera con la hoz y el martillo del PCE en el que había militado cuando Franco, antes de pasarse (como yo) a los socialistas, Pepe se reía inapropiadamente, en pleno enterramiento, «fueron los mejores años de su vida», explicaba la viuda a los allí presentes, exministros perplejos, el propio Alfonso Guerra, «cómo sois los rojos», insistía Pepe sin cejar en su ironía, también he recordado a Alfredo, al que los bellacos de ETA liquidaron de un tiro en la nuca, el funeral más triste al que he asistido, la absoluta impotencia, el dolor, el miedo, la rabia, todas esas palabras tópicas que no pueden expresar la profundísima angustia de sentirnos tan vulnerables, sus hijas rotas ante el ataúd, el recuerdo de algunas noches hablando de cine, de novelas, de batallas perdidas, aquella era una derrota incalculable, he recordado también a Luis, a quien un infarto fulminó, y a Marisa, atropellada por un borracho, la muerte nos ha acompañado, nos acompaña, pronto será Juanco, pronto seré yo mismo, no siento miedo, espero el momento y deseo que sea rápido e indoloro, pero no quiero morirme sin saber si fui yo el chivato, sin esclarecer mi propio pasado, en el televisor vuelven banderas victoriosas, fascistas a caballo, me dice Pepe que no, que no se puede denominar fascistas a estos fascistas que escupen orgullosos, «les gustan los toros, igual que a nosotros», asegura Pepe, y sí, me volví aficionado porque íbamos a Las Ventas, a los mejores asientos, cuando éramos reyes, como en la película de Mohamed Ali en Kinsasa, Zaire, *The Rumble in the Jungle*, aquellos maravillosos ochenta, estoy haciendo recuento de muertos y hay muchos alrededor, también imposibilitados como yo, Teresita Laforet, tan guapa, militante venida de la

alta burguesía catalana, la fui a ver cuando sufrió un ictus como el mío pero mucho antes, apenas tenía cincuenta y tantos años y se quedó mirando al vacío, sin responder, le acaricié la cara y me dio la impresión de que esbozaba una sonrisa, el paso del tiempo es esto, no hay esplendor alguno en la vejez, en el deterioro, en ir a mear y no poder mear o en mearse encima, no sé qué es peor, tantos funerales, el de mi padre, y mi madre cantando con voz de misa cuando el abuelo Cipriano se pegó un tiro con la escopeta de caza, ocultaron el suicidio, dijeron que había fallecido de muerte natural porque si no el cura no habría dejado entrar el cadáver en la iglesia, vaya vida, quiero saber qué sucedió en la D.G.S., ¿fui yo quien no aguantó?, ¿fui yo el culpable de que Paco se suicidase?, lo que hacemos y dejamos de hacer tiene consecuencias, matamos y morimos a lo largo de la existencia muchas veces, y no sólo cuando baleamos a esos *gudaris* de pega que nos cazaban como a conejos, camarada Fuenfría, dentro de poco seremos nosotros a quienes nos velarán, el rostro plácido bajo la iluminación de cafetería que tienen todos los tanatorios, no quiero oír hablar de esa gilipollez de la cremación ni de rituales inocuos, quiero ser enterrado como Dios manda y que alguien cargue con mi ataúd, mi hijo debería hacerlo, tener un hijo y que no cargue con tu ataúd resulta una desgracia, yo cargué con el ataúd de mi padre y eso es lo que nos hace adultos, lo que nos conecta con el futuro y con el pasado, lo que nos permite un duelo sin idioteces, enterrar a los nuestros cuando toca, pero sólo cuando toca, no antes, no como la familia de Paco, que tuvo que enterrar a un chaval al que, entre unos y otros, aniquilamos.

Conocí a Marc después de años habiéndonos conocido. Valga la redundancia. Quiero decir que nos conocíamos desde lejos. Lo que sucede muchas veces. Él era un compañero de trabajo que, al principio, elaboraba sus conexiones en directo desde la delegación de Barcelona y luego se vino a Madrid y coincidimos presentando (a las órdenes de la verdadera presentadora, que era una fabulosa periodista con quien tratamos — seguramente sin éxito— de aprender algo) un programa matinal de primerísima hora. Arrancábamos a las siete de la mañana y eso significaba estar durante la noche preparando esa especie de magacín informativo, así que teníamos siempre la cabeza hirviendo porque no dormíamos demasiado o dormíamos al revés que todo el mundo.

La mencionada presentadora y fabulosa periodista (dicho sin ironía alguna, por si alguien no me entiende) procuraba conservar una vida familiar razonable y se iba a casa al finalizar el programa mientras Marc y yo desayunábamos cerveza y bocadillos de chistorra. Por ejemplo. Después, a veces, yo me iba a nadar y Marc hacía yoga. Pero también nos drogábamos cuando llegaba el fin de semana. Éramos treintañeros (casi cuarentones) de lo más contradictorios en cuanto a usos y costumbres, y él tenía una novia siberiana y yo no tenía novia en aquel tiempo, pero me enamoraba bastante y siempre de modo absurdo.

De repente, su novia regresó a Barcelona y él y yo nos convertimos en pareja de hecho, desayunos con cerveza y largas noches.

Hablábamos del futuro. Con treinta y tantos años tienes la sensación de que todo lo que te pasa es la última oportunidad. El último metro, como aquella película de Truffaut. Aunque Marc solía reducir mi dramatismo con alguna

buena frase.

—Siempre sucede algo después.

Por ejemplo.

Pronunció aquello en alguno de los muchos desayunos que compartimos. Caminábamos por Madrid, inmediaciones otoñales de la calle Atocha, al bajar del tren que nos devolvía a la ciudad, finalizada nuestra extravagante jornada laboral. Mirábamos la tienda de navajas que hay cerca de donde mataron a los abogados laboristas del PCE. O entrábamos en un concesionario de motos de fabricación india, rollo vintage, establecimiento que quedaba por detrás de Kapital, la discoteca inmensa a la que jamás fuimos porque nadie sabe en Madrid quién va a esa discoteca. Nadie, al menos, de nuestra edad.

—Siempre sucede algo después.

Pero yo creía que no. Yo creía (yo creo) que cada amor fallido, cada sueño frustrado, cada plan que sale mal es siempre definitivo.

Marc resultaba, en nuestros días de disipación, un genio de la nocturnidad, con una resistencia sobrehumana y una capacidad de adaptación a todo tugurio absolutamente prodigiosa. Trababa conversación con cualquiera y cierta noche acabó bailando con una hija de Adolfo Suárez, que fue presidente de España y ahora da nombre a un aeropuerto. El padre, no la hija.

También poseía Marc un interesante ángulo ninja y en cierta ocasión fue capaz de estampar un puñetazo rapidísimo y casi mágico a un idiota que estaba pasándose de la raya con un grupo de chicos muy jóvenes. El idiota recibió su hostia sin saber siquiera de dónde venía, miró alrededor desconcertado como si le hubiera golpeado un fantasma, salió del bar y Marc y yo continuamos conversando como si nada. Pareció una secuencia de una película, pero es que muchas de nuestras noches fueron como películas. Algunas felices y otras tristes. No se gana cada vez que sales. De hecho, la mayor parte de las veces se pierde. Vuelves a la cama con la soledad hiriéndote hondo.

—Muchas gracias —dijeron los chavales a quienes Marc había librado del matón borrachuzo.

—No, si es que me estaba molestando a mí el muy gilipollas.

Yo admiraba a Marc por ese tipo de cosas, por quitarse importancia, por carecer de sectarismos ideológicos que a mí me atenazaban, por atender sólo a las necesidades que su felicidad requería.

—La cuestión es divertirse.

Parece una simpleza, pero dicho por Marc aquello tenía sentido. Muchísimo sentido. Sin embargo, yo no quería sólo divertirme. Pretendía, con treinta y tantos años, cambiar el mundo. Suena adolescente pero así es. Combatir este puto sistema alienante, aunque la alienación, a veces, resulte divertida.

Más tarde se acabó el programa, nos echaron a la puta calle, nos pagaron bien por echarnos a la puta calle, *vacacionamos* alternando en noches de invierno y verano, Marc y yo anduvimos juntos un rato, nos separamos otro rato, coincidimos de nuevo, me convertí (fugazmente) en tertuliano, me echaron de tertuliano, encontré trabajo en mi acogedora web de entretenimiento, celebridades y otros etcéteras.

Marc siguió pensando que lo principal era divertirse y lo demás es silencio. La casa de la bomba.

Un día (seguramente durante un desayuno) Marc me confesó que había tenido una leve etapa mod. Vio *Quadrophenia*, y ya se sabe. Y escuchaba obsesivamente una canción titulada *La casa de la bomba*, del grupo Brighton 64. «Los chicos odian lo que ven/ y sin hablar/ ven a los viejos comer», decía la letra de la canción. Y también: «En la casa de la bomba/ el problema es la edad». Más allá de dejarse un flequillo absurdo y comprarse una parka verde y asistir a algunas discotecas del ambiente mod barcelonés, lo que Marc recordaba era lo muchísimo que le enardecía aquella canción.

—La escuchaba y me daban ganas de quemarlo todo, de que ardiera la ciudad y de que los mods impusiéramos nuestra ley y que los viejos se jodieran. Los viejos tenían la misma edad que ahora tenemos nosotros.

Me parecía exagerado, aún no me consideraba viejo cuando manteníamos aquellas conversaciones y los treinta se aproximaban a los cuarenta peligrosamente, pero todavía no, todavía no, mira ahora, con los cincuenta a la vuelta de la esquina. Y, por cierto, me resultaba bastante difícil imaginarme a Marc vestido de mod. Marc tenía un estilo personal de vestir. Muy Marc. De un hedonismo aromado de lavanda. Un aire mediterráneo y como de veraneo en la playa fuera verano o invierno: camisas de lino, pantalones blancos, esas cosas. Como si estuviéramos en Menorca aunque fuera diciembre en Madrid.

—Y ¿sabes, tío? Aún escucho esa canción de vez en cuando y mi corazón se acelera y todavía estaría dispuesto a quemarlo todo si alguien me asegurase

que de esas cenizas saldría algo mejor. —Y tras un silencio (me acuerdo perfectamente) añadió—: Pero ¿qué es mejor que esta cerveza bien fría y este sol de otoño que nos calienta en la terraza de un bar de Madrid, un lunes de octubre?

En realidad, no lo recuerdo perfectamente. Casi nada se recuerda perfectamente. No sé si esas fueron sus palabras exactas o me las estoy inventando.

Lo que sé es que Marc era así. Marc es así. Un buen amigo aunque se aleje e interrumpamos nuestra conversación por mucho tiempo. Da lo mismo. Pueden pasar años sin vernos y si nos reencontramos, comenzaríamos a hablar sin sentimentalismos como si ayer mismo nos hubiéramos separado a la salida de cualquier bar.

Mínimas memorias de un recluta en África

por Tristán Díaz (publicado en el volumen colectivo *Historias de cuando se hacía la mili*)

Saltamos al mar desde el barco, estaba alto pero al sargento le dio exactamente igual y también le dio igual si sabíamos nadar o no, sacamos a los que iban a ahogarse de debajo de las olas, arribamos a tierra firme y el sol de África refulgía en las piedras más allá de la playa.

Íbamos a cumplir el servicio militar en el Sáhara español y yo contemplaba aquel paisaje de perfiles dorados y ocre y cabras que comían de árboles secos.

Antón, de Benavente, provincia de Zamora, hizo un chiste:

—Si no hay mozas, habrá que apañarse con las cabras.

Todo era sol y secarral, polvo en los motores, la densidad del crepúsculo alargando un aburrimiento de tienda de campaña y mus, Antón trajinando con los automóviles viejos en el acuartelamiento, los moros sonriendo con sus dientes manchados, mujeres muy a lo lejos envueltas en telas.

Adrián era de una aldea en Extremadura y estaba malo desde que vino a cumplir el servicio militar. Se acababa de casar y echaba de menos a su mujer. Le animábamos, pero no había manera de sacarle de su ensimismamiento.

Por la tarde miraba el mar.

Aquel desierto de los tártaros también tenía su amenaza de invasión y, de hecho, pocos años después de que acabáramos nuestro servicio militar el Sáhara dejaría de ser español tras una marcha verde que tuvo en vanguardia a mujeres, niños y ancianos.

Contaban que los moros habían cortado el cuello a algún recluta que hacía guardia durante la noche.

Ahí estábamos, bajo las estrellas más luminosas que jamás habíamos visto y con un frío salido de la nada, como si las piedras se congelasen al atardecer.

El sargento no era un mal tipo.

Nos convidaba a *coñá* algunas veces, se emborrachaba duro los domingos después de misa, fumaba grifa y cantaba *El novio de la muerte*, aunque no era legionario. Tenía una cicatriz cruzándole el rostro, apenas metro sesenta de estatura y un pecho de palomo que contrastaba con sus delgadísimas piernas. Andrésín era su recluta preferido y a veces, por la noche, se lo llevaba a dormir con él. Nadie preguntaba.

A Máximo le picó una serpiente y estuvo diez días con fiebres y creíamos que iba a morirse.

Los días se alargaban, comíamos sentados en el suelo como salvajes, aguardando un destino que nunca llegaba.

Allí no había permisos.

Nadie podía volver a casa hasta que todo finalizase.

¿Dónde ir en el tiempo libre?

A dar vueltas por entre los pedregales y la nada.

Dibujábamos en nuestras cartas la luz de África. Me fascinó aquella luz, el calor asfixiante y las temperaturas gélidas de la noche, el aullido de las hienas en la oscuridad.

Adrián dejó de comer.

No quería levantarse de la cama.

Fue arrestado.

No sirvió de nada.

Finalmente se le envió a la península, pero decían que había muerto en el camino.

De pena.

Aquejado de la melancolía letal que envenena a quienes no pueden ser movidos del lugar que los vio nacer.

Eso sucedía bastante en la mili. Gente que se suicidaba. Que desertaba una y otra vez. Que se dejaba perecer. Tan jóvenes como éramos.

Sin embargo, para la mayoría de la tropa de reemplazo no era para tanto y vivíamos el momento y un día fumamos grifa y caímos desmayados escuchando la risa de un legionario tronado que se burlaba de nuestra escasa

resistencia.

Formábamos muy temprano y recuerdo aquel sábado en que se corrió la voz de que los moros preparaban un ataque. El sargento nos arengó duro y luego colocó a cada cual en su puesto y a Andrésín lo mandó con el cocinero, para que ayudase con el rancho.

Nadie nos atacó.

El páter dormitaba casi todo el tiempo, despreocupado de nuestras almas.

Estaba gordo pero le gustaba jugar al fútbol. De portero.

Por las noches se oía a algunos ahogar sus sollozos en la almohada, reír a otros, conversar en voz queda a unos cuantos, roncar a la inmensa mayoría.

Igual que llegamos, nos fuimos.

Embarcamos hacia Fuerteventura y luego de ahí a la península.

Nunca he vuelto a África.

Pero jamás he podido olvidar su luz, las tardes vacías contemplando el cielo, el sonido de un océano que era el viento en el desierto, todas las estrellas del universo contemplándonos en la noche de guardia que jamás terminaba.

A veces, todavía, sueño con África.

Como si fuera otra vez joven y la aventura de aquel servicio militar en el Sáhara volviese a reclamarme.

Hijo

Mi padre realizó el servicio militar en el Sáhara Español, y yo me declaré objetor de conciencia y, en una vuelta de tuerca final, decidí negarme a hacer la prestación social sustitutoria y convertirme en insumiso, pero ya estaba aboliéndose la mili y ni vinieron a meterme en la cárcel. Simplemente dejaron que los miles de jóvenes que no queríamos pasar meses bajo disciplina cuartelaria nos quedásemos en casa tranquilamente.

Así que no puedo presumir de una hoja de servicios insurrecta excelsa, pues nunca fui a prisión acusado de insumiso. El escritor zaragozano Félix Romeo sí estuvo en la cárcel por negarse a hacer la mili.

Ahora parece una ridiculez, pero aquella batalla tuvo su importancia.

Y casi nadie se acuerda de con cuánta insistencia mi padre y sus amigos del Gobierno se empeñaban en encarcelar a jóvenes a los que les repugnaba convertirse en soldaditos a las órdenes de un Ejército que, por mucho que dijera papá, seguía siendo rancio, franquista y brutal.

Tengo amigos que hicieron la mili y cada cual tiene su colección de barbaridades avizoradas en su cuartel correspondiente.

Golpes, arbitrariedades, violaciones, miedo y mierda.

También, claro, momentos de risas y camaradería.

Pero para ello había que comerse el resto del menú.

Estaban los que resistían la mili y los que no lo resistían y se pegaban un tiro.

Suicidios en la mili se dieron en abundancia y luego súmese a quienes volvían con la cabeza del revés, esquizofrénicos tras la ingesta desmesurada de alcohol, las humillaciones, el contacto con las drogas.

Que en la mili te hacías hombre significaba que en los cuarteles enseñaban

a chavales todavía adolescentes a beber, ir de putas, consumir todo tipo de tóxicos y educarse en un credo de violencia y sumisión.

Y gente como mi padre defendía aquello como si les fuera la vida en ello. Tuvo que ser un presidente de derechas quien aboliese el servicio militar.

Recuerdo haber ido a un montón de manifestaciones contra la mili. No todas eran pacíficas, como podría suponerse de tan virtuosa causa. La no violencia resultaba aburrida y un día, por ejemplo, bajamos de la plaza de Jacinto Benavente a Atocha unos dos mil sediciosos y al llegar, para desconcierto de la policía, volvimos a subir la calle con destino al inicio de la manifestación y fuimos destrozando todos los coches que encontramos a nuestro paso. La peor parte se la llevó un Mercedes-Benz que un punki («dejadme solo», gritaba como los toreros) devastó a la puerta de una célebre tienda de navajas. Me dio pena el propietario del vehículo y deseé que el seguro le cubriera tal estropicio.

«He visto las calles ardiendo otra vez», cantaban Kortatu.

Nosotros tratábamos de que tal lema se hiciera realidad.

Y, a veces, lo conseguíamos.

Ataca, ataca, ataca: MILI KK.

Ese era nuestro pueril grito contra el servicio militar obligatorio.

Y Tristán Díaz, mientras tanto, se declaraba en *Interviú* orgulloso de sus hechos de armas en Ifni.

Resumidos en un relato que escribió para un libro de autoría colectiva, allá por 1994.

Me he acordado de ello estos días (no sé por qué) y han vuelto a mi memoria las diversas razones por las que aborrezco a mi padre. Cuando se lo comento así de crudamente a Silvia, ella se escandaliza.

Nadie puede odiar a su padre.

Aunque sea de lo más común.

Padres que odian a sus hijos e hijos que odian a sus padres.

Y Silvia, claro, me pregunta:

—¿Tú quieres tener hijos?

—Soy casi viejo, Silvia.

—No lo eres.

—Resulta complicado.

Luego un beso borra el rastro de la conversación y seguimos bebiendo ginebra a la hora del relámpago que todavía anuncia la felicidad de tantas

noches madrileñas.

Mi padre hizo la mili en Ifni, yo quise ser insumiso pero me quedé en objetor, ahora hay generales del Ejército a extrema derecha y a extrema izquierda, el mundo ha cambiado.

Amo a Silvia.

Eso simplifica todo.

Olvídate de lo demás, olvídate de las próximas Navidades, tan inminentes, y del remordimiento y de tu padre solo, o con su hija, Carla, quien tomará las uvas a su lado, feliz 2019.

Otra copa y sigamos en este viaje al fin de la noche que acabará bien porque Silvia está a mi lado, sonriendo en el espejo, en la luz azul de la ginebra.

Hoy he cumplido cuarenta y siete años.

Interludio de la hija

Todo esto resulta estúpido. Tu incesante resentimiento hacia nuestro padre. Es cierto que tú y yo apenas nos hemos conocido y que no tengo la menor idea de lo que sucedió entre vosotros. Sin embargo, no creo que sea para tanto.

Y no es lo mismo lo tuyo que lo que sucede con mi madre.

La actual Rosa no es la Rosa de la que tú (desde muy lejos) supiste. Ha emprendido una vida absolutamente nueva, tanto como para haber renunciado a sus antiguos vínculos. Vende casas de lujo en Altea a millonarios rusos, viaja a Moscú con regularidad, tiene un amante jovencísimo de aspecto patibulario y tatuajes aterradores. Me da miedo, a veces, pensar en que se extravíe. Pero luego hablo con ella y me mira con ese gesto de seguridad tan suyo. Y sé que nada le irá mal.

No le fue mal con papá.

Simplemente se cansó.

Se acabó lo que se daba, diría ella.

No hay problema.

Mi madre pasó página y papá todavía la espera.

Ha olvidado que se separaron hace años.

Lo ha borrado de su mente.

Algunos días ni siquiera tengo claro que recuerde si Andrea está viva o muerta, me da la impresión de que también espera que aparezca por la puerta, más allá del cáncer que la fulminó.

Lo importante es que hables con él. Que le visites. No es que lo haya reclamado. Él nunca reclama. Nunca se rinde. Continúa firme en su orgullosa pose de John Wayne en *Centauros del desierto*. Sí, a mí también me gusta el cine. Y esa película me la puso papá muchas veces cuando era niña. Yo la aborrecía. Odié las películas del Oeste, pero, pasado el tiempo, *Centauros del*

desierto se ha convertido en una de mis películas favoritas. Quizá porque me recuerda a las noches con papá, sentado en el sofá y oliendo a cigarrillos y sudor de todo un día trabajando en el despacho o en el Congreso de los Diputados o donde le tocara.

Aquellas veladas los dos juntos, yo en pijama y él a mi lado, comiendo sándwiches calentitos, elaborados en esa sandwichera que me gustaba tanto.

Tu padre es una buena persona.

Y no me hables de política.

Sé que querrías que hubiese una revolución y que el Estado se hiciera cargo de los caprichitos de todos los quejicas que exigen una vivienda gratis, un trabajo sin esfuerzo, un futuro acolchado...

Yo creo en la pelea. Eso lo aprendí de nuestro padre y también de mamá. Tal vez mucho más de ella. Porque ella peleó mientras nuestro padre, cómodo en su sillón (casi) ministerial, se dejaba llevar por la corriente.

Mi madre se empeñó en hacer dinero. Y lo hizo. Me envió a ICADE, quiso que estudiase Económicas y Empresariales. Y ahora soy lo que soy.

Una mujer exitosa.

Seguro que te ríes.

O que lo desprecias.

Pero, a veces, debieras preguntarte si todas tus presuntas penas son culpa del sistema o más bien se deben a una indolencia crónica que eludes sanar.

No eres una víctima de la sociedad. Vives en una buhardilla razonablemente chic y tienes para viajar y para tus libros y tus noches de juerga que no sé si siguen siendo interminables.

Me acuerdo de una vez que coincidimos en un bar a las tantas. Yo iba con mis compañeras de facultad y les hizo gracia que mi hermano fuera tan cínico y tan atractivo, con ese ademán canalla que se te pone a las dos copas ingeridas. Ligaste con Patricia. No se me olvidará. Tú eras treintañero ya y Patricia no sé si había cumplido los veinte. Fue divertido. Lo fue para Patricia, que dijo habérselo pasado muy bien contigo, aunque (nos reveló) roncaste como un cosaco y tenías la casa hecha una leonera.

Tuve miedo al ver que te ibas con Patricia, pero luego cuando hablé con ella después de vuestro rollo (que, por supuesto, ninguno de los dos quiso alargar más allá del encontronazo habido), me sentí orgullosa de ti. Eras un buen tipo. No un ligón barato anhelante de un polvo rápido. No. Tú buscabas divertirte, apurar la noche, conversar, que una chica tan guapa y lista como

Patricia te acompañase a otro bar, besarla, llevarla a casa, ponerle *Freaks* de Tod Browning en la tele («tienes que ver esta peli»), ser tan tierno como sabes.

Te vi otras veces por ahí, con otras chicas, con amigos. Yo también ligué con un amigo tuyo, no sé si te acuerdas. Eduardo. No tuvo importancia alguna. Ni un imbécil ni alguien que te deje huella. Rollo de una noche. Sin más.

Tú y yo nos conocimos de un modo muy raro, yo te reclamé, sabía que tenía un hermano que no se hablaba con mi padre y quería saber cómo era. ¿Te acuerdas de cuando te llamé por teléfono por primera vez para que quedáramos? Yo era una adolescente. Nos hicimos amigos en encuentros esporádicos y luego volvimos a desentendernos.

Pero no sé por qué te estoy contando todo esto.

Quiero que vayas a ver a nuestro padre. Pasé la Nochevieja con él y no te creas que hubo drama alguno cuando dieron las doce campanadas. «Este año de las uvas creo que voy a prescindir», escribió en su iPad. Y esbozó lo más parecido a una sonrisa que puede aproximar su rostro.

A mí (sí) se me escapó una lágrima.

Pero él mantuvo el tipo.

Vimos la televisión un rato y luego nos fuimos a dormir. Antes de eso, claro, llamé a mamá. Se oía a su alrededor un jolgorio tremendo. Feliz 2019. Apenas eso pude entender.

Tengo que ir a verla.

Lo que no tengo claro es si pedirle que venga a visitar a papá.

Sí tengo claro que tú tienes que dejarte de tonterías y acudir a prestarle atención, a darle un abrazo.

Y déjate de política.

Ambos sois iguales.

Envenenados por un sectarismo que no va a ninguna parte.

Qué importancia tienen vuestras diferencias, vuestras broncas de adolescencia, ese agravio que guardas como si lo disfrutases, esa distancia que es la distancia de dos personas empeñadas no tanto en odiarse como en combatir la una contra la otra.

Nadie gana.

En una lucha así no gana nadie, Ernesto.

Padre

Honor y gloria al camarada Fuenfría, superviviente de los tiempos heroicos, fin de raza, comandante del Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, organización subversiva fundada allá por 1973 en un apartamento parisino que el dramaturgo Arthur Miller prestó al viejo republicano Julio Álvarez del Vayo, marxista incorruptible, honor y gloria al camarada Fuenfría, que se ha ido para siempre, lo leí en *El País*, una necrológica brevísima escrita por una firma ignota, tal vez el becario de turno, que tecleó sumariamente al dictado (estoy seguro) de algún viejo rojo de la redacción, algún archivero condenado al ostracismo y militante (todavía) de las gloriosas Comisiones Obreras, honor eterno y gloria al camarada Fuenfría, que lanzaba los cócteles molotov con presteza de sabio guevariano, soñando con uno, dos, mil vietnams, pero Vietnam se convirtió al capitalismo, camarada, y él, irreductible combatiente, siguió acudiendo los domingos a las manifestaciones, a toda manifestación en la que pudiera lucir su bigotón y bramar con la voz tiznada de nicotina, honor y gloria al camarada Fuenfría, que sufrió persecución y cárcel y jamás pidió nada a cambio, continuó peleando porque la pelea era la razón de su existencia, se declaró comunista hasta el final, tal vez se arrepintiera de muchas cosas, no era imbécil, nunca lo fue, honor y gloria al camarada Fuenfría, que la bandera tricolor ondee en homenaje al guerrillero que entonaba *Bella Ciao* como si fuera una canción de misa, honor y gloria al camarada Fuenfría, que no probó en toda su vida un vino caro ni comió en Horcher y yo sí, yo he hecho ambas cosas y en numerosas ocasiones, honor y gloria al camarada Fuenfría, se van los mejores y él fue el mejor de todos, un trapense marxista-leninista-pensamiento Enver Hoxha, honor y gloria al camarada Fuenfría, aunque antes de morir viniese a inocularme el veneno de

la culpa, yo que siempre traté de vivir en un presente imperturbable, con mis atribuciones gubernamentales y mis noches de whisky en un bar de la calle de la Paz de cuyo nombre no me acuerdo, vaya por Dios, allí íbamos políticos y periodistas y servían unos fabulosos dry martini, el camarada Fuenfría se hubiera indignado ante los precios del alcohol que allí se despachaba, aquellos maravillosos años ochenta, el mundo era nuestro, cambiamos de mujer, de piso, de sastre, tuvimos amantes, lo confieso, éramos el poder, camarada Fuenfría, y ya dijo Lenin que «salvo el poder, todo es ilusión», o tal vez lo dijera Marx, sea como fuere, honor y gloria al camarada Fuenfría, dedicado al sacerdocio de la revolución hasta su último minuto, batallando contra la OTAN, contra la guerra de Irak, contra el extremismo de derechas, contra el machismo, solidarizándose con Cuba y Nicaragua y el subcomandante Marcos, honor y gloria al camarada Fuenfría, él y otros como él trajeron la democracia y luego nosotros la gestionamos y dejamos que él y otros como él se quedasen en el barrio, esperando un autobús que no llegó y viendo cómo ni siquiera mejorábamos la recogida de basuras, estoy siendo sarcástico, no fue así, recuérdese a Enrique Tierno Galván, alcalde de Madrid que planeó su propio funeral y ordenó que se pasease su cadáver por toda la ciudad en coche de caballos, en un decimonónico espectáculo que congregó a masas enfervorecidas, seguramente el camarada Fuenfría también acudió a aplaudirle y se subiría a alguna farola para contemplar el paso de la mortaja, bajo el cielo de Madrid, de una luz absolutamente prodigiosa, honor y gloria al camarada Fuenfría, que vino a preguntarme si fui débil, si fallé, escribí a la hermana de Paco, caído en la lucha, ahorcado en su celda, y todavía no he recibido respuesta, pero sí pude, gracias a Pepe, el último compañero (del alma/compañero) que sigue en pie, comunicarme con algunos camaradas de aquellos días y en sus escritos de respuesta a mis requerimientos por correo electrónico entenece la felicidad con la que han adornado nuestro pasado partisano, Manolo El Albañil escribe, como antes, con ligeras faltas de ortografía y me manda abrazos y que viva la lucha de la clase obrera, no cree que fuese yo quien cantase en la Dirección General de Seguridad, no se acuerda (en todo caso), María y Sonia, las hermanas, se sacaron sus respectivas carreras universitarias y se hicieron profesoras, ambas replicaron con su silencio a mi pregunta lanzada en una botella al éter del ciberespacio, Cienfuegos sí me dio una clave, una pista para continuar mi investigación, su correo electrónico contenía solamente una frase, «Conrado lo sabe», y sé a

quién se refería, a Conrado Ramírez Leiva, condenado a muerte, su pena fue conmutada, Irene, su compañera de entonces, perdió al hijo que esperaban a causa de los malos tratos recibidos en una comisaría de Jaén, la violaron y vejaron de modo infame, eso contaban, poco después, al margen de la disciplina de la organización, Conrado Ramírez Leiva disparó en la cabeza a un guardia urbano en la glorieta de Cuatro Caminos, todos lo sabíamos, pero jamás se pudo demostrar nada y nadie le delató, fue un milagro que no le cazasen por aquello, ni siquiera encontraron la pistola, eran otros tiempos, y es algo que siempre he querido olvidar porque luego, cuando eran otros quienes nos disparaban en la cabeza, yo defendí la mano dura contra el asesinato y la infamia y, bueno, volvamos al principio, honor y gloria al camarada Fuenfría, que la tierra te sea leve, hablaré con Ramírez, lo buscaré y espero que sepa darme alguna explicación, que me obsequie con la llave de un pasado que se va borrando, justo ahora cuando el presente se precipita hacia toda convulsión, hay un espía que sale tapándose la cara con una carpeta y que filtra conversaciones en las que se acusa al Rey, a gobernantes de izquierda y derecha, a banqueros, podría amenazar a la mismísima reina Letizia, dicen que ese espía o policía corrupto o lo que sea ordenó quemar el edificio Windsor, honor y gloria al camarada Fuenfría, nos veremos dentro de poco en el walhalla donde reposan los guerreros que jamás aceptaron la rendición, honor y gloria al camarada Fuenfría, derramemos una lágrima por quien, una tarde de otoño, paseando por el parque del Retiro, bajo la estatua del Ángel Caído, un lunes de hojas secas y sol marchito, me regaló un libro de versos de Antonio Machado que todavía conservo.

El edificio Windsor, situado en la madrileña calle Raimundo Fernández Villaverde número 65, ardió un 12 de febrero de 2005 y yo fui uno de los numerosísimos borrachos que contemplamos tan hermoso espectáculo (sin víctimas, afortunadamente) en una noche que supuso una especie de ingenuo regreso a la infancia. El fuego purifica y las llamas en aquel rascacielos resultaban hipnóticas. Junto a otros colegas, avisado del acontecimiento mediante llamadas al teléfono móvil, bajé caminando desde un bar cercano a la plaza de la República Argentina, llevaba una copa de JB con coca cola oculta bajo el abrigo y la degusté mientras aquella mole sucumbía al furor de un incendio que, dicen, fue culpa de una fumadora poco prudente. El tabaco perjudica seriamente la salud y si no, que se lo digan a la familia Reyzábal, millonarios poseedores de aquella torre gigantesca y también, durante los años setenta y ochenta del siglo XX, magnates de la noche madrileña. La discoteca Windsor y otras *boîtes* como Cleofás y Xenon formaban parte de su imperio y allí lo mismo te pedías un Juanito Caminante en las Rocas que veías actuar a los principales cómicos o a las musas del destape.

Estuve allí, mirando arder el edificio Windsor, hasta que me llamaron de mi cadena de televisión, teléfono móvil mediante, y me mostré disponible, ejecuté una lamentable conexión en directo (en la alta madrugada) que dejaba patente mi virtuosa ebriedad. Ninguno de mis superiores hizo mención al estado etílico que exhibí impudicamente. Hasta me reía, según recuerdo. Con la resaca vino la mala conciencia, pero en aquellos días apenas un puñado de enfermos insomnes veían la cadena de información continua en la que yo trabajaba, así que no quedó constancia de mi ridículo.

Aquel fuego devorador resultó una postal de juventud que hemos

conservado en la memoria.

Luego salieron a la luz imágenes extrañas del interior de la torre, en pleno incendio, con sombras humanas buscando papeles en cajones, o eso parecía, o eso podría suponer el espectador o espectadora, y se forjaron estupendas teorías de la conspiración porque en aquel edificio tenía su sede una de las principales auditoras de España.

Ahora hay rumores de que en aquel incendio algo tuvo que ver un poli malo que en estos días, desde la cárcel, revela secretos infames.

No sé.

Lo único cierto es que el Madrid noctámbulo acudió presto a ver cómo ardía aquello y se bebía en las aceras comentando la singular belleza de aquel espectáculo.

El fuego purifica y el fuego nos devuelve a un estado de primario asombro.

Éramos jóvenes y, además, enseguida se supo que nadie había resultado damnificado.

Sonaban las carcajadas y la gente, en un ambiente festivo y solidario, compartía las bebidas y hasta algún cigarrillo de hachís.

Juerguistas de toda clase y condición confluimos en las inmediaciones de aquel símbolo de un capitalismo decadente que enseguida se reconvertiría en unos grandes almacenes con gran oferta para el turismo chino, que compra zapatos en España como si no los hubiera en Pekín.

Hay una cierta inocencia que se desprende de aquel instante.

Todavía no había llegado la crisis en las dimensiones criminales que luego conoceríamos.

O, simplemente, éramos más jóvenes y el futuro no nos preocupaba tanto.

Cada cierto tiempo tendría que arder un rascacielos en cada ciudad (sin víctimas, por supuesto) y que pudiéramos ir a mirar la severidad de esa mezcla de gases incandescentes que muerde hasta convertir en esqueleto la vanidad humana.

Fue como una película de catástrofes pero muy al modo madrileño, derivando el desastre hacia lo festivo, siempre hallando una excusa para el penúltimo trago.

Le contaba a Silvia todo esto y ella se reía y en su risa, como canta Ismael Serrano, «yo me veía caer».

Me gusta contar historias así, estúpidas y sin mayor consecuencia, pura anécdota y melancolía de tiempos más fáciles.

Cuando amaneció de aquel incendio, desayuné un bocadillo de beicon con queso en una cafetería y dormí hasta la tarde del día siguiente.

Aquella bendita irresponsabilidad nunca debiera haberme abandonado.

Luego, con la resaca, me sentí jodidamente mal.

Pero siempre (o casi siempre) me sentía jodidamente.

Casi siempre me siento jodidamente mal.

Salvo ahora, que miro a Silvia, y veo que las cosas pueden ser de otro modo.

Y que, después del penúltimo trago, ella estará conmigo.

Escrito en una máquina de escribir Olivetti y lanzado a la papelera durante una noche de invierno de 1999

por Tristán Díaz

Muchos años después, viviendo en Nueva York, Rick vio a Ilsa cruzar la calle. Sucedió el tercer día de la huelga de recogida de basuras que, en 1981, sumió a la ciudad en una pestilencia apocalíptica. Todo parecía hundirse en aquella Babilonia estremecida por la catástrofe, las bandas, los cocodrilos albinos que asomaban sus fauces ciegas desde el interior de las alcantarillas. Rick llevaba instalado en Manhattan desde 1950. Abrió una coctelería y se convirtió en un próspero empresario hostelero. Sam viajó con él desde Casablanca y siguió tocando el piano en su bar. El capitán Renault regresó a París para iniciar una brillante carrera política. Acababa de ser nombrado ministro por François Mitterrand, recientemente convertido en presidente de Francia. Todos ellos (los de entonces) eran, a estas alturas, supervivientes de otra época. Septuagenarios apurando los últimos momentos de la fiesta que es vivir.

Y ahora, tantos años después, Rick vio a Ilsa. No había sabido de ella desde que aquel avión alzó el vuelo y la niebla se hizo silencio. Recordaba bien aquella noche definitiva. Los sucesivos tragos de whisky y el humo de los cigarrillos. Renault a su lado, sin pronunciar palabra, seguramente maquinando cómo dar sentido a su conversión de cínico en héroe.

Rick emprendió el camino de retorno a un hogar que nunca había tenido. Eligió Nueva York, conoció a una mujer, se casó con ella, tuvo dos hijos. Ahora, ya prácticamente retirado de la noche y sus turbulencias, paseaba cada

mañana por Central Park y daba de comer a los patos.

La ciudad ardía por los cuatro costados.

Basura, violencia, edificios en ruinas, vidrieras rotas, amenazas pintadas en las paredes, sonido de disparos.

Ilsa entró en un café. Rick se quedó mirando, en la acera contraria, detenido en una súbita indecisión. Deseó encender un cigarrillo, pero hacía años que, aconsejado por su médico, había dejado el tabaco, el alcohol y la cocaína. La existencia resultaba sin esos tres tóxicos mucho más aburrida, pero la esposa y los hijos de Rick insistían en que viviese muchos años y alcanzase una ancianidad saludable.

Ya era un anciano.

Con el aburrimiento insoportable que, a veces, perturba el pensamiento de los viejos.

Y luego estaba el recuerdo.

Pero el recuerdo sólo llegaba de cuando en cuando, atenuado por el sonido del tráfico al otro lado de la ventana, muy lejos, casi tanto como esas luces de Nueva York que Rick contemplaba incansablemente desde su apartamento, tan hermosas como el más bello lienzo.

Dudó.

¿Qué hacer?

Tantísimos años después, como si aquella maloliente acera neoyorquina fuese el París de los años cuarenta donde se habían conocido, sintió un dolor extraño.

El amor no se acaba nunca.

Rick vio a Ilsa, envuelta en su abrigo azul como cuando los alemanes desfilaron junto al Sena.

Hacía frío, era diciembre y, a través del cristal de la cafetería, Rick contemplaba a Ilsa beber lo que seguramente sería un té caliente, su trago preferido para los ratos en que el champán no resultaba adecuado.

El rostro de Ilsa, por supuesto, reflejaba los envites del tiempo, pero había algo en su mirada que irradiaba la misma belleza de siempre.

Rick pensó en marcharse, emprender el camino a casa, donde le esperaba su esposa para ir a hacer algunas compras. Por la tarde recibirían la visita de su hijo mayor y de su nieta. Daría media vuelta, olvidaría aquel perturbador encuentro y continuaría con una vida que, en el fondo, no había sido tan mala.

Sam se moría en un hospital de Harlem devorado por el cáncer. Pronto tendría que despedirse de quien había sido su camarada durante tantas y tantas noches.

Rick se ajustó las gafas, enormes cristales con montura dorada que agigantaban su mirada plena de cansancio, indisimuladamente propensa a la melancolía. Rick siempre había sido un sentimental. Renault se lo repetía una y otra vez.

Pensó (de nuevo) en cómo habría sido su vida con Ilsa, si en aquel avión hubieran volado ella y él, quién sabe; imaginaba de modo recurrente una casa frente al mar en Puerto Vallarta, crepúsculos interminables, tequila y los pies descalzos de Ilsa caminando por la arena de una playa blanquísima.

Pura fantasía.

Rick odiaba la playa, la arena y el tequila. En realidad, sólo lograba cierto estado próximo a la placidez en el interior de los cafés que había regentado, en Casablanca y en Nueva York, abandonado al sonido del piano, las voces y risas, el humo cegador, la luz incidiendo en la tela roja de los reservados, en la moqueta agujereada, un resplandor tenue indicando la salida a una noche siempre inacabable, con callejones donde se escondían monstruos.

Era diciembre y Rick llevaba un abrigo con solapas de piel y un sombrero de ala corta que le protegía de la inclemente y heladora velocidad del viento procedente del Hudson.

Pareció que Ilsa miraba a través del cristal a aquel anciano que permanecía detenido en medio de la acera.

Pero no.

Enseguida volvió a su té y a la lectura del periódico. Tal vez esperaba a alguien.

Tal vez (todavía) a aquel tipo que se la llevó de Casablanca. O, mejor, dicho: aquel tipo con quien ella decidió marcharse.

Rick quedó estremecido por la dimensión del amor que volvía hacia él desde una distancia sideral. Lo creía enterrado, volatilizado en el tiempo y, sin embargo, otra vez la vida se lo ponía al alcance de la mano.

¿Por qué no?

¿Por qué no intentarlo de nuevo?

Nada perdía en hablar con ella, en retomar la conversación que dejaron interrumpida en un aeródromo de Casablanca hacía tantísimos años.

Sucedió en el momento en que Rick iba a cruzar la calle.

Los dos pandilleros le interceptaron y le apuntaron con una pistola exigiéndole todo lo que llevara encima.

Ilsa se levantó de la mesa y Rick pensó que abandonaba el local, que se marchaba, que volvería a perderla para siempre.

Y, como si aún fuese el joven indómito que peleó en Abisinia contra los fascistas, trató de ejecutar un puñetazo que resultó fácilmente neutralizado.

Ni siquiera tuvieron que dispararle.

Le noquearon con un culatazo de pistola y, una vez derribado, le propinaron con sus botas de punta afilada un sinfín de patadas.

Quedó tendido en el suelo, coloreando de sangre aquella acera de Nueva York, mientras comenzaba a nevar.

Rick murió una semana después en el hospital Monte Sinaí.

Antes de perder la consciencia, ajeno al dolor de su propio cuerpo, con los copos de nieve acariciándole el rostro, creyó ver a Ilsa por última vez, tomando un taxi amarillo con su vestido azul.

Padre

Conrado Ramírez Leiva, exmilitante del FRAP y del Partido Comunista de España (marxista-leninista), regenta en la actualidad una tienda de jamones en la localidad madrileña de Morazarzal, resulta chusco pero así es, la heroicidad no dura para siempre, no da de comer y hay que adaptarse a los nuevos tiempos, que se lo digan al simpático compinche del petimetre, ahora convertido (braman sus contrarios) en traidor a la causa, qué tontería, traicionar al petimetre, eliminarle del panorama político actual, es una obligación cívica y constitucional absolutamente imprescindible, en fin, bastó rastrear en mi dispositivo electrónico y hallar lo que buscaba, Conrado Ramírez Leiva, correo electrónico y dirección de su jamonería, así que le envié el mensaje correspondiente y luego otro y otro y otro más, y finalmente me contestó, quiere verme, quiere que nos veamos, «sólo lo hablaré cara a cara», eso me dijo, con un cierto tono amenazante, Conrado siempre tuvo un estilo patibulario, un modo de conducirse violento y tajante, mucho más después de perder al hijo que su compañera esperaba y mucho más después de que él y su compañera tomaran caminos separados, era lógico, Irene jamás poseyó verdadero sentido del compromiso político, se vio implicada por proximidad sentimental y las consecuencias fueron terribles, ¿habrá podido olvidar?, toda España olvidó, las miserias y brutalidades del franquismo fueron borradas mediante la fiesta del 92 y los trenes de alta velocidad y las escuelas concertadas y toda clase de regalos para una clase media surgida del chabolismo y el hambre de los abuelos y abuelas, ya nadie se acuerda de Cipriano Martos, militante del PCE (m-l), muerto en comisaría tras obligársele a beber el contenido de un cóctel molotov, con la laringe y las tripas destrozadas por el ácido, agonizando durante semanas de insufribles

dolores, nadie se acuerda de cuando un comando fascista secuestró y torturó durante días al periodista José Antonio Martínez Soler pocos días después de la muerte de Franco, nadie se acuerda de Vicente Cuervo, obrero de Telefunken, al que disparó en Vallecas un pistolero de Fuerza Nueva que había acudido al barrio a cazar rojos junto con otros matones ultras, lo hemos olvidado y, además, ninguno de esos crímenes fue resuelto, nadie pagó por ese dolor, no se detuvo a los culpables, queríamos olvidar y olvidamos durante años, era nuestro deber, nuestra obligación, olvidar todo, igual que ahora toca no acordarse de esos años de plomo en los que intercambiamos balas con los asesinos y la maldita cal viva que mencionó el petimetre, esta juventud imbécil no entiende que el olvido es una virtud, hay que olvidar para que el futuro avance, incluso tengo mis dudas de si merece la pena sacar los despojos de Franco de su mausoleo, aquel general enano bastante penitencia tiene reposando en su horrendo túmulo de Cuelgamuros, dejadlo ahí, que se pudra con las oraciones de quienes le visitan y después bajan de la basílica a merendar chocolate con picatostes en El Escorial, olvidemos, toda la vida intentando olvidar y ahora persigo desesperadamente un recuerdo, necesito saber si fui yo el traidor, Conrado vendrá la semana que viene, me contestará, me contará todo, me revelará la verdad y no sé si esa verdad resultará grata, pero hay que afrontar las cosas como vienen, mi generación siempre lo ha hecho, la generación que nos ha sucedido carece del valor para hacerlo y así nos va, Ernesto ha aspirado desde niño a una pureza como la de los santos o los fanáticos y lo único que ha logrado ha sido fracasar, escribiendo tonterías para ganarse el dinero con que pagar un alquiler exorbitante por treinta metros cuadrados en Jesús del Valle, la misma calle donde vive Fernando Sánchez Dragó, escritor de fama, seductor impenitente, comunista cuando los dinosaurios dominaban la tierra y fascista de nuevo cuño hoy, coincidimos una noche pretérita, bebimos en Bocaccio hasta el amanecer, estaban también Michi Panero y su entonces novia (o esposa), la actriz Paula Molina, y un diputado centrista y el juez megalómano que tantos dolores de cabeza nos habría de acarrear después, rendido a su timidez de entonces, mucho antes de señalarnos con el dedo acusador, qué absurdo conservar nítido un recuerdo como ese, haber archivado de modo preciso la memoria de una noche intrascendente y, sin embargo, no saber si ante la mirada aterradora de Billy el Niño, aquel torturador repugnante, fui capaz de dar nombres, de condenar a mis camaradas, lo que me atormenta no es si lo

hice sino desconocer si pude hacerlo, sospechar que en mi cabeza hay piezas rotas y que he extraviado el rumbo, porque sin saber qué hice entonces no puedo saber quién soy.

Sobre el pasado hay mucho que decir. Está la historia de mi padre, militante del FRAP y luego integrante de un Gobierno que cambió España, aunque no sé si para mejor. Y están otras historias. Ahí. En cierta ocasión, a una hora incierta de la madrugada, hablé con un tipo extraño. Estábamos en una especie de local clandestino enfrente de los cines Ideal, cerca de la plaza de Tirso de Molina. Para entrar había que llamar al telefonillo de la puerta, dar una contraseña y te abrían, subías las escaleras, entrabas a un piso con luces rojas, diferentes habitaciones, decoración como de burdel, humo de cigarrillos, música atronadora en alguna de las salas y en otras un inquietante silencio roto por conversaciones de borrachos, gritos de espanto y festejo. Había gente consumiendo drogas y cortinajes tras los que las parejas desaparecían. Se establecían conversaciones entre desconocidos. Yo fui con Luis e Ismael. Éramos todavía universitarios. Acabé charlando con un cuarentón de cabello engominado, traje y corbata, náufrago en aquel escenario entre la pesadilla y el sueño feliz.

—Ahora soy abogado. Me acabo de separar, aunque eso da lo mismo. Tengo dinero. Me va bien. Siempre he tenido dinero. Mi padre era militar, pero hizo negocios inmobiliarios muy lucrativos. Ahora soy abogado. Sin embargo, antes fui guerrillero de Cristo Rey, chaval. De los que mataban. Íbamos al Retiro de caza. Bates de béisbol y esas cosas. Pegábamos a los maricas y a los rojos. Ahora soy abogado, ya me ves, una persona de orden, pero viví días salvajes. Nunca me detuvieron. A otros sí. A mí no. Estoy esperando a una zorrita con la que he quedado. Le voy a regalar un gramo de coca y nos vamos a ir a mi casa. Trabaja de camarera. Acaba su turno ahora. Soy abogado y un asesino, fíjate qué cosas. Una de las veces, en el Retiro, se

nos fue la mano. Le reventamos la cabeza a un maricón. O a un rojo, que no me acuerdo. A mis camaradas de entonces los interrogaron. Mi padre evitó que yo tuviera que ir a comisaría. También me dio una hostia en la cara que me tumbó. Coño, él había hecho la guerra, había matado comunistas también. ¿Por qué yo no? Ahora soy abogado, me acabo de separar, paso las noches borracho y cuando me emborracho, chaval, me viene a la cabeza la cara de miedo que puso aquel maricón que dejamos muerto en la oscuridad de un parque al que también íbamos con nuestras novias, a fumar porros y a meternos mano. Sí, también fumábamos porros. No éramos tan diferentes de nuestros enemigos, de aquella progresía cochambrosa que apestaba a pachulí y vendía collares en el Rastro. ¿Me tienes miedo? Bah, ya pasó mi época criminal. Ahora soy abogado. Llevo pistola, pero no la utilizaría salvo en defensa propia. Quedaron atrás los tiempos de matar rojos. Pero cómo es la vida, ¿verdad? Nunca me pillaron. Aquel asesinato quedó impune. Mis camaradas de entonces exhiben su intachable honorabilidad. Empresarios con apellidos ilustres. Van a misa. Alguno sale en la tele, es portavoz de la patronal o algo así. Lo curioso es que parece que todo aquello nunca sucedió. Ese maricón que matamos, ¿no tenía familia o qué? ¿Por qué nadie nos persiguió? ¿Por qué nadie nos metió en la puta cárcel? Era lo que nos merecíamos, chaval. En fin. La vida es muy rara, ya lo aprenderás. Mira, aquí viene Sara. ¿Quieres una rayita, chaval?

En contra de toda lógica, horrorizado y ebrio, escuchando un eco de música y bramidos en mi cabeza, acepté esa raya de coca. Sara, el abogado asesino y yo. Los tres dentro de un cuarto de baño sin espejos. El abogado que fue guerrillero de Cristo Rey se largó con su camarera. Volví con Ismael y Juan, traté de olvidar aquel relato absurdo y conocimos a unas chicas con las que todavía visitamos un último bar. Besé a una de ellas, fuimos a su casa, hicimos el amor, vi amanecer en un salón donde quemamos incienso y sonaba un disco de George Michael que se titulaba *Songs from the Last Century*. Era un casete, y por obra y gracia del *autoreverse*, dormidos en el sofá, escuchamos una y otra vez (una y otra vez) las mismas canciones como en una liturgia mareante. Me gustaría decir que luego nos enamoramos, que volvimos a vernos. Pero no. Intercambiamos nuestros teléfonos y ni yo la llamé a ella ni ella me llamó a mí.

Del inacabado libro de relatos *Noches de la Transición*

Proyecto en marcha de Ernesto Díaz

Estuve con unos amigos tomándome unos copazos en el pub Seis Peniques (me dieron pegatinas) y luego la noche se alargó por Costa Fleming, había un italiano prófugo de gafas oscuras venido de Bolonia, bebimos bastante fuerte, cubalibres, y una que se parecía a Ágata Lys pidiendo guerra, Luis comenta que mañana lo haremos, pero papá tiene la pistola bajo llave, lo he comprobado hoy, después el italiano dio una bofetada a una de las chicas y se montó bronca, salimos a la calle y hacía frío, taxi de camino a Argüelles y bajo la luz amarilla de una farola se besan dos estudiantes (con lo tarde que es), «para, para», le digo al taxista, «rojos de mierda», les grito, «pero qué coño dices», dice el hippy, con la melena y la inequívoca cabellera progre, «déjanos a la chavala que tú no vas a saber», «vete a tomar por culo», responde el hippy, «venga, rojo de mierda, que la chavala se merece un buen polvo», el hippy se envalentona, saca pecho pese a la inferioridad numérica (uno contra tres), Luis sólo se ríe, Nando se ha quedado bebiendo con la Ágata Lys de saldo, «puto facha, sal y verás qué hostias te llevas», suelta el hippy, el italiano sale del taxi y dispara, «pero qué haces, qué has hecho», grita Luis, el taxista quiere irse, pero el italiano por la ventanilla (desde fuera) le apunta con su pistola y le dice: «somos fascistas, no pasa nada», lo dice con toda la calma del mundo, sonriendo por primera vez en toda la noche, como en una ópera donde apareciese en escena Satanás, el hippy barbudo tiene el pecho empapado en sangre y la estudiante ha salido corriendo en

busca de ayuda, el italiano vuelve a montar en el taxi y nos vamos a casa, a dormir.

Padre

Ha engordado bastante, y la primera nieve del invierno se asoma a la ventana, Madrid resulta hermoso así, adornado de blanco, todo el mundo sonrío si nieva, luego puede que provoque dificultades de tránsito e imprecaciones contra el ministro de Fomento, pero (recién caída) la nieve construye un decorado que nos induce a una estúpida paz, será por los cuentos de Navidad de Dickens o quién sabe, ha engordado mucho y me mira con la furia de antaño, enseguida atenuada, transformada en conmiseración, está calvo y se quitó las gafas redondas de comisario político que le caracterizaban en su periodo guerrillero, soviética presencia en las parroquias de Entrevías, su cara redonda conserva, no obstante, la severidad de sus tiempos de dirigente, se sienta frente a mí, con dificultad, y me mira, respirando fuerte, meditando cómo decirme la verdad que ha venido a revelarme, y lo hace, sin circunloquios, directo, disparándome en el corazón igual que (según contaban) disparó en la cabeza a aquel guardia urbano, pero no lo sé porque ya no sé nada, porque la verdad que ha venido a desvelarme es la más aterradora que podía esperar, Conrado habla y sus palabras dictan una sentencia brutal, «me desconozco», habla Conrado, «tú no fuiste», dice, «tú no delataste a nadie, tú no pudiste delatar a nadie porque jamás pisaste los sótanos de la D.G.S., porque fuiste apenas un compañero de viaje, y eso es mucho, era mucho en aquel tiempo, incluso un compañero de viaje se jugaba bastante, pero no, tú jamás fuiste detenido, jamás tuviste que enfrentarte a Billy el Niño, ese hijo de puta que a día de hoy bebe whisky en el pub Richelieu, debiéramos haberlo liquidado pero no pudimos, o no nos atrevimos, y tú no tienes culpa alguna del suicidio de Paco, no hay final feliz, Paco fue un chivato y como Judas se ahorcó, Tristán, aquellos tipos lo

destrozaron para siempre igual que me destrozaron a mí, me dejaron sin hijo, sin esposa, sin nada, me condenaron a muerte y me perdonaron y me sacaron de la cárcel para que viviera con esa vergüenza, tú hiciste bien, continuaste con tu vida y llegaste alto, construiste una familia y, mira, has acabado en un bonito piso con vistas al paseo de la Castellana, y yo vendiendo jamones de mala calidad y siempre al borde de la ruina, me marché un tiempo, creí que en Albania sería feliz, asistí al desastre de un sistema absolutamente demencial, fui profesor de español en Tirana, creí que largándome de este país huía de mi pasado y que se disolvería todo el dolor que llevaba auestas, pero no, años después seguía en el mismo lugar, no sirve para nada alejarnos, hay cosas que se quedan dentro de nosotros, no he vuelto a saber de Irene, aún hoy es como si fuera ayer mismo cuando acudí al hospital a visitarla, había tantísimo miedo en su mirada, luego se sucedieron los acontecimientos, abandoné la militancia, Paco se mató porque aquello era un suicidio colectivo, se anticipó a nuestra propia muerte, un puñado de creyentes enfermando de ensoñaciones que una dirigencia ciega construía desde el exilio, tonterías, hicimos un montón de tonterías, seguramente ayudamos a hacer que el franquismo cayera, no lo sé, me consuelo pensando eso, y hubo momentos felices, en medio de todo aquel infierno hubo momentos felices, ¿te acuerdas?, las tardes en casa de Juanco, la primera barricada, el orgullo de estar peleando y no sometidos al yugo que la mayoría de España soportaba con agrado, fuimos héroes y fuimos traidores, se puede ser las dos cosas, mucho más en días trágicos como los que nos tocó enfrentar, tú no tienes ninguna culpa, Tristán, olvídote, no te preocupes, no le des vueltas, la policía no te molestó, estabas dedicado a tus estudios y a Andrea, era bien guapa, Andrea, y muy inteligente, tuviste suerte de encontrar una mujer así, y tu hijo escribe muy bien, odia a quienes, como tú, decidieron claudicar, pero no entiende que la claudicación forma parte de la existencia, resulta precisa para sobrevivir, claudicaste para que él fuera feliz y ahora es infeliz, lo parece (al menos) si atiendes a sus textos, repletos de recriminaciones solemnes, es bonita la nieve, me pregunto si en los países donde suele nevar a menudo también provoca la misma fascinación que aquí, creo que sí, cada vez que nieva por primera vez, cada invierno, es como si nevase por primera vez en el planeta, como si no fuese un suceso repetido sino que lo viéramos igual que si no lo hubiéramos visto nunca, eres inocente de toda culpa, Tristán, al menos en lo que se refiere a Paco, y supongo que también (por mucho que tu

hijo se empeñe) eres inocente de aquellas muertes que tu partido propició para acabar con un terrorismo que, fíjate, se nos hacía simpático en el caso de que quienes cayesen fueran otros, uniformados preferiblemente, no te veo de pistolero ni de amigo de pistoleros, ni siquiera creo que fueras consciente de que el dinero que te llevaste de aquella caja de ahorros estuviese mal empleado, tampoco fue una cantidad exorbitante, pensaste que estaba bien, quizá te extraviaste porque tantos años en las cercanías del poder extravían a cualquiera, estás jodido, Tristán, pero a estas alturas todos estamos jodidos, no te compadezcas y no te resistas a que tu memoria se borre, quédate con lo bueno, no le des vueltas a asuntos que no van a ninguna parte, Juanco permaneció allí, en esa lucha, era uno de esos hombres imprescindibles que elogiara Bertolt Brecht en el famoso poema, pero tú y yo no somos así, yo soy un hombre roto y tú ahora también, aunque no lo fuiste, disfrutaste, así que aprovecha ahora repasando las postales luminosas del pasado, tus mejores vacaciones con Andrea, el nacimiento de Ernesto, hitos de esa naturaleza, lo demás es silencio, debiera ser silencio, perdona que me ponga shakespeariano, vendo jamones, pero me sigue gustando mucho leer, un vicio que no he podido corregir, hasta siempre, Tristán, no vuelvas a llamarme, no quiero saber nada de todo aquello, en el fondo, créeme, envidio tu situación, ese capítulo último en el que, poco a poco, pasas página a todo lo vivido».

Hijo

Agoniza el partido a quien mandamos asaltar los cielos, pero lo que agoniza aún está vivo y la vida (se suele decir) conlleva la posibilidad de alguna esperanza. Contra toda lógica he puesto en el tocadiscos el *Réquiem* de Mozart y lejos de entristecerme dirige mi ánimo hacia más allá de este sábado de invierno repleto de oscuridades. La lógica de la traición se ha impuesto y, sin embargo, leo numerosas crónicas y escucho diversos análisis cuyo dedo acusador señala al traicionado. El petimetre, como diría mi padre, ha sido disparado a bocajarro.

Voy a irme al cine y a cenar por ahí, a olvidarme de todo, creo que este es el final, el enésimo final de una historia que siempre concluye en derrota.

El palacio de invierno seguirá ocupado por los zares.

Reflexiono sobre aquel momento fundacional de este tiempo nuevo (que tan corto se nos ha hecho), cuando sonaron las palabras «cal viva» como un trueno y gesticularon los fariseos como si aquella cal viva jamás hubiese ocultado cadáveres que nadie quiso mirar.

Fumo un cigarrillo y asomo la cabeza por el lucernario de mi buhardilla madrileña, camina un gato sobre el tejado con indiferencia felina, desde lo alto Madrid sigue siendo el eterno poblachón manchego a orillas de un río sin lustre, sus gatos permanecen acechantes en todos los callejones. Ahora esta urbe se define como multirracial y, como siempre, acoge a todo el mundo y aquí suena la campana insoportable, ensordecedora, de toda conspiración política, y la última conspiración se ha fraguado sin ruido y ha provocado una explosión cuyas consecuencias, a esta hora, son incalculables.

Somos una generación que siempre pierde.

Mi padre asaltó los cielos verdaderamente y le dieron un despacho bastante

satisfactorio.

Ahora, como mucho, queda la posibilidad de resistir.

El deseo de ser un gato.

Igual que Kafka deseó ser piel roja y galopar por las praderas, libre y sin atadura alguna.

El deseo de ser un gato. Aguardar los días cálidos junto al fuego. Caminar por los tejados. Devolver la mirada sin miedo. Combatir y, exhausto, caer rendido en algún rincón confortable. Recuperarme de las heridas y seguir guerreando. Indiferente ante un universo cambiante y sin mapa del territorio al que acudir.

Fumo un cigarrillo y mi ánimo se ensombrece porque Silvia está fuera, visitando a su familia en el norte, aquel donde hubo disparos en las dos direcciones, más en la una que en la otra, cierto es.

Voy a ir al cine, saldré a cenar por ahí, tomaré una copa con algún amigo, y quizá me emborrache, aún nos queda esa opción.

Madrid permanecerá.

Da igual si las conspiraciones salen bien o conducen al desastre.

Madrid colgará a los traidores o los hará reyes.

Quién sabe.

Animales televisivos

Publicado en lacaidadesaigon.blogspot.com.es

No he visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura (como le aconteció a Allen Ginsberg), pero sí he estado en un plató con animales televisivos y dichas fieras me devoraron sin contemplación alguna, por gilipollas.

Quise pertenecer a la noble tribu de la tertulianía mas no pudo ser, fui expulsado a las tinieblas exteriores y peno en un blog subterráneo con el que antes, por lo menos, ligaba mostrando musculatura literaria y ahora ni eso, en fin, no pasa nada, peor sería trabajar.

He tenido el cruento placer de sentarme en la mesa de colaboradores de un plató mientras el público de pago del programa anterior era desalojado porque tocaba ahora un programa sin público, que pareciera (en un primer análisis) algo más triste y, sin embargo, resulta más alegre porque nadie te mira hacer muecas sin oír nada, ya que el público en los platós (esto lo desconoce la gente) no escucha nada, absolutamente nada, o casi nada, está sentado lejos, sólo contempla con el sonido apagado a un grupo de homínidos gesticular, enseñar los dientes, sacar la lengua y ejecutar gargarismos silenciosos.

El caso es que resulta mejor que, antes de empezar el mambo alrededor de la mesa de colaboradores, sea expulsada toda esa gente que ha madrugado para mirarte, para mirar a los del programa anterior, y han venido cargando con sus legañas desde lejanísimos extrarradios a este otro extrarradio desde donde se hace la tele.

Y allí estuve yo, aspirando a la fama de la tertulianía televisiva aunque (me

parece) sin el fuste y las condiciones suficientes.

Estuve junto a la periodista afamada que dedicaba su tiempo en la tertulia a escribir la crónica que le cobraría a otro medio (escrito) y que, no obstante, tenía un sexto sentido para saber cuándo realización la obsequiaba con un plano de adorno y todas y cada una de las veces sabía hacer un gesto cómplice a la cámara, guiñar un ojo, alzar las cejas, lanzar un beso, poner las manos simulando un corazón que late, todo ello mientras que yo, por ejemplo, aburría a las ovejas sosteniendo que a los subsaharianos que venden falsificaciones por las calles no hay que molerlos a palos.

Estuve con el tertuliano virulento que en las pausas publicitarias te convidaba a un cigarrito pero en el plató bramaba: «¡¡¡Eso es mentira, Ernesto, y lo sabes!!!», como si en cualquier debate se le fuera la vida y le irritase cualquier confrontación de opiniones.

Estuve junto al reportero de sucesos que lo sabía TODO y era capaz de sacar información precisa de cualquier crimen sobre el que se le preguntase mediante el sencillo método de ir a un rincón y hablar por un teléfono tapándose la boca, y yo juraría que muchas veces el teléfono estaba apagado.

Estuve junto a la experta cuya experticidad jamás supe discernir pues todas y cada una de sus frases resultaban obviedades, aunque las enunciaba con una aplastante autoridad: «París es la capital de Francia, esto es así, no podemos dejarlo de tener en cuenta». O bien: «Después de una experiencia trágica solemos encontrarnos bastante mal».

Estuve tratando de ejercer cierto pugilato con un tipo de tertuliano que te saca de quicio con lo que dice y te saca de quicio cuando le respondes porque percibes perfectamente según le argumentas que tiene los oídos cerrados y no te está escuchando.

Estuve junto a gente cuya ansia de palabra era tal que no dejaba hablar a nadie, llenándolo todo de verborrea desesperada, defendiendo los euros de la tertulia nuestra de cada día con una sinfonía desafinada de ruidos que, como una manta zamorana, tapa la opinión de los demás. Es este un tertuliano de desgaste, de los que creen ganar la batalla dialéctica porque impiden con su balada triste de trompeta que al prójimo se le escuche decir ni Pamplona.

Estuve al lado de ese opinante de sonrisa límpida que se presenta preguntando a la dirección del programa: «¿Y yo qué queréis que opine sobre esto?». La primera vez me pareció de una admirable desvergüenza, la

segunda y la tercera ya me resultó un poco de tender a la molicie, aunque, la verdad, funcionaba porque había posturas incómodas que a casi nadie le gustaba defender y allí estaba él, para decir lo que fuere por un puñado de dólares.

Estuve sentado allí y, la verdad, me lo pasé bien y luego lo pasé mal cuando me echaron, cuando ya no me llamaron más, con lo bien que opinaba yo, pero carecía de capacidad, supongo.

Me caía bien la presentadora y había tertulianos que no eran como los que he citado, había una muy culta y muy simpática columnista de extrema derecha, una exministra con opiniones de interés, reporteros que acarreaban información de verdad valiosa, etcétera.

Sin embargo, el teléfono dejó de sonar, como en el caso de los actores cuando pasa su momento, fue un brevísimo periodo de gloria, el sueño de una noche de verano, el fin de una posibilidad, la de que (por segunda vez) yo fuera una estrella de la tele.

Porque otro día les cuento cuando fui estrella de la televisión, si bien estrella de la televisión matinal en una cadena minoritaria, o sea de siete a nueve de la mañana.

Pero eso es otra historia.

Padre

Quién soy?, esa es la pregunta, maldito vendedor de jamones, me has mentido, deformas el pasado porque te avergüenzas de tu presente, estuve en los sótanos de la D.G.S., fui abofeteado por Billy el Niño, torturador insigne que (a día de hoy y como tú bien apostillas) abreva puntualmente en el pub Richelieu de calle de Eduardo Dato de Madrid, yo también frecuenté ese local, recuerdo un whisky compartido con el ministro del Interior de la época, precisamente estuvimos hablando de nuestros tiempos de militancia clandestina y de la casualidad de que no cruzásemos nuestros caminos en alguna comisaría, en alguna escaramuza callejera o en alguna asamblea de facultad, la clandestinidad se llevaba con discreción, estoy en la cama, mirando al techo, no logro conciliar el sueño, suena un leve oleaje de voces desafinadas en el televisor de Teresa, en la habitación contigua, me cuida bien pero sin amor alguno, ¿dónde está Rosa?, la necesito, tengo que verla, tiene que sacarme de aquí, tengo que huir de esta cárcel en que se ha convertido mi hogar, quiero tomar un whisky, ir al Richelieu, volver a las calles, a la noche que tantas veces nos acogió, cuando éramos reyes, ya lo he dicho, me repito, la vida es una repetición incesante, ¿cuál es mi destino?, recuerdo que en Vallecas, en nuestro pisito de cuarenta metros cuadrados, teníamos como vecinos a una pareja de ancianos, Andrea y yo, jóvenes, enamorados, embarazadísima ella, entusiastas ambos, escuchábamos sus conversaciones de viejos que se odiaban con una intensidad que (en aquellos días) nos causaba risa por su exceso, y ahora (sin embargo) me apena hondamente si fijo la memoria en aquel recuerdo semioculto, el señor Manuel y la señora Nieves, venidos de Villanueva de la Serena, de Extremadura, enfermo él, muy enfermo, le amputaron una pierna, bebía demasiado, su

enfermedad se mezclaba con el alcoholismo y ella le decía cosas terribles, un día (recuerdo) ella le gritó «¡a ver si te mueres!», nos provocó una carcajada tal que tuvimos que sofocar en la almohada nuestra risa, estábamos en la cama, quizá habíamos hecho el amor, Andrea y yo, tan presuntuosamente jóvenes, la juventud no es más que pura soberbia, nos reímos cuando la señora Nieves gritó «¡a ver si te mueres, muérete y déjame en paz!», y ahora, mirando el techo de mi dormitorio, insomne, acabado, roto, entiendo esa ira, entiendo ese deseo, entiendo esa degradación que es la ancianidad, entiendo querer que se muera quien exhibe su podredumbre física, ese soy yo, aunque no, todavía no, la estúpida capacidad de preservación del ser humano, seguimos queriendo vivir aun en estas condiciones, ¿yo también?, yo también, para ver a Rosa una vez más, para que Rosa bese mis labios antes de que yo sea un espectro concluido, para que bebamos un whisky y me encienda un cigarrillo y me lo coloque en la boca, como cuando estuvimos en Roma, una primavera de hace mucho tiempo, asomándonos por la ventana de un restaurante al Campo de Fiori, con los puestos de venta callejera allá abajo y Giordano Bruno congelado en piedra y exhibiendo una severidad doliente, y la tarde comenzando y la promesa de una noche que sería, como tantas, hermosa, ¿quién soy yo?, ¿quiénes hemos sido?, maldito vendedor de jamones, no vuelvas a mentirme, no me mintáis jamás, Rosa va a volver, sé que va a volver, esta larga oscuridad no puede ser eterna.

Hijo

Pero ¿quién te crees que eres? —preguntó Silvia.

—La voz que clama en el desierto —contesté.

Llevaba el ánimo agriado de todo un día de vinos y cervezas y vermutos y *gin-tonics*. Había sido una de esas jornadas étlicas de domingo (con amigotes semidesconocidos) que arrancan en los confines de Lavapiés y se maceran en el Pavón, bar teatral al que acude una bohemia de aspirantes a la farándula y diletantes de toda causa absurda.

Finalmente, después de aquella sistemática elaboración de la ebriedad con paréntesis de patatas bravas y aceitunas, quedé con Silvia y acabamos discutiendo. Como siempre sucedía cuando la bebida me nublabá el carácter, me sentía derrotado y odiaba al mundo y en ese odio, incompresiblemente, incluía a la mujer que amaba.

—Sois felices, la estupidez humana es incalculable, el mundo está cayendo al abismo, el capitalismo ha descubierto nuevas formas de explotación, nos joden por todas partes y vosotros os aplicáis a una felicidad sin límite. *Happy together*.

Y comencé a cantar la canción de The Turtles que en los sesenta aludía a la posibilidad de que triunfasen la paz y el amor y de que fuéramos felices todos juntos. *Happy together*.

—Eres un cretino, Ernesto.

—Lo soy. Un fracasado. Un luchador que batalla siempre en el bando equivocado. O ni siquiera un luchador. No he luchado jamás. Escribo artículos sobre ídolos de una presunta juventud que no lee ni siquiera mis memeces.

Silvia, tumbada en la cama, fumando, recayendo en la nicotina tras su

enésimo intento por abandonar el vicio que inspiró a Italo Svevo, yo con mis obtusas referencias literarias, siendo de lo más repulsivo que logro ser. Asfixiándome en mi buhardilla, asomándome al peligro de ser definitivamente rechazado por Silvia, anhelándolo igual que quien desea castigarse y sangrar.

—Soy un cretino y un fracasado, pero ¿qué eres tú, Silvia? Una mujer feliz en un mundo idiota. ¿O una mujer idiota en un mundo feliz?

—¿Qué dices, Ernesto?

Y las lágrimas casi acudieron a sus ojos y supe que había cometido el más estúpido error de toda mi vida y que Silvia se iría para siempre.

Recordé los instantes felices que habíamos disfrutado en los últimos meses. Las noches de Lisboa, asomados a la lluvia de la ciudad y la claridad de la primera hora de la mañana en el cristal de la buhardilla, despertándonos para que procediéramos al amor, y las campanas que siempre suenan en el centro de Madrid, procedentes de conventos que albergan el fantasma de monjas medievales, y los paseos por el parque del Retiro, contemplando los árboles muertos dentro del estanque pequeño que hay frente al Palacio de Cristal, y el zumo de manzana, naranja y zanahoria que yo preparaba los sábados y sus ojos tan bellos, siempre precediendo a la alegría.

Recordé todo eso sabiendo que eso es único, que quedaría después de que Silvia se marchase y no volviese nunca más.

—No te entiendo, Ernesto, no comprendo qué ganas destruyéndolo todo, destruyéndote a ti mismo.

—Sin exageraciones, Silvia, mi destrucción resulta muy poca cosa comparada con la inmensa catástrofe que se desenvuelve a nuestro alrededor.

—No sé si puedo quererte así, con esa actitud. No entiendo por qué rechazas ser feliz.

—Porque la felicidad es una trampa. Porque los felices sois cómplices de todo este crimen.

—¿Qué crimen? ¿De qué hablas? Estamos tú y yo aquí. No hay nadie más. No todo se refiere al orden mundial ni tiene que ver con la revolución o con el capitalismo o con el sistema político opresor o con tu padre o con tus obsesiones.

—Deja a mi padre en paz.

A Silvia se le transfiguró el rostro. Me contemplaba mientras mi figura hacía contorsiones por la buhardilla, ejecutando una actuación patética,

infligiéndome daño, igual que siempre había hecho.

—Te he querido, Ernesto. Quizá aún te quiero. Pero no puedo permitir que nadie me hiera ni que se me trate mal y, sí, yo creo en la felicidad y esperaba que tú y yo pudiéramos ser felices.

—Resulta una posibilidad bastante improbable.

Silvia se levantó de la cama, recogió su abrigo, caminó hacia la puerta y se marchó.

—Adiós —dijo.

Y aquella fue la última vez que hablamos.

Padre

Sueños de alta fiebre, la gripe de un moribundo no es peor que otras, Teresa me arroja con su ademán perpetuo de funcionaria prusiana nacida en Castañar de las Hoces, provincia de Soria, donde jamás hubo un castaño, por cierto, esto no me lo ha explicado ella, Teresa no me cuenta nada, lo he mirado yo solito en Google, creo que España está a punto de romperse otra vez porque en la televisión la nueva política encarnada en los jóvenes líderes de los nuevos y viejos partidos gesticula y hasta me ha parecido escuchar la palabra «felón», que no oía yo desde los tiempos escolares, cuando era obligatorio aprender la lista de los reyes godos, sueños de alta fiebre en la alta madrugada, sueños de una consistencia agónica como si penetráramos en una realidad doliente, calurosísima, he conversado con Paco, oníricamente, supongo, estábamos los dos en el pub Richelieu, y Paco (con sus ojos verdes de niño triste y sus uñas mordidas pero sin dientes en la boca) bebía el whisky que bebo yo, espesaba el aire un polvo en suspensión casi comestible, un poco como si estuviéramos en el sótano de un burdel, Paco me hablaba con cariño, me decía que no me preocupase, que daba exactamente igual si fui yo quien habló o dejó de hablar, que no importaba si yo conocí los rigores de las celdas de la D.G.S., «mira», me decía Paco, «ahí viene Billy el Niño», y al volverme (aterrorizado) ya no estaba en el pub Richelieu de la calle Eduardo Dato sino en una especie de oficina ministerial y ahora era Billy el Niño, el comisario torturador, quien lloraba, implorando perdón, defecando su pánico, «hijo de puta», le decía, y tomaba un bastón en la mano y comenzaba a apalizarle y él gritaba, «no, no, por favor, no, no me pegues más», y ahora me parecía oír la voz de Paco, que otra vez regresaba, «no le pegues, Tristán, no somos como ellos», y Rosa estaba allí, en la oficina, «he

venido a buscarte», decía, «no te encontraba», claro, eso lo explica todo, Rosa no me encuentra, Andrea me habría encontrado allá donde me escondiese, pero Rosa siempre tendió al despiste, «ay, cabecita loca», le bromeaba yo, y luego nos íbamos al cine con la nena, Rosa me miraba seria al otro lado de la mesa de despacho, «tengo cosas que hacer», le comentaba, de pronto recordaba que el ministro quería verme, Rosa se iba y comenzaba a sospechar que se había enterado de lo de la chavala de Juventudes, una con la que me acosté en un viaje a Estocolmo, pero aquello no fue nada, dónde estará aquella chica, Paco volvía de nuevo a estar junto a mí, «olvídate», me aconsejaba, «olvídate de todo, Tristán», el ministro llamaba al teléfono de mi despacho y me daba órdenes humillantes, un sudor inmenso provocaba que me faltase la respiración, quise moverme pero no pude, aquella oficina estaba vacía, ya no había nadie, habían dejado de oírse los timbres y el repicar de las máquinas de escribir y el ruido de pasos detrás de la puerta, un silencio de presidio vacío lo llenó todo, esa oficina que fue mi lugar en el mundo comenzó a darme miedo, supe que mi fin había llegado, el propio ministro volvió a llamar por teléfono a mi despacho para decirme «has muerto, Tristán, y no vas despertarte, es así, despídete de quien precises», y entonces miré una fotografía de Carla y me dieron ganas de llorar y por la ventana, allí abajo, en la calle, caminaba Ernesto, con su media melena (tan estúpidamente inadecuada, a sus cuarenta y siete años) y mirando al suelo con su característico ensimismamiento interestelar, quise gritar para que me viese, di golpes en el cristal, no podía, no sonaba nada, Ernesto siguió su camino, no me vio, desapareció tras una esquina sin atenderme, yo seguía en la oficina, salí a la calle corriendo, me perdí por las aceras, todavía (quizá) pudiera alcanzarle, «Ernesto», grité, «para, por favor, me voy a ir, ya nunca más nos volveremos a ver», corrí, corrí, corrí y seguí corriendo hasta que llegué a un descampado que era el fin de la ciudad y allí un niño jugaba a las canicas, y entonces lloré, convencido de que mi muerte ya se había producido y que, a esa hora, alguien estaría velando mi cadáver en un tanatorio con vistas a la madrileña M-30, Madrid me mata.

Del diario de Tristán Díaz*11-9-1998*

Acompañamos a Pepe Barrionuevo y a Rafa Vera hasta la prisión de Guadalajara, injustamente encarcelados, injustamente acusados de aplicar el viejo adagio de «quien a hierro mata, a hierro muere». Felipe ha querido también darles un apretón de manos antes de que traspasaran el umbral de la cárcel. Es un valiente. Estamos cercados por las insidias. Yo no puedo admitir que Pepe y Rafa merezcan pasar ni un solo día en una celda. ¿Ordenaron matar etarras? Se jugaron la vida para defender otras vidas. A día de hoy aún se la juegan. Muchos militantes se han movilizado para apoyar a estos compañeros de partido.

Y, sin embargo, más allá de la consistencia ruda de estas masas afines, ¿por qué me siento tan solo?

Ni siquiera Rosa parece ya convencida de nuestra inocencia.

Mi hijo me culpa de haber traicionado una oportunidad histórica como si hubiésemos accedido al poder para hacer la revolución. No era eso.

Y la gente, en las cafeterías y cuando voy a cortarme el pelo o en El Corte Inglés si me acerco a comprarme unos calcetines, qué sé yo, en todos lados parece cundir el desánimo, la sensación de que hemos fracasado.

¿Y por qué?

¿Por haber construido un país más próspero?

Se nos echa en cara, incluso, nuestra trayectoria personal. Habernos comprado un chalecito, un coche nuevo, lograr una vida mejor. ¿Y no es eso lo que hemos conseguido para toda España? O para casi toda.

Ha resultado triste esta vociferación a las puertas de una cárcel, al salir de

Guadalajara pedí al chófer que se desviase y me llevase a Brihuega y allí, tomando un vino en la plaza, me encontré con Manu Leguineche, el periodista, el mítico reportero, el hacedor de historias que (me parece) estuvo en Vietnam. Entre otros lugares.

Manu Leguineche.

Con su bigote y sus gafas y su nariz enrojecida por la afición al Rioja o al Ribera del Duero, sin manías.

—Hombre, don Tristán Díaz, secretario de Estado, ¿qué hace usted por aquí?

Supongo que me reconoció de ver mi foto en los periódicos igual que yo a él porque ambos pertenecemos a la crema mediática de este país. Por decir algo.

Se sentó Manu Leguineche a tomar un vino y conversar conmigo y me pareció bien, los escoltas comían un cabrito en una mesa cercana pero yo no tenía hambre y prefería acodarme en la barra, cerca de la puerta, mirando la luz dorada de la Alcarria en el inicio de su declive, como cada día, con los vencejos dibujando piruetas en la tarde.

Hablamos de muchas cosas. Me preguntó cómo era gobernar en estos tiempos tan convulsos.

—Hubo épocas peores —contesté.

Manu Leguineche me miraba con curiosidad como quien ha encontrado un rinoceronte en medio de una paramera de Castilla. Le parecería que un secretario de Estado resultaba un ejemplar ajeno a aquel paisaje. Y, sin embargo, yo procedía de esa España interior. Había vivido las mañanas gélidas de escuela sin calefacción y había asistido a las hogueras con las que se celebraba el fin del invierno y había contemplado el paso de las estaciones, cuando un horizonte plano y con algo de viejo desierto bíblico resucita por primavera como si tuviese muy en lo hondo alguna magia indescifrable. Yo había sido de un lugar como este y luego había sido un jovencito de arrabal y ahora ocupaba un despacho gubernativo. Lo cual me obligaba a acudir a las puertas de una prisión de provincias como acto de adhesión y homenaje a dos compañeros represaliados.

Quedamos en silencio el viejo reportero y yo. Los escoltas y el chófer iniciaron el capítulo de los palillos y el pacharán.

De repente, me sentí muy cansado. En medio de la nada. Ni suficientemente alto en el escalafón gubernamental ni ajeno a sus inevitables

suciedades. Rosa se ha bajado del barco. Quiere hacer negocios. Es joven y emprendedora. Le irá bien. Me anima a que me sume a ella y me haga empresario. A mí me da la risa. ¿Empresario yo? Lo que me faltaba. Seguiré en la política, gracias. Aunque en tardes como esta, adivinando por su sombra en la plaza el vuelo de los vencejos, me haya sentido profundamente derrotado.

Manu Leguineche, tras varios vinos, se fue a casa. Me preguntó antes de marcharse:

—¿Puedo escribir sobre esta conversación? Es para una cosa que sale en periódicos de provincias.

—¿Crees que le interesará a alguien?

Encogió los hombros y se largó. Escribirá sobre nuestra conversación, supongo.

Me da igual.

No he dicho nada de lo que tenga que arrepentirme.

Hemos vuelto a Madrid.

He vuelto al hogar y me ha dado tiempo a ver la televisión un rato con Carla, tan niña, tan hermosa, tan futuro.

Hijo

Está Marc en Madrid y estamos ambos (otra vez) en Josealfredo, con esa penumbra de terciopelo que nos ha acogido tantas veces, y los dos (otra vez) bebemos *gin-tonic*.

Marc vuelve a Madrid para irse definitivamente.

—Pero ¿adónde? ¿Adónde te largas?

—A Alaska.

—¿Estás de coña?

—No. Aquella es la tierra de las segundas oportunidades y yo quiero mi segunda oportunidad. De los yanquis se puede decir muchas cosas, pero, desde luego, hay que valorar su religiosa creencia en el optimismo. Y yo estoy harto de caer en un pesimismo que no conduce a ninguna parte.

Bonito discurso. ¿Alaska? Es de locos. Y, sin embargo, resulta muy propio de Marc. Asegura que no soporta Barcelona y le da la impresión de que tampoco soportaría regresar a Madrid y toda Europa se halla en un incendio de exacerbación, tomas de la Bastilla convocadas mediante Facebook, Twitter o Instagram, chalecos amarillos caminando las autovías, caudillos a los que vitorean las masas si prometen la muerte por ahogamiento de quienes huyen del hambre. «Toda esa puta mierda», dice Marc.

No le falta razón.

Huir debiera ser una posibilidad.

Siempre.

Y eso es lo que va a hacer Marc.

—Huyo orgullosamente hacia rutas salvajes. Como en la peli. Pero espero que me vaya mejor que a ese tontaina que se muere congelado a apenas seiscientos metros de la civilización. Me refiero a la película que dirigió Sean

Penn. Tenía una buena banda sonora con canciones de Eddie Vedder. Pearl Jam. ¿Dónde estabas el día en que murió Kurt Cobain?

—¿Te vas solo?

—Sí. Encontraré el amor allí donde vaya. Sabes que esa ha sido siempre mi filosofía de vida.

Lo miro con tristeza.

Ha sido un gran amigo y ahora, definitivamente, le pierdo. Ya le perdí cuando se largó a Barcelona, aunque nos visitásemos alguna que otra vez. El desplazamiento a Alaska resulta mucho más problemático.

—Hay que irse, Ernesto. Hay que abandonar este país absurdo, este continente absurdo, esta civilización que nos va a condenar a la desesperanza.

—¿Y pelear? ¿Ya no es una opción?

—Me temo que no. Al menos no lo es ya para mí. Estoy mayor, Ernesto. Harto de vivir en el alambre, de resignarme a trabajos de mierda, de ver cómo me aproximo a los cincuenta años penando en casa de mis padres o en un cuchitril alquilado. Harto de tener siempre miedo. Porque, sí, lo confieso, tengo miedo a quedarme en el paro y amanecer cualquier mañana descolgado del mercado laboral para siempre, convertido en un tipo de esos a los que nosotros mismos entrevistábamos para nuestras crónicas callejeras, un desempleado de larga duración que dedica los días a gastar la suela caminando la ciudad como un demente.

—Pero, coño, Marc, ¿y en Alaska todo se va a solucionar? ¿Hay trabajo para todo el mundo? ¿Cómo va eso?

—No tengo la menor idea. Simplemente he apostado por la aventura. Entre penar implorando un puesto de comercial de electrodomésticos y adentrarme en la jungla como Jack London, prefiero lo segundo.

Es extraño.

El azul de la ginebra está en los ojos de Marc, que sonrío con la alegría de quien ha decidido pasar página, lanzarse al vacío, y le da igual lo que suceda después. Como cuando das un primer beso. Sólo por ese momento todo merecerá la pena. Por el vértigo y la belleza de ese instante.

¿Y si me fuera con él?

Imposible.

Algo me ata a esta ciudad, a este país, a este continente, a esta civilización. Todavía concibo una esperanza. Todavía (debajo de tantísima tristeza) confío en que alguna vez ganemos la batalla. También mencionaría a Silvia, si Silvia

siguiere a mi lado. Pero eso ya pasó.

Es la hora en que la barra de Josealfredo inicia su turno de aglomeración y Marc mira a una pelirroja que ríe haciendo la noche hermosa, pero yo no tengo ganas de dibujar maniobras orquestales en la oscuridad como fórmula de cortejo.

Estoy jodido.

Como siempre (por otra parte).

Alaska.

Marc ha escuchado la llamada de la selva.

Padre

Curado de mis fiebres, después de la agonía, me hallo frente a Rosa, en un establecimiento donde brillan botellas de champán y orquídeas para un público pudiente, me ha sacado a cenar, con la firme oposición de Teresa, que ha dejado claro que ella no se hace responsable, Rosa no le ha dado opción, llevo un traje azul de Hackett que compré hace tiempo y que me gusta, una corbata roja, camisa blanca, hemos caminado muy despacio por la acera y hemos llegado hasta aquí, y ahora Rosa me mira sonriendo, «cenaremos con champán», ha dicho, «me sigue gustando mucho», a ambos nos gustaba, los tópicos siempre funcionan cuando se está enamorado, el color dorado y las burbujas, ese crepitar leve que suena a fiesta privada, a suite nupcial y al recuerdo de mis manos sobre su piel desnuda, echo de menos todo eso, «¿por qué has tardado tanto en venir, Rosa?», le pregunto por escrito, a través de mi tableta electrónica, «no te preocupes, lo importante es que estoy aquí, pero no he venido para quedarme», sirven la bebida y unos platos de carácter escultórico, filigranas vacías, «¿es hoy 14 de febrero?», «casi», Rosa y yo siempre lo celebrábamos, «¿te acuerdas?», un vicio cursi, pero qué más da, Rosa está guapísima, se ha cambiado el color del pelo, luce un bronceado que delata sus días junto al mar, lejos de esta ciudad que se agita, rompiéndose en un griterío ensordecedor, bajo un cielo que todo lo cura, nada podrá eliminar la belleza del cielo de Madrid, lo digo siempre, lo miro constantemente, Rosa exhibe un escote tal vez inapropiado para este crudo invierno y seguramente para esta cruda compañía que soy yo, un septuagenario con medio cuerpo paralizado y mudo por un ictus, aunque conservo una cierta apostura, lo sé, «sigues siendo un hombre atractivo, Tristán», y lo dice Rosa mientras me acaricia el rostro, la barba sólo mediada,

nunca desabrida como la de un eremita, jamás barba de pintor o de hippy en la Ibiza de los sesenta o de mendigo, Rosa me acaricia y me hace sentir bien, si me pudiera poner en pie, la invitaría a bailar, como en las malas comedias románticas que tanto le gusta ver a Teresa algunos sábados, «sigues siendo un hombre atractivo, tenía miedo, creía que me iba a encontrar a un cadáver y, sin embargo, estás vivo, tan vivo como cuando estábamos juntos, aunque triste, tan triste como cuando estábamos juntos», «a tu lado jamás conocí la tristeza», escribo esa frase y Rosa la lee y me observa con una ternura que se quiebra en apenas un instante, «naturalmente que la conociste, Tristán, por eso tuve que irme, por eso jamás volveré a tu lado, lo siento, aunque no quiero hablar de ello, quiero disfrutar de esta noche», «como si fuera esta noche la última vez» (escribo), «como si fuera esta noche la última vez» (responde), Rosa me besa en los labios, fuerte, y regresa su sabor, el perfume indefinible de su piel, cada momento en que fuimos increíblemente felices, la vida pasa, me doy cuenta de que para mí ya ha pasado la vida, de que este epílogo no tiene sentido, o sí, si ella estuviera a mi lado, «vivo en Altea, me han dicho que no te acordabas de nuestra separación, tampoco pasa nada, Tristán, a mí se me olvidan muchas cosas, no hay que exagerar, emborrachémonos con champán esta noche, fumaremos luego un cigarrillo y te llevaré a casa y haremos el amor, será un recordatorio de todo lo que pudimos haber sido, de lo que fuimos, nos queda Carla, y por ella estoy aquí, también por ti, no me entiendas mal, Tristán, pero llevaba tiempo queriendo cerrar ese capítulo que ambos (tú y yo) escribimos y no había manera, te quise mucho, ¿sabes?, te quiero todavía, de otro modo», la vida pasa, el champán hace líquida la noche, disuelve la pena en una risa de anécdotas intrascendentes que van surgiendo a lo largo de la cena, mi mano derecha toca el cuello de Rosa, continúa resultando tan absolutamente hipnótico su cuello, y su forma de hablar, y el modo en que hace fácil lo difícil, y su inteligencia para eludir el drama, Rosa y yo, una historia que pudo ser, ahora ya conozco el final, y sé que sufriré todavía más, que mi soledad se volverá profunda, pero esta noche disfruto del prodigio de que su cuerpo me provoque un deseo que me fortalece como si todavía conservase algo de la juventud perdida, da igual que mañana Rosa se marche, ahora mismo sólo importa este momento de dicha, el reflejo dorado del champán en la copa, los labios de Rosa en mis labios, la vida insistiendo en su estúpida manera de mantenernos vivos.

Hijo

La plaza de Colón es un hervidero de banderas y España ruge en este paisaje alfombrado por una multitud que incluye señoras de cardado fiero que se han saltado la misa de doce, cachorros con chaleco como para ir de caza, ancianos que hicieron la mili en Ceuta, parejas de recién casados que presumen de hipoteca y colegio de curas (concertado), violentos legionarios que escupen al suelo, un premio Nobel, un político francés de apellido catalán que prueba suerte en la política española y varias estrellas de la televisión a quienes aplauden los más humildes, pero no las familias del barrio de Salamanca, que jamás vieron con buenos ojos tal mezcolanza de clases y tanto jaleo, qué caramba, aunque todo sea por la patria como reza el lema de la Guardia Civil.

Sea como fuere, hoy hace frío y viento, el entusiasmo rojigualda se desata atemperado por la climatología adversa, querrían estas hordas españolísimas que Madrid fuese hoy Caracas, que alguien subiese al estrado a erigirse en caudillo y cayese el hombre que ocupa el palacio de la Moncloa.

Es la España eterna.

Y los demás somos la anti-España.

Si no te gusta España, vete a otro país.

Pero es que nos gusta España, lo que pasa es que no nos gusta la misma España que a usted.

Voy pensando en estas cosas y cruzo la plaza de Colón, ajeno a este fervor en plena pujanza, y se me nota un descreimiento de rojo irredento y soy descubierto junto a la verja de la Biblioteca Nacional por un grupo de chulos que me conminan a besar la bandera, a lo cual digo que no. «Estoy constipado», añado. «A ver si os la voy a manchar de mocos». Y sigo

caminando, confiando en que su perplejidad me dé ventaja y salden la afrenta con el siempre recurrente grito de «¡maricón!» (que desahoga mucho a cierta gente de derechas).

Mas no contaba con sus ganas de bronca así que, de repente, me veo rodeado de cuatro jovencitos peligrosos que están dispuestos a hostiarme por Dios y por España.

Y lo hacen.

Me defiendo como puedo, aunque rápidamente estoy en el suelo y me cubren de patadas y menos mal que no llevan Doc Martens como cuando nosotros pateábamos a los nazis o cuando los nazis nos pateaban a nosotros y, en algún caso, pateaban hasta matar.

Uno de ellos me agarra del pelo y me levanta la cabeza con ánimo de descargar su puño contra mi nariz, y eso sí que no. Se produce un inesperado giro de guion. Es mi puño el que impacta contra la laringe de aquel que trata de agredirme y este se queda en el suelo, sin respiración, asistido por sus compañeros de centuria, a los que paraliza un estúpido pánico ante las convulsiones de quien se ha mostrado tan poco hábil en el innoble arte de dar palizas al prójimo.

Conste en acta que jamás he peleado y lo de patear nazis ha sido una licencia poética y que mi defensa en forma de buen ataque ha sido pura casualidad y después de mi golpe maestro logro escapar corriendo, escupo sangre y no me detengo hasta la próxima estación de metro, bajo las escaleras y entro en un vagón cualquiera y me lleva hasta la última estación de la línea cualquiera que he tomado.

Salgo a tomar el aire, paseo por las calles vacías en esta hora de domingo que reúne a gentes de toda clase y condición en torno a mesas colmadas (o no) de paellas, pollo al ají, macarrones y se escuchan desde la acera charlas de sobremesa, miro las terrazas con cerramiento de aluminio, manchadas del humo que expelen los tubos de escape, con bicicletas que asoman como mirando hacia abajo y macetas con geranios de flor ennegrecida y algunas sábanas aromando de lejía este vecindario de inequívoco clima proletario.

Ríe una familia dominicana en el primero B y fuma el chino a la puerta de su tienda contemplando a un bebé dar los primeros pasos. Me saluda y le saludo.

Dos adolescentes se besan como si no hubiera mañana, con la gorra puesta (él) y unos pendientes de aro inmensos (ella).

Hay algún árbol tronchado y basura entre los setos y hierba seca en las zonas ajardinadas y en las paredes se lee «Sara Wapa» y «Xgerao!!!» escrito en negro con espray. Pero se respira una paz de domingo con la que recobro una sensación de infancia, cuando me iba con Uría y Gálvez a dar vueltas por el barrio, recién comido, con destino a ninguna parte.

Me toco los dientes y no percibo ningún daño serio. El labio está muy hinchado aunque ya no sangra. Sigo caminando. Llego a la carretera de Extremadura, a la zona donde había cuarteles, ahora pura arqueología del abandono, el cartel de un lugar donde se despachaban quinielas seguramente melancoliza a quienes cumplieron el servicio militar en estas latitudes, 1-X-2, así reza el rótulo, continúo caminando y llego a la Casa de Campo y entro en la jungla arbolada hasta que alcanzo el lago. Hace mucho frío, las nubes trenzan arabescos, azul y verde coloreando el horizonte. Pasa un perro en soledad, me mira y vuelve a irse, no veo peces bajo el agua turbia del lago, pasean algunos personajes sospechosos por los senderos, se escucha un corogimiente de quienes gozan en el cercano Parque de Atracciones y me acojo a la euforia de quien ha sobrevivido dignamente al ataque de un grupo de imbéciles.

Pero eso no basta.

Ganarán.

Tarde o temprano.

Y nos aplastarán.

Y volveremos a sumirnos en la cobardía.

Alegato impublicable

Entre los borradores de lacaidadesaigon.blogspot.com

Veremos insurrecciones cruentas más temprano que tarde. Volverán banderas victoriosas o claudicantes, pero después hay que comer y la desigualdad se paga. Otra vez se alude a la moderación (desde la izquierda) como fórmula ganadora. Y puede que sea así. Somos un país cobarde. España se metió debajo de la cama cuando un guardia civil entró disparando al techo del Congreso de los Diputados un 23 de febrero de 1981. Luego existió algo llamado 15M, pero allí (en contra de lo que dibuja la mitificación posterior) estaba también un fascismo suave que hoy tiene su propio partido.

Creímos que con votos se podría frenar la opresión contra los que son expulsados de sus viviendas, condenados al desempleo, malpagados en una explotación que (sin embargo) permite pedir comida a domicilio a precios moderados.

Pero no.

En algún momento habrá que volver a tomar las calles, y a la autodefensa que se traducirá forzosamente en barricadas cuyo fuego purificador será el único lenguaje que el sistema entienda.

Porque el sueldo de un trabajador en precario jamás será el de un tertuliano de la progresía, élite o casta, llámese como se quiera, absolutamente distante de quienes viven en esa línea de sombra que es la pobreza, aunque ahora se adorne con terminología (neo)hipster.

El día de la ira llegará, aunque antes padeceremos un ciclo oscuro.

Más temprano que tarde (no obstante) será la hora de disparar en legítima defensa y expulsar a los mercaderes del templo.

O eso o seremos liquidados.

O moriremos de aburrimiento.

O cargaremos piedras a la espalda y atravesaremos la ciudad en bicicleta porque eso es el emprendimiento del siglo XXI, esclavos a los que convencer de que Internet les hace patronos.

La violencia solo engendra violencia, pero ¿hasta cuándo deberemos soportar la indignidad?

Padre

Todo va terminando, he visto a Ernesto en la televisión atacado por un grupito de fascistas, se ha defendido bien, la grabación era confusa, pero al final salió corriendo tras repeler la agresión con un puñetazo certero, le echó cojones, ¿quién le habrá enseñado a pegar así?, alguien lo grabó con un teléfono móvil y han estado toda la mañana emitiendo la secuencia en bucle, mientras se escandalizaban los tertulianos televisivos, qué cansancio, tanta tertulianía, Ernesto lleva el pelo demasiado largo para la edad que tiene y fue tertuliano durante un verano, pero no volvieron a llamarlo, no sé si por el pelo o por que no opinaba con los suficientes decibelios, estúpido hijo mío, Ernesto, no siempre estuvimos tan distantes el uno del otro, recuerdo cuando enfermé de hepatitis, permanecí un mes en la cama, venía el practicante a diario y me pinchaba en el culo, antes las inyecciones eran un remedio habitual, inyecciones de calcio, inyecciones de vitaminas, yo qué sé, el caso es que me tiré un mes en la cama, leyendo novelas y esos días, quizá, fueron los que Ernesto y yo compartimos con mayor cercanía, Ernesto regresaba del colegio y se sentaba a mi lado y ambos leíamos tebeos, El Corsario de Hierro, Tío Vivo, Dani Futuro, Pif, Tintín y Astérix, reíamos y hablábamos, decía que quería ser escritor y después el pobre no ha escrito nada, aunque podría, tiene talento, lo sé, un padre sabe esas cosas, Andrea confiaba en sus fuerzas, yo (enseguida) percibí una debilidad de ánimo que le conduciría a la inacción, maldito idiota este hijo mío, sin embargo, ahora que estoy solo, me acuerdo mucho de esas tardes, los dos, él y yo, el calor del flexo en la mesilla, mis ojos amarillos mirándonos desde el espejo de la pared, Ernesto leyéndome sus cuentos protagonizados por un aristócrata manco, historias policíacas, tendría unos once años, le olía el pelo a colonia, resulta increíble

cómo (habiendo olvidado tantas cosas) el olor de su cabello infantil sigue tan presente, el amor de un padre hacia un hijo resumido en tan poco, y ahora esos cabrones han intentado desgraciar a mi chaval y me alegro de que se haya defendido, me siento orgulloso de su capacidad para no ser aplastado, Teresa entra con fideos para comer, odio los fideos, pero ya qué más da, Carla me dijo adiós, ya he comprendido que ella forma parte de mi enorme fracaso, de un final que se avecina largo y (a la vez) tan corto, soy el replicante bajo la lluvia, y bajo la lluvia, en este Madrid a punto de despertar a la primavera, se disuelven mis recuerdos.

Los viernes son propicios para incrementar la cifra de la desocupación laboral. Las empresas despiden (habitualmente) los viernes para que el duelo del desempleo se viva en fin de semana, algodónado por las cucamonas familiares o en la rabia del vermut y, tal vez, la sacrosanta ira del expulsado a las tinieblas exteriores se atenúe con la fiebre del sábado noche de *after* en *after* y folla porque te toca. Si la víctima del despido es un hombre casado (o una mujer casada), follará entre lágrimas e irá a comprar el pan muy temprano, de chándal (para acostumbrarse). Hoy es viernes y me han despedido. Y han despedido también a otras tres integrantes de mi plantilla y ha habido llanto y crujir de dientes pero tampoco en demasía.

Como mis congéneres del periodismo *millennial* son insultantemente jóvenes ya tienen aprendido que irse a la puta calle forma parte del pan nuestro de cada día.

Me ha mirado Marisa (que salva su puesto de trabajo —de momento—) como quien mira a los negritos del África subsahariana hundirse en el Mediterráneo asomando una mano que pide ayuda.

Eso ha sido lo peor.

Qué miseria de vida.

Tendríamos que haber arrasado con la oficina, haber prendido fuego al local, dinamitarlo todo.

Mas qué culpa tiene (también es verdad) esta absurda revista digital que propone tendencias y señala iconos e informa puntualmente de las andanzas de Justin Bieber y su esposa, Hailey Baldwin, esposa o prometida (ahora no me acuerdo). Ella ahora es más famosa que él, quién lo hubiera dicho cuando el niñato del pop meaba a las puertas de las discotecas, rodeado de

afroamericanos tatuados que son estrellas del rap aunque ni usted ni yo sepamos de su existencia.

Para eso estábamos: para que la gente que mira Facebook, Twitter e Instagram supiera de la existencia de personajes absurdos.

Moquean en un silencio de pánico los alérgicos, hay una letanía de pésames, la jefatura está encerrada a cal y canto en un despacho como temiendo un asedio que no llegará, al menos somos lo suficientemente minúsculos en cuanto a dimensión empresarial como para evitar el aliento del vigilante de seguridad en el cogote empujando hacia la puerta de salida a los desahuciados. Nos iremos sin causar ningún daño. ¿Qué daño podemos causar?

Marisa me abraza y me emociona, no voy a negarlo, y eso que ya he vivido esto, aunque mucho más joven. Con cuarenta y siete años irse al paro resulta algo bastante serio. A no ser que tu papá posea una fábrica o el dinero suficiente para que montes un restaurante en la calle Jorge Juan. Todos los hijos imbéciles de la gran burguesía madrileña tienen un restaurante en la calle Jorge Juan o en la calle Ponzano, puede que en ambas.

Salimos a la terraza de arriba a fumar y a despedirnos. Nuestra oficina tiene ese chic propicio como de agencia de publicidad con terraza arriba y vistas a un Madrid donde se mezclan publicidades envejecidas que cuelgan de los edificios de la Gran Vía con campanarios como de iglesias rusas, también hubo un fútbolín, pero lo vendimos por Wallapop ya que no le dábamos suficiente uso y hacía falta una cafetera.

Hace un sol de primavera que rompe febrero en dos y polinizan las arizónicas (y los cipreses de la cercana plaza de la Encarnación), el sol da al cielo azul un matiz de hierro, Madrid hace ding-dong con sus campanas, los tejados de teja castellana refulgen, pero hay un polvo en suspensión que irrita los ojos, la mañana no es tan bonita como debiera.

Fumamos y más tarde nos iremos a tomar una cerveza y seguramente después comeremos algo y beberemos furiosamente. En España casi siempre todo problema se resuelve trasegando alcohol en cantidades industriales.

Soy un parado de cuarenta y siete años y acudiré a mi oficina del desempleo para que observen de cerca mi cara de muerto de hambre, se ruega una oración por mi alma.

El drama del paro se soluciona a base de llamar por teléfono a amigos, darles la tabarra, algún sablazo que otro, viajes a Cádiz para consumir hachís

mirando las olas del mar, depresiones pavorosas y luego resurrección de la carne y hasta (finalmente) puede que un periodo en el camarerismo o tratando de afiliarse a Médicos del Mundo a viandantes huidizos, siempre a la carrera en cuanto avizoran la sonrisa del captador, como si la identificación de una ONG que esgrime plastificada esa joven pelirroja fuese un cuchillo con el que quisiera degollarnos. En cierta ocasión me abordó uno de esos captadores y me dijo:

—Oye, yo te conozco, curraba contigo en la tele, ya ves, tío, era como tú, era como tú y ahora mira, pero era como tú, te lo juro. ¡Era como tú! ¡Y ahora mira!

Parecía una escena de *La invasión de los ladrones de cuerpos* y lo más curioso es que ni siquiera pude decirle que, en ese momento, yo también estaba en lo más hondo del desempleo, apurando mis ahorros en sucesivas ensoñaciones e invitando a cocaína a galanes de noche con mucho peligro. Tonterías que se hacen en el paro.

Desolación absoluta.

Miedo y asco y ni siquiera Las Vegas.

Sin embargo, miro a quienes me acompañan en este despido (tres chicas muy jóvenes) y no veo enfado ni desesperanza sino el fastidio pasajero de quien sale sin paraguas y le cae un chaparrón. La juventud se toma bien estas cosas. Claro que las nuevas generaciones siempre tienen algo fundamental a su favor: son jodidamente jóvenes.

Sea como sea, estoy a punto de cabrearme con ellas (¡enfadaos, crispad vuestros puños, jurad venganza!), pero a la vez me entenece su indiferencia heroica. La juventud se pasa, no es algo que haya que mitificar. Vale. ¿Quién no la añora? Estas jóvenes son fuertes. Por ahora mantendrán la cabeza alta, saldrán a la calle y quedarán con amigas y amigos y se irán a Malasaña o a donde demonios vayan los jóvenes. Yo iré (como siempre) a Josealfredo, y allí estarán bolcheviques, mencheviques y algún *indie* de edad provectora, puede que, incluso, actrices y actores. No estará, por ejemplo, Alejandro Sanz, a quien he visto en la tele haciendo un llamamiento a las masas venezolanas para que derroquen a un presunto dictador chavista. Vivimos tiempos de mierda. Imposible equiparar un mundo en el que Silvio Rodríguez componía hermosísimos himnos de amor y revolución con Juan José Guaidó bailando «Corazón partío» mientras la calle Fernando VI pasa a ser propiedad de millonarios venezolanos que venden pisos de lujo y abren *bakeries* como

si esto fuese Miami y ni siquiera el Miami Antivicio de Sonny Crockett con trajes arrugados de Adolfo Domínguez.

Ya está el nostálgico.

¿Cualquier tiempo pasado fue mejor?

Pues sí.

Ojalá yo fuera otra vez aquel chaval de quince años que tiraba bolas de billar contra los cristales del Ministerio de Educación (calle Alcalá, 25) y luego escapaba de los disparos de la policía.

Ojalá fuera como estas chicas, a quienes ser despedidas les importa un pimiento porque, total, seguirán viviendo en casa de sus padres, en algún lugar del extrarradio, y además el lunes (por lo menos) no tendrán que madrugar.

Marisa vuelve a sumirse en lágrimas de desánimo como si tuviera miedo. Le doy un beso en la mejilla, trato de animarla, «no pasa nada, estaré bien».

Es una puta mentira.

Esto puede matarme.

El paro a los cuarenta y siete puede matar a cualquiera.

Pero trataré de sobrevivir.

Supongo.

Un episodio bélico de la adolescencia

Escrito por Ernesto Díaz en un cuaderno de anillas durante un tránsito de piso a piso en la Malasaña no ocupada (antes de Airbnb)

Es invierno de 1987 y una multitud de bachilleres convocados a la insurrección aguardan en torno al madrileño Arco del Triunfo para desfilan con rumbo al Ministerio de Educación. Luminosa mañana cuyo sol convida al estrépito. Hablemos de una revolución olvidada cuyo icono resultó ser un punki al que le faltaba una pierna y a quien los periódicos apodaron Cojo Manteca y que gozó de una efímera fama televisiva al ser inmortalizado por las cámaras destrozando mobiliario urbano con sus muletas. Fue mencionado en *The New York Times*, murió antes de cumplir treinta años, en 1996, había perdido una pierna subiéndose a una torre de alta tensión cuando era niño, murió en Orihuela, donde naciera Miguel Hernández, pero Jon Manteca murió sin que nadie le escribiera una elegía, el SIDA se lo llevó igual que arrasó otras vidas, tantísimas vidas en aquellos años durante los cuales mi generación surcaba la pubertad y la juventud y pretendía una revolución con tal de entretenerse. Después del 68 creyó el socialismo gobernante que no había motivo para buscar bajo los adoquines playa alguna y, sin embargo, una muchedumbre adolescente puso en marcha una suerte de resorte instintivo de desobediencia y arrojó durante semanas pedruscos contra gendarmes que no eran los del Barrio Latino, aunque agredían con igual entrega desenfrenada.

Rugen al viento banderas con hoces y martillos, pero también decoran la marcha, como una secta extraña, militantes de Bases Autónomas, exhibiendo en lo alto de palos de madera sus cruces celtas, cual estandartes de la Roma

imperial. Sus cabezas rapadas incomodan a la concurrencia y, mediada la manifestación, en la Gran Vía, serán expulsados a golpe de papeleras metálicas que la gente toma de las farolas y ladrillos de obras colindantes. Los de Bases Autónomas (que han venido a eso) atizan con sus palos a todo el que se mueve a su alrededor. Una primera irrigación colectiva de adrenalina que nos coloca en ademán guevariano porque nosotras y nosotros queremos ser Ernesto Guevara antes de ser fusilado cuando irrumpe en La Habana con otros barbudos.

Descubrimos, a nuestros quince años, la épica de arrojarse contra el poder y desafiarlo. Conviven diferentes actitudes y estilos en esta marcha. La hinchada de estudiantes, que avanza coreografiando un ritual de gritos y movimientos precisos para una guerrilla incipiente, apenas sugerida todavía. Una nutrida representación heavy, tribu urbana despreciada por la triunfante Movida de estos ochenta que van concluyendo, pero que en los barrios es legión y posee fuerte conciencia de clase, se saben proletariado, y van bebiendo cerveza y aromatizando de hachís el vaivén de la masa, *highway to hell*. Facciones ideológicas de izquierdas diversas. Bachilleres que se han sumado a la juerga porque sí. Una diversidad de chicas y chicos que se tapan la cara con pañuelos palestinos o con bufandas del Atleti. Esto va en serio.

Llegamos al Ministerio de Educación, donde nuestro líder (un estudiante de Derecho con casi treinta años, trotskista y repetidor) se reúne con representantes de la administración.

Reclamamos el fin de la Selectividad y alguna otra difusa medida educativa pero, en realidad, hemos venido a hacer la revolución.

Nuestras madres y nuestros padres no la hicieron así que 1987 no es mal momento para empezar.

Comienza la multitud a arrojar huevos, piedras, bolas de billar y lo que se tercie contra la fachada ministerial.

Y llegan las cargas policiales y se inicia un minué donde hay risas colegiales hasta que te cae en las costillas un porrao criminal que multiplica por diez la velocidad de fuga del receptor o receptora de dicho sopapo.

Sin embargo, no contaban las fuerzas policiales con la furia estudiantil y resulta que les plantamos cara, seguimos arrojando ladrillos a sus cascos, somos muchos y tomamos conciencia de nuestra musculatura numérica y ellos, los policías, no resultan suficientes para frenarnos.

Y huyen.

Tal vez sea la única vez en mi vida que vea a la policía huir de los manifestantes.

Una pandilla de mocosos les hace salir a la carrera.

Hay dos motos de la policía tiradas en la acera, siendo destrozadas minuciosamente por los manifestantes.

Hay fuego donde el fuego puede prender y vallas de obra tiradas en medio de la calle.

Hay escaramuzas aquí y allá, veo polis en parejas que se han quedado aislados, atrapados entre la muchedumbre que les acosa.

Desenfundan sus pistolas y amenazan a la colectividad sediciosa que les circunda.

Escucho una detonación.

Salimos corriendo.

Hay furgones policiales que comienzan a escupir agua.

Suenan sirenas policiales por todos lados.

Luego sabré que han disparado a una estudiante aunque sin consecuencias graves.

Volveremos a manifestarnos por ello.

Continuaremos un par de meses movilizados.

Después todo se olvidará.

A mí lado habrá estado Humberto, compañero de armas que luego se difuminará para siempre.

Pelemos.

Al menos lo intentamos.

Ese día de invierno de 1987, después de correr de acá para allá por la calle Alcalá e inmediaciones, volvemos al barrio. Felices. En el metro (hasta Nueva Numancia) relatamos episodios que convertiremos en míticos, por la tarde pegaremos carteles del Sindicato de Estudiantes y haremos una pintada de «Policía asesina» que durará mucho tiempo, alguna tarde de aburrimiento estival, caminando el barrio, veré aquel vestigio de nuestra insurrección, desapareciendo lentamente por la erosión del tiempo y la climatología como un símbolo de lo que son los ideales, borrados por el sol y la lluvia y los orines de los perros.

Quién no ha sido feliz durante una revolución.

Quién no ha sido infeliz cuando la revolución concluye.

Sobre todo, si la revolución fracasa.

O, tal vez, incluso si la revolución triunfa.

Sólo el tiempo de la revolución es feliz. Durante. Ni antes ni después.

¿Éramos unos perfectos idiotas por querer cambiar el mundo?

Bueno.

Éramos niños de colegio de curas con ganas de agitar la realidad.

Soy un niño de colegio de curas que todavía, algunas mañanas, se levanta de la cama feliz porque el sueño de aquellos días ha regresado.

Padre

Candela, la hermana de Paco, ha venido a verme, vibra un aire febril en la calle que anticipa la primavera, tengo puesto el televisor y las mujeres reclaman un alzamiento violeta con ministras en primera fila, pero también (y sobre todo) se oye el trueno hermoso de las jóvenes que adornan su cara con pinturas de guerra, ha venido Candela, «hola, soy la hermana de Paco, el del FRAP, ¿te acuerdas?, me escribiste, yo era muy pequeña cuando andabais en aquellas historias, yo sí tengo en la memoria tu aire pinturero por el barrio, tenías enamoradas a unas cuantas, no te creas, en fin, qué cosas digo, estoy nerviosa, no sé muy bien por qué me he desplazado hasta aquí, vivo en Alcalá de Henares, en tren no es nada, se tarda poco al centro, más tardábamos en la camioneta desde Palomeras, a veces se estropeaba, vivíamos en las casas bajas por donde la Huerta del Hachero», ¿qué viene a decirme este espectro de un pasado remoto y más ahora que ya todo es dubitación y quiebra?, «Paco era muy bueno, demasiado bueno, no sé yo qué se le perdió en eso del FRAP, se fue con vosotros y ya nunca más volvió, ni novia le dio tiempo a echarse, luego tú acabaste de ministro, o casi ministro, yo es que no estoy muy al día de esas cosas, fíjate qué diferencia, Paco (el pobrecito) en la tumba y tú con todo un futuro del cual disfrutaste, no lo digo como una recriminación, entiéndeme, no sé ni lo que digo, la verdad, yo he venido (más que nada) porque hace poco una asociación vallecana, de nuestro antiguo barrio, ya sabes, me hizo entrega de una placa en recuerdo de Paco, un tal camarada Fuenfría les convenció para que pusieran una placa en una calle de Vallecas, en una plazoleta (me parece), para que el pobre Paco tenga un homenaje, qué más dará a estas alturas, sea como sea resulta que el ayuntamiento no deja poner la placa, problemas administrativos o algo así,

los municipales les avisaron de que ni se les ocurriera y el tal Fuenfría ha fallecido, ya es mala suerte, así que la asociación se puso en contacto conmigo y me dio esta placa, es bonita, está hecha en bronce (me parece), y yo no sé lo que hacer con ella, ¿la pongo en mi casa?, pensé que tal vez tú, con tus contactos, puedas colocarla en el lugar más adecuado, en el Congreso de los Diputados a lo mejor», en la placa han escrito «A Francisco Estévez, caído en la lucha por la libertad» y tiene grabada una versión aproximada de *El abrazo* de Juan Genovés y miro a Candela, la hermana de Paco, y me acuerdo de ella, era una niña rubia que se reía todo el rato, con los mocos cayéndole de la nariz y los pies sucios, descalza pisando la tierra a la puerta de su casa, cuando las casas se levantaban sobre la tierra dura y al salir a la calle no había asfalto sino barro que te manchaba los pantalones y los señoritos de la calle Ibiza, al llegar a la oficina, se reían, «parecéis poceros», bramaban, en un hedor turbio de tabaco y primeros carajillos, Candela era la niña rubia que bailaba las canciones de Karina que sonaban por la radio, escondiéndose tras las sábanas tendidas al lado de la higuera, me acuerdo de ella o quizá me lo invento, no hay diferencia alguna, sí, creo recordarla y creo recordar que la vi una vez que fui a buscar a Paco para ir juntos, en autobús, a una reunión en el Alto del Arenal, Candela me enseña ese pedazo de metal que homenajea a su hermano y no entiendo qué pretende que yo haga con ese objeto, la memoria histórica, querida Candela, significa actualmente jugar con los huesos de Franco, y los que (como Paco) se dejaron la vida batallando contra una dictadura funesta tienen una porción de olvido garantizada, qué se le va hacer, como mucho toca acordarse de los abogados de Atocha, pero nadie se acuerda de muchos otros cadáveres, aquella chica de diecinueve años a la que secuestraron y cuyo cuerpo sin vida abandonaron en un descampado por liderar una huelga estudiantil, se llamaba Yolanda y era 1981, eso también debiera ser memoria histórica, y los crímenes de Vitoria y Montejurra, en fin, la memoria histórica vale si activa el resorte del voto, querida Candela, y este pedazo de metal puede depositarse tranquilamente en la basura, y yo mismo no quiero acordarme de muchas cosas, ni me acuerdo, ni sé si mis recuerdos tienen alguna fiabilidad, Paco murió y Julen desapareció para siempre, asqueado porque algunos mataban y daba la impresión de que lo hacían en nuestro nombre, guerra sucia, dijeron, Julen jamás abrió la librería que soñaba abrir en Buenos Aires, languideció en su despacho de San Sebastián, olvidado por todos, también por mí, guerra sucia,

Felipe jamás lo admitió públicamente, la vida es un largo aprendizaje del olvido, Candela, y te miro y sigues siendo la niña rubia que bailaba «no somos ni Romeo ni Julieta» y ha sido larga esta ofrenda de sangre de la Transición para acá, nos mataron los fascistas y nos mató ETA y mató el GAL y ahora, de momento, descansamos de tanto crimen y, sin embargo, España parece a punto de hundirse en medio del océano o el fuego, Candela, niña rubia de aquellos suburbios, vuélvete a Alcalá de Henares tranquila, me quedaré con este pedazo de metal que invoca a Paco, al camarada Paco, al glorioso mártir a quien matamos entre todos, tienes razón, malditas injusticias de la vida, él ahí, en su tumba, y yo viviendo una existencia plena de satisfacciones aunque, mira, al final, tampoco he logrado una gran victoria, estoy solo, semiparalizado, mi distracción es ver la tele y mirar por la ventana, me gusta cuando atardece y comienzan a dibujarse las luces del paseo de la Castellana, vuelve a casa, Candela, yo cargaré con el recuerdo de Paco, diré que coloquen en mi ataúd esta absurda pieza de latón o de bronce o de lo que sea.

Interludio de Candela

Lloré mucho cuando murió mi hermano, pobrecito, solo en la cárcel, perdió la cabeza y se suicidó. Yo no supe jamás de sus andanzas ni quise saber. La maldita política. Primero era una niña y luego no me interesó. Sé que se metió a luchar contra Franco. Y eso le condujo a la muerte. Papá y mamá lo pasaron muy mal, papá falleció al poco tiempo, tenía los pulmones destrozados de trabajar toda su vida con la pintura y aquella tragedia le afectó, lo dejó roto. Qué España más horrenda. No sé cómo ahora algunos dicen que tampoco han cambiado tanto las cosas y que esta democracia es igual que la dictadura y barbaridades así. Que me digan a mí si esto que vivimos es igual que enterrar a un hermano que tenía veinticinco años. Qué horror. Veinticinco años. Tan joven.

Me acordaba perfectamente de Tristán y, cuando recibí su correo, quise venir a darle la placa que tenía en casa y que no sabía qué hacer con ella.

La carta, no.

La carta no se la voy a dar.

O a lo mejor cambio de opinión.

Pero no.

Me he hecho la tonta, pero sé que él, tan señor cuando salía en la tele de ministro o lo que fuera, también dejó a mi hermano solo en la cárcel.

No tengo ni idea de si Tristán andaba preso cuando lo de mi hermano o si estaba fuera, pero, desde luego, no se preocupó ni vino a su entierro.

Toda mi existencia he tratado de olvidar que mi hermano se ahorcó en una celda de la cárcel de Carabanchel.

Pobrecito.

He seguido adelante, me he casado, he tenido tres hijas, y una de ellas, mira por dónde, está con lo de la Memoria Histórica y pretende que se hagan homenajes y se pone, la muy tonta, a investigar qué pasó con Paco Estévez,

su tío.

Y mi hija es de las que opina que todo lo hicimos fatal cuando murió Franco y que, poco más o menos, deberíamos haber vengado la muerte de Paquito.

Cosas de la juventud, que siempre cree tener la razón y que si ella hubiera estado donde estuvimos nosotros habría caído Franco a los cinco minutos.

Ha conseguido, eso sí, que le hagan a Paco una placa que ni el ayuntamiento sabe dónde ponerla. Ella y el tal camarada Fuenfría, mano a mano, como un abuelo y una nieta tratando de que se recuerde, qué manía con recordar tanto.

Sea como sea, el caso es que decidí venir a dársela a Tristán, el camarada Tristán, el que venía a recogerle para ir a hacer la revolución. Menuda revolución hicieron.

Pobrecito Paco.

Con lo bueno que era.

Y la placa me dolía en casa cada vez que la veía.

Que se la quede Tristán.

A ver si también siente un poco de remordimiento por lo que hicieron.

Aunque también él me ha dado pena.

Nos alcanza a todas y a todos el final.

Y su final parece cercano.

Yo me vuelvo a Alcalá de Henares, a ver si están las niñas en casa, a ver qué cenamos.

No es poca cosa que esas sean nuestras preocupaciones hoy y no que te metan en la cárcel.

Odio a mi padre porque él me enseñó la derrota. Yo tenía doce años cuando él y sus compinches convocaron el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN. Felipe González había pasado del «OTAN NO» al «OTAN de entrada SÍ». Al fin y al cabo, se había convertido en presidente del Gobierno a base de prometer moderación a la CIA y mediante los millones de la socialdemocracia alemana, tan sumisa, tan mansa, tan germánica, felizmente desaparecida en los últimos tiempos, en este siglo XXI de equívocos y maldades.

Mi padre hizo campaña por el SÍ mientras Uría y yo, en el colegio de curas, pintábamos VOTA NO con bolígrafo Bic en las paredes. Aquella fue nuestra iniciación a la política. Hicimos un referéndum en clase con papeles doblados en los que el alumnado de 6ºA expresó su parecer con trazo todavía casi infantil y ganó abrumadoramente la opción pacifista. Nos supo a anticipo de un gran triunfo. La paloma de la paz de Picasso era nuestro emblema. Toda España estaba en contra de la OTAN. Hasta los fachas de la clase (tan fachas que eran falangistas, como sus primos mayores) decían que no había que rendir pleitesía a los Estados Unidos.

Íbamos a ganar.

Y perdimos.

Ganó el SÍ.

Ganó el miedo.

Como casi siempre en España.

Como la tarde del 23F.

Como ahora.

Papá volvió contento a casa, en unos días nos daban el chalé en Aravaca y

emprenderíamos otra vida, pero todavía, aquel 1986, nuestro horizonte eran los tejados de Vallecas y, al fondo, un cielo dramático por la parte de Atocha o Méndez Álvaro como dibujado por Velázquez y Giorgio de Chirico.

Papá volvió contento a casa y dio un beso a mamá y a mí me revolvió el pelo y miró, como si no lo hubiera visto antes (que sí lo había visto), el símbolo de la paz (tan años sesenta) que había pintado en la tapa trasera de mi cuaderno de matemáticas.

—Pues has perdido, hijo. Había que entrar en la OTAN porque hay que modernizar España. Algún día lo entenderás.

—¿Y la paz?

—La paz son monsergas si no nos colocamos en Europa como debemos colocarnos, en el mismo lugar que el resto de países civilizados.

—Está mal, papá. Podríamos haber sido neutrales, ni con unos ni con otros.

—Has perdido, hijo. Déjalo estar. En la vida se pierde muchas veces.

Y así me enseñó mi padre la derrota.

Me acuerdo de todo eso aquí, en la soledad del cabo de Trafalgar, bajo un cielo gris que anuncia tormenta.

Lo bueno de hallarte en el paro es que tienes tiempo para buscar la soledad que apenas existe cuando trabajas y te ves obligado a hacer vacaciones junto a la inmensa masa que lo ocupa todo.

Esa masa veraneante.

Comiendo plátanos y sandías y abandonando las cáscaras en el suelo porque aprendieron la palabra biodegradable, aunque también se dejan los plásticos y papeles manchados de mierda.

Literalmente.

Esa masa veraneante.

Cagando en la vegetación que circunda las playas. En verano hay cientos de heces humanas alrededor de las playas. La gente va a la playa a cagar. Es así. Disculpen lo abrupto de la aseveración.

Somos demasiada gente moviéndose de un lado para otro.

Vivimos la era de las multitudes.

En estas arenas ventosas he sido feliz, me he emborrachado junto a Flaco, amigo hallado en un bar, ajeno a mis intelectualidades, currela en lo que salga, recurso para escapadas, junto a él he besado a mujeres bellísimas, he soñado futuros mejores, contemplando los atardeceres del mar de Cádiz,

crepúsculos larguísimos, latido de tambores, olor a hachís y jotabé con hielo, camarero, en el último chiringuito, el del Tío Kiko, que no sé yo si permanecerá abierto, cerró el Aborígena, que tantísimas tardes de amor nos permitió, luego (a lo mejor) nos íbamos a El Patio, en Conil, eran otros tiempos, Flaco ahora subsiste a puñetazo limpio, inmune a toda tristeza, Flaco es mi compa de jarana y noches del sur, no quedo con él para hablar de política porque últimamente vota con la bandera rojigualda entre los dientes, me da lo mismo, un amigo es un amigo, no voy a hipotecar nuestro pasado de camaradas de farra por disputas ideológicas, me quedo con todos los veranos en que fuimos felices viendo atardecer, acariciando una piel propicia, sumergiendo bajo las olas nuestra ebriedad juvenil, porque éramos jóvenes, entiéndase, insultantemente jóvenes y, por tanto, idiotas como corresponde. Ahora, según oigo en la radio, la juventud en edad escolar se va a movilizar a favor del medio ambiente. Bravo. Bravísimo.

Llegan hasta aquí, por las ondas de radio, al pie de este faro de Trafalgar frente a un mar trenzado de olas grises, llegan hasta aquí (también) las voces libres de las mujeres que pelean, 8M, la revolución feminista que contemplarán nuestros ojos o, tal vez, la contrarrevolución triunfe, quién sabe.

Yo estoy, como cantaban Ilegales, agotado de esperar el fin.

«Salvad a las ballenas/ a mí dejadme en paz/ que me muera», salmodia Ángel Stanich, astro ascendiente del indie que desciende sobre todas las cosas, Radio 3, eres lo que escuchas, todo eso, todo eso.

Hace frío y debido a ello puedo disfrutar de esta playa desapacible, gaviotas acróbatas fulminan cangrejos o peces trepadores por cada ola gimiente, ulula el viento, el aire gélido y una humedad penetrante me libran de otros seres humanos, nadie quiere pasear y menos a esta hora del mediodía, hora del vermut o de la comida temprana, nadie pasea con este tiempo por el cabo de Trafalgar, la arena dibuja remolinos, me siento en una roca, enciendo (con dificultad) un cigarrillo, medito sobre mi futuro, sobre el futuro de España, abroncan los leales a quienes consideran traidores, y yo estoy siempre del lado de los leales y las traiciones suelen triunfar, pero, sólo para ahondar en la desdicha, no ganan nunca los traidores, como mucho se les paga unas monedas y se les ofrece un entresuelo donde ejercer labores de oficinista o un cargo subalterno, como a mi padre.

Si fuera verano otra vez y estuviera aquí Flaco, con sus rizos rubios y su

rostro de boxeador embriagado de café, doce cafés al día por lo menos bebía Flaco en los buenos viejos tiempos. Si pudiéramos retroceder al que fue nuestro último verano, iríamos al chiringuito del Tío Kiko, en los Caños de Meca, y bailaríamos hasta el anochecer y en la última ginebra hallaríamos la paz.

Miro mi teléfono móvil, no hay mensajes, no hay llamadas, no hay nadie al otro lado, lo arrojo al mar.

Padre

Días de tránsito hacia ninguna parte, levantarme de la cama, caminar despacio, practicar mis escasas habilidades para que no se me olvide cómo mover la mano que me comunica con el mundo, ser ayudado por Teresa, sin pasión alguna, pero tampoco puedo exigir a esta mujer ruda una pasión que no tiene por qué sentir, esto es un trabajo y al menos (de momento) no se ha visto obligada a limpiarme el culo, me apaño yo como puedo, días de tránsito hacia ninguna parte, el televisor relatando crímenes horrendos, delectación televisiva en todo crimen, gacetilleros mal encarados que hablan sobre cómo murió un niño, horas y horas de un crimen y luego, a los pocos días, otro crimen que ocupa su lugar y las víctimas siempre son adjetivadas para acentuar su vulnerabilidad por si no supiéramos lo vulnerable que es una niña o un niño, el pequeño Gabriel, el pequeño Julen, el pequeño o los pequeños de Valencia, la maldad convertida en espectáculo de masas como en *El gran carnaval*, una película estupenda de Kirk Douglas, días de tránsito hacia ninguna parte, vino Pepe a verme, está eufórico, «volvemos, volvemos, ganaremos las próximas elecciones, otra vez a gobernar, a lo mejor hasta me dejan seguir de diputado, ya iremos viendo, estaba yo plegando la bandera para abandonar Fort Apache y mira», Pepe fuma agigantando su tos de fumador, «¿tienes un vino?», le doy un vino, se lo da Teresa, frunciendo el ceño (como acostumbra), «buen vino, Tristán, tú siempre has sabido vivir, volvemos, volvemos», ¿quiénes vuelven?, este nuevo líder que apenas nos reconoce, una nueva generación de dirigentes, jóvenes estúpidos como mi propio hijo (que ya ni siquiera es joven) aunque, al menos, esta vanguardia conoce lo fundamental, que la política es el poder y todo vale para auparse a él y que jodan a quien no lo entienda, incluido mi propio hijo, del que nada sé

y nada me importa, miro a Pepe, amigo del alma, en el fondo a veces pienso que yo era una rareza dentro de ese núcleo de poder del partido en el que abundaban cachorros de la burguesía franquista, vástagos de adinerados peleteros que mandaban a sus criaturas a la universidad y la universidad les volvía comunistas y después socialdemócratas, gente bien, en el fondo, y no el hijo de un tendero de Vallecas, les hacía cierta gracia que mi padre siguiera detrás de un mostrador en Vallecas, estaba Jorge Semprún, siempre volviendo de sus exilios, aunque también podría aludirse a la vaquería donde se crio Felipe González y las penurias de algún otro vicesecretario general, no obstante, no obstante, seamos sinceros, quizá no fui ministro porque mi escaso pedigrí daba un poco de asco, vaya cosas, Pepe es como yo, un hombre venido de las casas bajas y el barro, una antigualla que todavía va a los toros, esa fiesta que repugna a la joven izquierda actual, tan sensible al llamado animalismo, Pepe me comenta que a un antiguo camarada mío le han metido en la cárcel, «es curioso, Tristán, era guerrillero como tú, del FRAP, y estuvo en Carabanchel cuando Franco y luego fue socialista, en los ochenta, como todos, pero, agárrate, se pasó a la derecha valenciana, robó a espuelas y ahora le encarcelan», un bucle perfecto, alfa y omega, que diría un obispo, el camarada Blasco, me acuerdo de él, un irreductible de boquilla que, en realidad, tenía demasiada mediterraneidad juerguista en sus venas como para tomarse la revolución en serio, una mezcla de hippy y bolchevique de ocasión, le gustaba tirar piedras a la policía y casi le cazan en Valencia y por eso lo enviaron a Madrid, estuvo en casa, asilado, ahora, efectivamente, andaba de diputado regional de la derecha más corrupta, le pillaron y, tantos años después, ha vuelto a un paisaje de altos muros como el que conoció en su juventud, qué se le pasará por la cabeza, qué larga es la vida, imagínate, entramos en una celda con menos de treinta años y a los sesenta abrimos otra vez la misma puerta y se cierra tras nosotros, como si el tiempo en libertad hubiese sido un dilatado recreo, me imagino a Blasco mirando al techo, rememorando sus días juveniles de prisión y pecados políticos, aquel camarada Blasco de 1975 jamás hubiera admitido que él, en 2019, estaría ocupando un despacho autonómico a sueldo de la derecha, cobrando mordidas a empresarios, estrenando yate con la familia, mascando un habano en homenaje a lejanas veleidades castristas, «todos cambiamos, Pepe», le respondo, se queda serio, un momento, «sí, tienes razón, Tristán, todos cambiamos, ahora todo cambia muy deprisa, ya no me reconozco ni

reconozco a nadie de los que formaban nuestro entorno, ¿quiénes somos, Tristán?, ¿qué nos queda?, volvemos, dicen que volvemos, aseguran que la derecha no nos devorará, que finalmente no habrá golpe de mano de los nuevos fascistas, no sé si creerlo, y si ocurriera, tampoco sería tan raro, pasa en Italia, en Estados Unidos, vienen malos tiempos, lo presiento, aunque ganemos, o simplemente, Tristán, que estos tiempos ya no son los nuestros, no son los de nadie, ni siquiera los de los chavales que salen a la calle ahora a protestar por la masacre medioambiental, ni siquiera de las chicas que levantan el puño para defenderse, no sé, Tristán, la verdad es que iremos viendo, mientras quede la posibilidad de tomar un último vino, mientras no nos lo quite el médico o si nos lo quita, podamos eludir la prohibición y morir cirróticos pero felices, coño, sigamos, Tristán, sigamos viviendo, tú eres de los últimos, como yo, los últimos mohicanos, y moriremos con las botas puestas».

Interludio de Teresa

Yo voto lo que voto y no me avergüenzo de ello. Vergüenza les tendría que dar a quienes votan para que España se vaya al garete. Les preocupa mucho la contaminación y los derechos de los animales pero a España que la zurzan. Yo soy de Murcia y tengo familiares en Barcelona y cuando pasó lo que pasó (no quiero ni recordarlo) se encerraron en casa, con lo viejitos que están, y tenían un miedo que ni cuando Tejero entró pegando tiros en el Congreso. Creían que los iban a echar de su casa, y eso que sus nietos hablan catalán.

Este hombre al que preparo purés me mira raro, se da un pisto que no sé por qué, no es para tanto, padre Santo, que decía mi abuela.

Mi padre era militar y murió en un accidente de tráfico cuando yo era muy pequeña. Toda la vida he tenido que trabajar y no tengo estudios, pero idiota tampoco soy. A mí, desde luego, no me van a defender los pelanas que gritan «¡Sí se puede!» y ahora andan de capa caída. Yo soy una persona humilde, pero ante todo española y si España se deshace, no nos queda nada. A estos señoritos a los que su papá paga un pisito bohemio en el centro de Madrid les preocupan otras cosas: la igualdad de la mujer y las liebres, pobrecitas, que les disparan los cazadores y les hacen pupa. Yo creo en la igualdad del hombre y la mujer, a mí qué me van a contar, pero no voy a ir obligada a las manifestaciones. Si no me manda mi marido (y Eusebio no manda en mi criterio, eso seguro), no me van a mandar las feministas.

Tengo cincuenta y seis años y estoy bien de salud y me gano la vida como puedo y todos los días, para llegar aquí y atender a este señor, me levanto a las cinco y media de la mañana, tomo un autobús y un tren y estoy bien prontito, para prepararle el desayuno. La enfermera que le cuida por las noches se marcha y yo me quedo todo el día atendiendo a este pobre hombre que, según me contaron, fue del Gobierno o algo así.

Pues muy bien.

No me va a dar lecciones de política. Él ha vivido del cuento toda su vida y mira qué casa tiene. Yo me he deslomado desde que era una cría y tengo un chalecito adosado en Illescas, provincia de Toledo, porque en Madrid no hay quien se pueda permitir una casa con habitaciones para el chaval, que va para quince años, y la niña, que es toda una mujer y estudia en la facultad.

Y voto a quien voto y no me avergüenzo. Y tengo la bandera de España colgada del balcón. A quien le pique que se rasque.

No soy una analfabeta, que conste.

Leo el periódico y me mantengo informada.

Y no quiero que vuelva Franco ni ninguna idiotez así.

Tampoco que nos roben de los bolsillos. Ni que nos acaben invadiendo los inmigrantes. ¿Racista? Qué soberana tontería. Mi mejor amiga es Lali, de República Dominicana, trabaja en lo mismo que yo, cuidando a personas que se han quedado impedidas. Y ella opina exactamente igual: aquí no cabemos todos. Habrá que poner un poquito de orden.

No, no tengo que avergonzarme de nada, aunque este señor me mire raro y sospeche que no trago ni a los suyos ni a los del petimetre, como dice él, como escribe él, que alguna vez me ha escrito: «Quítame al petimetre de mi vista, apaga la tele y acércame a la ventana». A sus órdenes, mi general. Le gusta mandar. Se nota que lleva muchos años pisando moqueta y de despacho en despacho. Mientras tanto, otras como yo tenían que buscarse la vida desde bien pequeñas.

Cada vez que vuelvo a Bullas (el pueblo de mi padre) lo comento con la familia. Qué dura ha sido la vida. Aunque ahora, más o menos, todo está bien. El chalecito en Illescas, y superado lo del infarto de Eusebio, que (por fin) dejó de fumar, otra vez trabajando en la empresa de cerramientos de aluminio, remontando, siempre remontando. Los pobres caemos y nos levantamos. Y no nos hace falta que quiten el dinero a los ricos y nos lo den a nosotros como pide el petimetre. No somos mendigos. Sabemos ganarnos la vida. Con esfuerzo. Y estamos orgullosos de España. Eso importa. ¿Que por qué? Porque sí. Los sentimientos no pueden explicarse.

Es como yo, cuando vuelvo a Bullas, me gusta, me emociona regresar, y eso que me fui de allí muy pequeña y que ni tengo acento ni nada.

Una vez me preguntó este señor (pero qué tonto es): «Razones por las que te gusta España». Así lo escribió en su artefacto.

Anda.

¿Hay que explicarlo?

Porque sí. Por la paella, por su música, por el sol que hace, por Gandía, que es donde vamos de vacaciones (y cómo disfrutaban los niños), por el café con leche del desayuno y los churros que mojamos en él, porque aquí la gente tiene alegría y no como por ahí, que se fue mi hija un año de Erasmus y vino mustia, «quién te manda irte a Suecia», le dije yo.

Me gusta porque es donde he nacido.

Porque es la tierra de mis padres.

Porque mi abuelo murió en la guerra, en combate, era militar y le pegó un tiro en el cuartel un cabo que era republicano perdido. Luego al cabo lo fusilaron, claro.

Porque hemos enterrado a nuestros muertos en esta tierra que es de todos. Por eso amamos España.

Y no sacábamos la bandera a relucir porque, encima, nos decían que éramos fachas.

Hasta que pasó lo que pasó en Cataluña y dijimos basta.

Miro mis manos con la piel como la de un lagarto de años y años trabajando igual que una mula. Tengo derecho a no ser políticamente correcta como dicen ahora. Tengo derecho a decir lo que me dé la gana y no andar mirando si las palabras que utilizo ofenden o no ofenden.

Mi vida sí ha sido una ofensa muchas veces. Cuando Eusebio se quedó en paro. Cuando mi madre se volvió loca por la demencia senil y salió desnuda a la calle sin darse cuenta y nos la trajeron los vecinos como pudieron. Cuando al primo Rafa le mataron en una pelea que tuvo en una discoteca. Cuando he tenido (tantas veces) que hacer malabares para llegar a fin de mes.

Ninguno de esos niñatos y niñatas que llevan rastas o se pintan el pelo de azul y se manifiestan por esto y aquello las han pasado como yo.

No me representan.

¿No decían eso ellos acerca de la clase política tradicional?

¿No gritaban lo de «No nos representan»?

Pues a mí tampoco me representa el petimetre y su cuadrilla.

Y estos que defienden España a voz en grito sí me representan.

Aunque no esté de acuerdo en todo lo que dicen.

Míralo, se ha quedado dormido. Como un bendito. Soy brusca con él. Es mi carácter. Y estoy segura de que cree que no le trago. Vale. Muchas veces no le trago. Pero le he tomado cariño. Me da pena. Está más solo que la una.

Y yo también, a veces, me siento más sola que la una. Qué caramba. Eusebio cada día está más cansado al salir del trabajo. Se queda roque en el sofá a la primera de cambio. Yo hago la cena, los niños vienen cada uno a la hora que les da la gana o no vienen, que si se quedan a dormir en casa de un amigo, en fin, mejor no pensarlo. Y este señor, tan solo. Y yo misma, tan sola. A veces me siento a gusto sentada en el sofá viendo una película junto a él. Pregunto si puedo y él siempre dice que sí. Se ha visto mil veces una muy bonita de Humphrey Bogart en la que cantan *La Marsellesa*. Es una historia de amor la mar de triste. Ya la había visto yo en la tele hace mil años.

Menuda pareja.

Si nos viera Eusebio.

Este que fue ministro o algo así y yo, mano a mano, en el sofá, viendo cine antiguo.

Resulta una situación extraña.

Aunque, por un instante, mi soledad se hace más pequeña.

Espero que la suya también.

Da igual, en el fondo, a quién vote yo y a quién vote él.

Somos dos pobres desgraciados que se hacen compañía.

Aquí estamos, en esta casa inhóspita, esperando el atardecer, él durmiendo y yo observándolo dormir, perdida en mis pensamientos.

Dos seres humanos a los que el destino ha juntado inesperadamente.

Fíjate.

Lo que es la vida.

Extraño encuentro. O breve encuentro como la película de David Lean que jamás he visto. Las noches son largas cuando hay temporal en las playas del Estrecho y ningún establecimiento a lo largo de la costa abre para aliviar a los melancólicos que, como yo, se refugian en el único hotel disponible aquí, en los Caños de Meca. Así que traslado mis trastos a la mismísima ciudad de Cádiz, con sus callejones habaneros y el mar rugiente y la soledad de los mediodías amplificada por la sal y la arena que ocupan cada milímetro de fachada, los balcones vacíos, las sillas del paseo.

Entonces, en un bar donde tienen siempre a Elvis en Las Vegas cantando silenciosamente, exhibiendo su sobrepeso y su tufo a sudor y barbitúricos, allí, en la catacumba rockera que suena a The Doors mientras Elvis ejecuta coreografías silentes y con chorreras, panzudo tras la pantalla del televisor que reproduce una vieja cinta VHS, entonces, allí, repito, (a finales del invierno) surge la conversación con el desconocido, siempre creí en la bondad de los desconocidos como en *Eva al desnudo* o en *Un tranvía llamado deseo*, ahora no me acuerdo.

Extraño encuentro. O breve encuentro que propicia un hallazgo aún más raro. ZZ Top en versión gaditana, barba de motorista sureño (pero de ese sur bajo el cielo de Alabama —*Sweet Home*—), chaleco de cuero con la bandera confederada a la espalda y un tatuaje en la mano que insinúa, tal vez, alguna experiencia carcelaria o, tal vez, simplemente una mala noche de mucho bourbon. Mi nuevo mejor amigo aquí en Cádiz responde al nombre de Álber y andará casi por los sesenta años. O los habrá rebasado. Imposible poner edad a esta esfinge melenuda y canosa, con algo de loco sin asear y algo de yonqui viejo.

Como a todo solitario le gusta pegar la hebra. Hablar. Habla de todo y de nada. Conversamos y no le gusta el fútbol, igual que a mí, así que ya tenemos más cosas de las que conversar. El relato de sus aventuras, dicho con voz muy queda, con ese eco de humo en la faringe de quien ha fumado mucho y bien, resulta hipnótico. Cuando se bajó al moro y casi le pillan con diez kilos de hachís, un concierto en la isla de Wight, la vida en las Ramblas cuando las Ramblas eran anarquistas y no como ahora, irse con Triana de gira, conocer a Camarón a través de un camello amigo suyo, buena persona, que no quiso venderle a Camarón «más nunca» desde que viera al maestro caerse al suelo una noche.

Historias.

Centenares de historias para contar a un extraño en la barra de un bar, durante una estación indefinida, mientras Elvis engorda en el televisor y se prepara para morir en Graceland.

Y me dice Álber, hablando y hablando y hablando, que tiene un buen amigo que fue policía con Franco, allá en la dictadura, de los que torturaban, vamos, él es un arrepentido, a él no le gustaba aquello, pasó una temporada y se quitó, pero conoció a muchos de los políticos que más tarde han salido en la tele. Y a Billy el Niño. Anda que no cuenta cosas de Billy el Niño.

Extraño encuentro en una catacumba gaditana mientras el viento golpea las esquinas de una ciudad sin nadie, como si la peste hubiera vaciado las calles y fueran los tiempos del oro y la conquista de América, y confluyeran bajo luces subterráneas, como aquí, los forajidos, la bohemia hambrienta, los últimos solitarios, gente que busca otra gente, al anochecer, en esa pulsión de simios que amontonan sus cuerpos en lo hondo de la cueva mientras oyen rugir al tigre, *2001: una odisea del espacio*, anótese la cita.

Álber se ríe cuando le digo estas cosas y le falta uno de los dientes frontales y promete que cualquier día me hará el relato de cómo perdió esa pieza y también de la cicatriz que (asegura) le cruza el lomo. La noche es propicia para todo tipo de embustes, lo sé, pero aun así le insisto para que me presente a ese amigo suyo que torturaba a rojos cuando Franco y luego se arrepintió.

«No te prometo nada aunque a ver si mañana te lo traigo», dice. Álber es un motero del sur sin moto y seguramente sin carné de conducir (como yo). «Mañana te lo traigo», insiste.

Pero no se lo trae.

Yo acudo y bebo solo en la barra, no hay nadie. Sigue Elvis cantando en silencio en el televisor, tras el cristal, con los colores y arrugas del VHS, y suena *Riders in the storm* con Jim Morrison resucitado cual Jesucristo que bebiese Jack Daniel's y tras la puerta suenan pasos y entra, demoliendo toda solemnidad, una despedida de soltera con mujeres que gritan mucho. Me voy al hotel, he bebido suficiente por hoy (no mucho).

Echo de menos a Silvia. Eso forma parte de mis días aquí, sin modo de comunicarme con el mundo porque tiré al mar mi teléfono y pretendo seguir así, ajeno a todo.

Es ya viernes cuando Álber vuelve por el garito que ambos frecuentamos y entra con su amigo, el torturador arrepentido. Nos saludamos e iniciamos un diálogo de aproximación, pero parecemos conspiradores ridículos entre la juventud rockera que (hoy sí) abreva para calentar este viernes que concluirá, por su parte, en otros sótanos coloreados de pura noche y pura juventud. Pura vida.

Así que nos largamos a otro sitio con menos bullicio. Un pub cercano con cortinajes cárdenos y brillos dorados en el detalle ornamental y aire a puticlub antiguo (y a decorado de película de David Lynch), con bebedores que odian beber en grupo y apuran sus tragos de uno en uno o, como mucho, de dos en dos.

Nos sentamos y Álber le dice a su camarada Fausto que me cuente. Se llama Fausto y tuvo tratos con el demonio. Qué obvio. Se llama Fausto y pregunta: «¿Qué le tengo que contar?». «Lo de Billy el Niño». «Ah. Lo de Billy el Niño. Menudo hijoputa».

Y así, mediante un extraño encuentro (que no breve, me equivoqué), descubro un secreto que me concierne y que me es revelado en la intimidad de un pub que fue (o es) puticlub por un varón español, calvo, barrigón, degustador de cocaína pese a una reciente angina de pecho, ojos azules de besugo y nariz de sapo, hebras de pelo canoso cayéndole por la nuca, con los dientes muy separados entre sí, toda una fealdad que le otorga (sin embargo) un gesto de contradictoria bonhomía, es un monstruo casi anciano, pero conservado en alcohol y tóxicos, vestido de cualquier manera, nikis de lacoste envejecidos, chaqueta vaquera con piel de borrego, pantalones grises, como si no hubiera comprado ropa desde que salió de la comisaría donde arrojaba a estudiantes por la ventana junto a Billy el Niño.

Fausto habla, yo escucho, él (sin saberlo) me habla de mí. Habla de mi

padre. Menciona su nombre. Lo recuerda.

Del diario de Tristán Díaz

14-2-1995

Julen me cita en su despacho de San Sebastián, lluvia sobre la bahía, fondo marino con luces en la isla, la belleza soberbia de este pedazo de mar Cantábrico y Julen absolutamente perturbado, loco, imposible de controlar. Se larga a Buenos Aires definitivamente. Si el juez le deja. Está investigado por un caso de presuntas torturas con resultado de muerte, de hace años; ahora a los jueces les ha dado por revolverlo todo.

Su despacho burgués de político retirado, en la casona de su muy donostiarra familia que tuvo peleterías y dinero, que lo sigue teniendo, bien invertido, Julen sentado, fumando, con una densa humareda subiendo hasta el techo; la belleza en el exterior, la desesperación enajenada de Julen aquí dentro.

Me recibe con un gesto desprovisto de toda formalidad, sin levantarse del asiento para saludarme, ni me da un abrazo ni me ofrece algo de beber, ¿una coca cola?, le hace gracia a Julen que me guste tanto la coca cola.

Pero esta vez no hay bromas que valgan.

—Yo no tuve nada que ver. ¿Te acuerdas? Te lo conté, sabía que aquel chaval era inocente, justo me encausan por aquel y a aquel quise yo salvarlo, te lo aseguro.

Medito qué decirle y me decido a colocarlo ante nuestras contradicciones.

—¿Y al resto, Julen? ¿Al resto quisimos salvarlos? ¿Merecían ser salvados?

Noto inmediatamente que me he equivocado, el rostro de Julen es puro pánico como si yo fuese su enemigo, como si le hubiese tendido una trampa.

—¿Te han enviado ellos? —pregunta.

—¿Quiénes?

—Los que no quieren que hable. Si me matan, ya no podría hablar, ¿verdad?

—Pero ¿qué barbaridades estás diciendo? ¿Por qué querrían matarte? ¿Para qué serviría? Si esto es un sálvese quien pueda, si todo el mundo está hablando, si a este paso va a acabar en la cárcel hasta el apuntador. Hay que resistir, Julen. Como siempre hemos hecho. Contra Franco, contra ETA y ahora contra estos jueces que nos persiguen para lograr su minuto de gloria en los periódicos.

Julen mira raro, enciende una lámpara de mesa y la vuelve a apagar, en un arrebató histérico, enciende otro cigarrillo, desconfía aún pero, de pronto, es como si su verdadero yo regresase de muy lejos y me dice, ya sereno:

—Tuviste suerte de quedarte a distancia de todo esto, Tristán. Eres una buena persona. Aquí no ha sido fácil ser buena persona. A muchas les daban un tiro en la nuca. Volvías, a lo mejor, de comprar el pan, yo qué sé, de un encargo que te había hecho la mujer, «recoge unas chuletas que me ha guardado Esteban», y de la que volvías, pum, un disparo y fuera. Y te quedabas ahí tirado, en la acera, y no te creas que la gente decía: «Se ha ido por ahí, por ahí va el asesino», la gente miraba para otro lado. Igual que miraban para otro lado si éramos nosotros los que disparábamos, y digo nosotros por decir algo, a mí siempre me repugnó. Has tenido suerte de estar lejos, de no caer en este piélagó.

Dijo piélagó, de eso me acuerdo mientras escribo estas líneas, me acuerdo porque es una palabra rara. El resto de lo que he transcrito resulta más o menos un resumen de su monólogo, un monólogo que todavía duró un rato y en el que Julen volvió a referirse a las librerías de Buenos Aires, a lo bonitas que son, y a lo a gusto que se está allí, todas esas cosas.

Julen fantaseaba con abrir su propia librería en Buenos Aires y eso le ponía alegre, pero, de pronto, volvía a recaer en su manía persecutoria, se callaba, miraba aviesamente como si yo fuera un emisario del mal. Yo estaba de paso por San Sebastián y con ganas de charlar con un viejo amigo y me encontré a un espectro enajenado.

Antes de dejar a Julen, mirando por el cristal la oscuridad de la bahía, como ajeno a este mundo, quise que comprendiera algo:

—Lo que ha sucedido, este pecado de violencia que tan grave te parece,

quedará como una anécdota borrosa en la larga historia de España. Se olvidará. Tenlo por seguro. Se acabará este inacabable capítulo de balas y bombas y horror. Y nadie volverá a mencionar este error, estos errores que tal vez cometimos. Nadie, te lo aseguro, será capaz de lanzarnos a la cara la cal viva en la que quisimos disolver todo rastro de nuestros crímenes o presuntos crímenes. El olvido es poderoso, Julen. Aprende a olvidar.

Al día siguiente el juez decretó el ingreso en prisión de Julen. Y yo escribo estas líneas ya en Madrid, con todo el silencio encima, muy de noche.

Hijo

Y esto es lo que me contó Fausto, traficante ocasional, millonario en Angola, arruinado tras caer en desgracia con un caudillo local, noches espectrales de Luanda, aquellos maravillosos noventa, amigo de delincuentes y de policías (a partes iguales), extraña forma de vida en medio del basural, alguien que con veinte años asistió a las brutales sesiones de tortura del celeberrimo Billy el Niño. Fausto estuvo allí, le asqueó aquello (o eso cuenta), y lo dejó y ha tenido una vida siempre en el filo de la marginalidad y ha acabado de amigo de Álber en Cádiz y me ha conocido a mí a través de Álber:

—Estuve poco, nunca tuve estómago para esas cosas. Pero poseo buena memoria y me acuerdo de algunos que pasaron por allí porque transcurrido un tiempo se hicieron famosos: Lobatón, el presentador de la tele, y el padre de uno de Podemos que ahora está en Europa, Urbán es el apellido, me parece. Estaba yo allí cuando el cabrón de Billy el Niño le puso la pistola en la cabeza y le dio una buena mano de hostias. Billy el Niño no era el peor, no te creas. Había verdaderos sádicos. Siempre hay hijos de la grandísima puta a quienes les gusta joder al prójimo, explorar los límites, ver qué le puedes hacer a un ser humano. Como esos niños cabrones que arrancan las alas a una mosca porque sí, para ver qué pasa. Desfiló por allí, mientras yo estuve, una buena tropa de famosillos. Me acuerdo de un tal Tristán Díaz, no sé si le conocéis. Fue ministro luego, me parece. O menos que ministro. Pero salía en la tele. Joder, qué suerte tuvo. Era un chaval. Como yo. Muy joven. Y me dio pena. Le interrogaron sin pasarse demasiado de la raya. Se le veía acojonado. En una sala próxima estaban machacando a otro del FRAP, que eran terroristas aunque, en realidad, resultaban bastante inofensivos. Sí, mataron a

algún guardia, pero básicamente se dedicaban a tirar cócteles molotov y hacer pintadas y mierdas así. O sea, no eran ETA, que esos sí que daban miedo los muy hijos de puta. Dio igual, aun sabiendo que no tenía delito de sangre alguno, a aquel chico del FRAP le cogieron con ganas. Lanas y Pluto, así les llamaban a los dos maderos que le tocaron en suerte a ese pobre chico. Pin, pan, pin pan, pin pan. Lo dejaron hecho una piltrafa. Yo creía que lo mataban. Y para nada. No tenía nada que contar. Ya nos lo había dicho todo otro: Conrado Ramírez Leiva se llamaba. Me acuerdo bien. Era un chivato. No al principio, pero perdió la cabeza y la dignidad cuando a su mujer la violaron, no sabían que estaba embarazada y abortó, y el tal Conrado se hundió y ya hizo lo que le pedían, cantó *La Traviata*, lógico, pobre desgraciado. Y lo del otro. Lo de aquel chico del FRAP fue una carnicería absurda, todavía me acuerdo. Le rompieron la boca, le dejaron sin dientes, parecía un monstruo, daba miedo. Yo qué sé. Y en la celda de al lado el tal Tristán, el que luego salía en las tertulias defendiendo a Felipe González. Quién lo iba a decir. En aquel momento era un crío asustado y Billy el Niño ni se fijó en él. Menos mal. Le pegó un par de bofetones, me parece. Le llevó a ver al otro del FRAP, para que supiera la que podía caerle. Volvió a meterle en su celda, al tal Tristán, con aquella bombilla asquerosa. Me preguntó ese pedazo de cabrón que era Billy el Niño: «¿Le damos candela a este o qué?». Al tal Tristán. Que si le dábamos candela. Miraba atravesado ese hijo de puta de Billy el Niño, con su cabezón rizado y su aliento de tabacazo negro. Lanas y Pluto querían, «nos hemos *quedao* con ganas», decían los hijoputas, manchados de sangre como matarifes, sudados y medio borrachos porque siempre iban medio borrachos. «Entonces ¿qué?», volvió a preguntar Billy el Niño. «¿Le damos para el pelo?». Dije que no. Me atreví y se lo dije. No sé si me estaba probando. Pero yo no quería que al Tristán ese lo machacaran igual que al otro. Billy el Niño hizo un gesto de indiferencia, se encogió de hombros y se fue a cenar como si nada. Lanas y Pluto después me llamaron maricón. Le salvé la vida a Tristán Díaz, decídselo si le veis. Y Conrado Ramírez Leiva, traidor y todo, tuvo que chupar trena y hasta le condenaron a muerte por colaboración en un asesinato porque si no se habría descubierto lo suyo. Pero nadie se enteró de que era un chivato. En fin. Lo de las torturas y las detenciones iba así. A uno le dejaban baldado y a otro le permitían que se fuera a casa. Cuestión de suerte. Sin orden ni concierto. En aquello no había ningún protocolo científico. Por cierto, que el Lanas y Pluto luego montaron

una empresa de seguridad y les contrató el Real Madrid y se hicieron de oro. Yo creo que todavía siguen con Florentino. O no. Vete a saber. Yo dejé pronto lo de la Social. No pude soportarlo. En realidad, siempre he sido un ácrata. Aunque, fíjate lo que son las cosas, llegué a votar al partido de Tristán Díaz. No lo hizo mal durante un tiempo. Luego se corrompió, como todos. Ahora yo creo que voy a votar al de la coleta. Es el único que dice la verdad.

Noche de verbena en Miguel Yuste, años ochenta

Escrito por Tristán Díaz en una hoja arrancada de un cuaderno de matemáticas propiedad de Ernesto Díaz —13 años— y conservada hasta hoy en la oscuridad del bolsillo de un abrigo de invierno

Hace su entrada Rafael Alberti del brazo de una joven punki que lleva una esvástica pintada con pintura blanca sobre la chaqueta de cuero negro.

—Esa ha venido con Pedro seguro —comenta Harguindey.

Pedro es Pedro Almodóvar, y firma autógrafos mientras Carmen Maura le alivia el sudor de la frente con un pañuelo, bromeando como si fuera ella una enfermera de noche en tan calurosísima noche de verbena madrileña.

Canta Caco Senante sobre el escenario, y Javier Solana baila en primera fila, muy despeinado, hace mucho calor, están casi todos los ministros de Felipe, y también yo, acompañado de Andrea, la velada posee una calidez tropical como si estuviéramos en La Habana y no en el parking madrileño del diario *El País*, donde Polanco y Juan Luis agasajan a los vencedores. Nosotros somos ahora los vencedores.

Baila Javier Solana en primera fila, la actriz Charo López lleva un clavel rojo que refulge en su negrísima cabellera, la crema de la intelectualidad ya no va a Chicote a traficar con penicilina sino que bebe cubalibres en Miguel Yuste, calle de un Madrid con fábricas y talleres y árboles enfermos, pero también epicentro de una alegría socialdemócrata que está construyendo una España nueva. Rosa Montero se ríe a lo lejos y al corazón del amigo (abre la muralla). El embajador de Cuba saluda efusivo y Martín Prieto apura otro whisky. Está Maruja Torres. Me cruzo con Rodolfo y Julia, nos conocemos de Vallecas, de Palomeras, de las casas bajas, de la pobreza que ya pasó y ya

nunca volverá.

Ahora es el turno de la Orquesta Platería, que versiona a Rubén Blades y la madrugada que entra se hunde indefectiblemente en el trópico. «Llamó Massiel a casa», dice alguien, «enfadadísima porque no había sido invitada». «Qué va, hombre, está por ahí, canta luego». Las luces del escenario dan un ligero color de fiestas de pueblo, pero aquí el pueblo está en sus casas, oyendo a José María García en el transistor o durmiendo el sueño de los justos, que mañana hay que levantarse pronto. En esta fiesta sólo estamos los escogidos, quienes hemos triunfado y nos merecemos este triunfo, bien es cierto que de Vallecas no somos muchos en estas aglomeraciones, ni siquiera la punki, que aseguran es hija de un ministro de la UCD.

Vivimos nuestro mejor momento.

Andrea y yo somos felices y la hierbabuena de los mojitos refresca en medio de un bochorno sexualizante y como de bacanal. Se besan dos jóvenes contra una pared, en la sombra, y por un momento siento una extraña melancolía, el deseo de un tiempo que se perdió.

Pero no pasa nada. Estamos bebiendo y riendo con amigos y desconocidos, en una lujuria de trajes de noche y corbatas de color más la dosis justa de modernidad madrileña, almodovariana por supuesto.

La noche más bella.

Así lo recordaremos.

Andrea me besa y somos más jóvenes que nunca.

Padre

Me siento muy confuso últimamente, miro la televisión y (a veces) no comprendo lo que dice toda esa gente, patilludos de boca equina insultan desde primera hora, voy a pedir a Teresa que me saque a pasear, ha estallado la primavera, ya no viene nadie a verme, no me acuerdo, quiero andar, aunque sea con mi paso cojitranco, ver los pájaros por penúltima vez, resulta cursi aunque finalmente la vida rezuma cursilería en cuanto miras un pájaro detenido en el césped que hay junto a los coches que a toda velocidad transitan por la Castellana, doy mi vuelta a la manzana, cada día más cansado pero sin rendirme, he de confesar, pienso mientras camino dificultosamente, confieso que me da pena el petimetre, acosado y hundido en las encuestas, ahora resulta que los favoritos del populacho son otros, su némesis, ese Guerrero del Antifaz o Roberto Alcázar sin Pedrín que se fajó de los pistoleros euskaldunes para ahora venir a avasallar la democracia, así está el mundo, la extrema derecha guerra y la gente los aplaude, y el petimetre da la impresión de haber sido alcanzado en alguna parte de su alma, yo qué sé, se ha recluido en su chalé, ese chalé que critican tanto, a mí me da lo mismo, menuda gilipollez, el petimetre tiene suficiente caudal de idiotez para criticarle, no por su vida privada, y ahora resulta que me enternezco cuando pienso que (más allá de su condición de líder nefasto) tiene dos hijos y va a tener otro más y que la vida es eso, no la pelea imbécil entre diputados, lo importante es amar, se titulaba una vieja película polaca de cuando yo iba a cineclubs, y es así, lo importante, petimetre, es que puedas salvar a tus hijos, a tu hija, que te miren a los ojos y no se avergüencen de ti, yo no puedo decir eso, no puedo decirlo porque tuve un hijo idiota que no sé ni dónde está, el otro día me telefoneó Carla preocupada, nadie encuentra a Ernesto, nadie

sabe dónde se ha metido, le han llamado por teléfono y no contesta, lo tiene apagado desde hace días, una tal Silvia, una novia suya o algo así, le está buscando, no quiero preocuparme, sé que está bien, sé que ejerce su capacidad melodramática hasta el límite, todavía me acuerdo cuando el 11M, yo preocupado y él había estado de jarana nocturna y ni se puso en contacto conmigo, estará por ahí, parece ser que le han despedido, cómo no, eligió una profesión de mierda, periodista, ahora para ganarse la vida como periodista hay que ir a las televisiones a enseñar los dientes, como ese de las patillas que espía al petimetre, que tiene a un reportero en permanente guardia a la puerta de su chalé, libertad de expresión, qué gentuza, ¿cómo hemos acabado así?, ¿esta era la España que soñábamos?, ¿la España de la que estábamos tan orgullosos?, espías, cloacas, los bárbaros a las puertas de Roma, la calle parece igual, más banderas españolas en los balcones, sólo eso, banderas, igual que en Cataluña hay banderas en los balcones pero otras, quién nos lo hubiera dicho, políticos catalanes en la cárcel (otra vez) y fascistas con pistola al cinto (otra vez), parece un mal sueño, no me extraña que mi hijo se haya quitado de en medio, después de que casi le diesen para el pelo en Colón, pero supo defenderse, mira, siempre sospeché que, en el fondo, poseía un valor profundo, mucho más allá de sus quejas de niño llorica, me da pena el petimetre, fíjate, va a estrellarse en las próximas elecciones y ganarán los nuestros, pero ni siquiera sé si eso valdrá de algo, la luz de Madrid es tan bonita, ya vamos de retirada, con mi paso cojitranco demorando a Teresa, hace un día espléndido, la luz de Madrid, querría morir mirando por la ventana, asistiendo al espectáculo de las nubes que, sobre esta ciudad, dibujan desgarradores crepúsculos.

Sigo perdido en este sur de vientos implacables, contemplando el movimiento del océano, los atardeceres que se alargan por detrás de un malecón donde asomarse al imposible futuro. Al caer la noche me refugio en mi catacumba que adorna un Elvis sudado y espectral.

El otro día, paseando, me encontré con Ismael Serrano, el cantautor, viejo camarada de las madrugadas de Huertas, territorio madrileño que habitamos antes de que se convirtiera en un campo de batalla devastado por el turismo y por los novios que, a punto de casarse, dan la lata disfrazados.

Nos detuvimos Ismael y yo en plena calle, conversamos unos minutos, repasamos los nombres de los caídos en esta lucha que es el tiempo nunca detenido. O sea: Nacho, Agustín, Alberto, Quique, Eva, Tania, Luis... «Ahora que la adolescencia es un septiembre lejano», canta Ismael y efectivamente, pero las dudas no cesan.

¿Hemos llegado hasta nuestro punto de destino? ¿Somos dignos de la admiración de quienes fuimos, de quienes transitábamos Europa en ferrocarril apeándonos en cualquier parada de cualquier parte, absolutamente libres, desafiando a lo venidero?

—Regresemos a Huertas —dijo Ismael.

—¿Por qué no? —contesté.

De política no hablamos. Mejor no hablar, sugirió. Hubo una oportunidad para cambiar este país y la desaprovechamos. Otra vez.

Ahora se nos da a elegir (de nuevo) entre fascismo y moderación.

Siempre igual.

Desde el advenimiento de la monarquía parlamentaria todo ha sido la misma apuesta repetida.

España traicionó a un Partido Comunista que se dejó la piel en la pelea contra el franquismo y prefirió dar el Gobierno primero a un falangista guapo reconvertido inteligentemente al centrismo democrático y luego al trilero sevillano que pactó reconversiones y europeizó este país poniendo muchos trenes de alta velocidad.

España se metió debajo de la cama cuando un guardia civil bigotudo disparó su pistolón en el Congreso y el miedo dio al partido de mi padre millones de votos anhelantes de paz y, sobre todo, moderación.

España hizo el 15M, coreografió en sus calles tumultos de revuelta, erosionó un bipartidismo senil y ahora el miedo, otra vez, empuja hacia la moderación como único modo de salvarnos.

Lo otro, dicen, es la barbarie, la España testicular y bebedora de aguardiente, que lanza cabras desde los campanarios y viola a sus mujeres.

Todo esto (creo) lo escribí en mi blog, pero mi blog nadie lo lee.

España medita si apostar por el salvajismo o el miedo.

Exagero.

Mi discurso es una exageración permanente. Hasta Ismael Serrano, el cantautor, me lo ha dicho. No exageremos. Mantengamos la fe. Los verdaderos creyentes como Ismael mantienen la fe. Fe, esperanza y caridad. Seamos como los primeros cristianos. Inasequibles al desaliento. Devorados por los leones hasta que se obró el milagro y ganaron a un emperador romano para su causa.

—Sigues igual, tío —me dice Ismael.

—¿Para qué cambiar?

Un abrazo y continúo callejeando, dejando pasar las horas, calculando cuánto durará el dinero que tengo en la cuenta, decidiendo si dormir la siesta o sentarme en la arena de la playa y mirar el azul del mar hasta que caiga la noche.

Al llegar al hotel me dicen en recepción que tienen algo para mí. Una carta. ¿Quién escribe cartas en estos tiempos? Y, sobre todo, ¿cómo me han localizado? Llevo días sin hablar con nadie (¿cuántos?), arrojé mi teléfono a las profundidades abisales del cabo de Trafalgar, me hallo aislado del mundo.

Quizá en mi anterior hotel hayan dado noticia de mi actual destino. Fue allí donde me recomendaron este establecimiento. Trabajo detectivesco, en todo caso, el de quien me haya escrito la carta misteriosa cuyo misterio se desvela enseguida. Miro el remitente. Silvia. Es ella quien escribe.

Padre

Y llegó la caída definitiva, el epílogo irremediable, pero no hay miedo, ya no queda rastro de temor alguno, en la oscuridad que acecha sólo hallo un calor de acogida, estoy solo y lo asumo, Teresa me encontró tendido en el suelo, incapaz de mover apenas un músculo, como el boxeador al que le han noqueado, la boca abierta contra la madera, mis ojos mirando moverse electrones en el suelo, sombras abriéndose paso, las paredes de mi dormitorio truncadas de amanecer, caí y no pude volver a levantarme, me ayudó Teresa a incorporarme, asustada, habló pero no pude oírla, conservo la visión, veo aunque ahora soy mudo, pude mover ligeramente la cabeza, comunicar que sigo vivo, por poco, por muy poco, pero sigo vivo, Teresa lloró al verme así, me abrazó con ternura, inesperadamente, sentí sus lágrimas en mi rostro, tal vez percibió mi sorpresa (quién sabe cómo) y tomó mi cara en sus manos y se rio entre lágrimas, «no se te ocurra morirte de esta manera», dijo quizá, no lo sé, también he perdido el sentido de la escucha, soy una estatua que sólo puede contemplar el mundo ante sí, abrir la boca para seguir ingiriendo comida, mover ligeramente la cabeza, mis manos me han abandonado de modo definitivo, supongo que ahora me enviarán a un hospital, ahora estoy sobre la cama, Teresa logró colocarme con suma dificultad encima de los almohadones, me puso la televisión mientras telefoneaba, vi a Pepe bramando feliz en un mitin de campaña, España le sigue necesitando, o eso cree él, yo no estoy de acuerdo, Pepe, España ya no nos necesita y yo estoy a punto de irme para siempre, ojalá ganemos y vuelvan a hacerte ministro, sería tu máxima felicidad, aunque no creo, estamos viejos para esas cosas, el mundo gira alrededor, la consciencia no me abandona, queda lo peor o queda lo mejor, quién sabe, me acuerdo de Andrea, y de Rosa, y de Carla, y de

Ernesto, estúpido hijo mío, me acuerdo de Ernesto y de que en la vida no he sentido mayor felicidad que oler su pelo en verano, cuando nos fuimos de camping, agosto de 1980, Tarragona, Ernesto bajo la lona de una tienda de campaña, con la tenue iluminación de una lámpara de gas, siseante, trezando su sueño y yo vigilándolo, mientras Andrea se duchaba en las duchas comunes, Ernesto dormido y acribillado por los mosquitos, sus labios dibujando una sonrisa perfecta, en esa plenitud inabarcable que alcanza la infancia en verano, cuando el futuro no existe más allá de lo inmediato, si aquel verano hubiera sido siempre, con Ernesto manchándose la cara de sandía a la hora de la comida, coleccionando piedras, yo le decía: «No tengas miedo, todo va salir bien», realizamos promesas que no podemos cumplir, decimos cualquier cosa con tal de disipar la intranquilidad de un niño, pero sabemos perfectamente que algo se torcerá en cuanto dejen de merendar pan con chocolate, que el dolor forma parte indisociable de la experiencia de convertirse en un adulto, y mentimos, te mentí, estúpido hijo mío, para que no se borrara tu sonrisa que, pese a los mosquitos, te hacía dormir radiante, pleno, pura infancia iluminando un agosto de crepúsculos gozosos, me acuerdo de ti, Ernesto, y me quedo dormido con la imagen exacta de esa cara de niño que luego quiso ser guerrillero comunista y se dejó el pelo largo.

Cosas que ya nunca podré hacer

Manuscrito hallado en un hotel de Caños de Meca, a tinta azul de boli Bic

Todas las Navidades hacíamos la broma de preguntar, en las cenas familiares, quién iba a acompañar a la abuela Soledad a la misa del Gallo y todos reíamos, incluida la abuela Soledad, y luego nunca íbamos, pero, pasado el tiempo, me arrepiento tanto de no haber acompañado nunca a mi abuela Soledad a la misa del Gallo.

Tampoco volveré a reír sobre una bicicleta como aquel verano que papá y mamá alquilaron una casa en un pueblo de Ávila, entre pinares, con un pantano cerca y un arroyo donde vimos, una vez, a una pareja de nutrias que asomaba la cabeza.

Supongo que no escribiré la novela que siempre quise escribir y que trataba sobre un tipo que tiene un sueño recurrente; sueña que mató a alguien en el pasado, lo sueña con todo detalle, y contrata a un detective para que investigue si ese sueño forma parte de una realidad que su cerebro ha tratado de esconder todos esos años.

No dirigiré ninguna película. Ni lograré ser un columnista de éxito y, sobre todo, no me haré rico.

Jamás volveré a amar como amé a Silvia, un fogonazo repentino, a la mitad de la vida, sus piernas largas sonriendo al verano, sus preciosos ojos, sus besos. Fueron apenas unas semanas. Una décima de segundo en el tiempo extendido del universo. Pero fue el mejor amor y me acuerdo cada noche. «Yo te perdí una tarde de abril y desde entonces soy un lagarto», decía una canción de Family. Algo así es lo que siento.

Ya jamás me dirá mamá que llegará mi momento. Murió antes de que dicho momento llegase. Y dicho momento no llegó nunca.

No cantaré sobre un escenario, aunque Ismael Serrano me lo prometiese en cierta ocasión mientras salmodiábamos rancheras desafinadas en un tugurio, aturcidos de pura madrugada, acompañados de dos rubias peligrosas que se fueron a casa sin avisar y nos dejaron, borrachos y solos, extraviados por las calles de un Madrid que amanecía al Jueves Santo, cuando el Jueves Santo en Madrid eran calles vacías y ancianos madrugadores desayunando cruasanes, sin turistas y sin despedidas de soltera o soltero, peste bubónica de nuestros días, lo tengo muy dicho y muy escrito, pero nunca está de más repetirlo.

Dudo que vuelva a salir de juerga con Marc, ascendiendo a lo más alto de una montaña rusa que daba miedo en su cuesta abajo, disolviendo nuestras dudas en risas de *after hour* con parroquia delincuente, pistolas y cocaína del rincón en el ángulo oscuro. Marc está feliz en Alaska, me lo comunicó el otro día por *e-mail*, ha visto osos y alces, tiene una novia nueva y trabaja en una agencia de viajes, recibiendo a quienes buscan la aventura de las tierras vírgenes, tras las huellas de Jack London.

Abandono toda esperanza de aprender a conducir y más ahora que, según los visionarios de la tribu, los coches irán sin conductor.

No pasaré mi vejez asomado al océano de la playa de los Alemanes, en Cádiz, y eso resulta una verdadera pena, siempre quise disfrutar de una bonita propiedad inmobiliaria allí, en ese exclusivo rincón, mirar el mar y luego mirar la piscina con su azul de avispas, cuando agosto es un penetrante olor a fuego e insectos voladores.

Ya no volveré a Torero, Trafalbar, Rajajá, Four Roses, Nuevos Juglares, Warhol y otros bares de mi juventud, aunque siempre queda la posibilidad de un trago en La Vía Láctea o Josealfredo, templos étlicos indestructibles (hasta nueva orden).

Jamás (eso seguro) observaré las hormigas con la fascinación salvaje que me provocaban cuando era muy niño, en la tierra del patio de la guardería, al lado de los columpios.

Sólo me queda aguardar el fin de los días, sentado en la silla de quienes se han rendido.

Y, tal vez, cuando llegue la Navidad, ir a la misa del Gallo para recordar a mi abuela Soledad.

El día en que mi padre regresó a casa tras morir mamá, su coche oficial aparcado en la puerta de nuestro chalé adosado de Aravaca, donde habíamos capitulado como familia y donde mamá siguió viviendo con el imbécil del actor. Deshacer la casa es un término cuyo trágico significado sólo pueden comprender quienes hayan tenido que reordenar el pasado de la persona que se ha ido y decidir qué merece ser salvado y cuánto condenaremos al fuego. El actor, por supuesto, se declaró incapaz de realizar tal tarea. Él prefirió hundirse en una marejada melodramática que regó con mucho alcohol y aspavientos a lo Blanche DuBois, acudió al tópico yendo borracho al entierro y raudo regresó a sus jardines de invierno en Lavapiés, confortado por el escaso público que le aplaudía en sótanos y cafetines con olor a humo.

Así que yo tuve que ejecutar esa labor infecta que es «deshacer la casa» y que podría haber pospuesto, pero la quise realizar cuanto antes, guardar en baúles y cajas, tirar a la basura todo lo que había que eliminar de la faz de la tierra, repasar la vida de mi madre a través de sus objetos.

Y entonces llegó él en su coche oficial, abrió la puerta, recién aterrizado de Finlandia, adonde le habían llevado sus obligaciones, inmensas obligaciones irrenunciables, imaginemos qué habría sucedido si mi padre no hubiera viajado a Helsinki con la delegación española, qué consecuencias fatales habría tenido aquella ausencia en el futuro de nuestro país...

Le recuerdo entrando en el salón de lo que había sido nuestro hogar, en un escenario de inexacta mudanza, cuadros descolgados y la suciedad de las cortinas y una humedad debajo de la escalera que subía hacia los dormitorios. Como si nuestra casa hubiera adivinado la muerte y se estuviese acomodando a ella, a la ausencia que en unos meses sería resurrección, cuando aquí llegase

otra familia y comenzase otra historia.

—Qué tal, hijo.

Saludó como si nada hubiese sucedido. No intentó un abrazo siquiera. Yo lo habría rechazado, claro. Nos miramos y comprendimos que, por primera vez, éramos dos adultos cara a cara. Lo odié con una intensidad inusitada. ¿Le culpé de la muerte de mamá? Seguramente. Le culpé de haberse convertido en alguien detestable, como la mayoría de sus colegas de generación, obsesionados por quitarse de encima la roña de tantos años de pobreza y disfrutar de una *dolce vita* ridícula, impropia de una España que seguía siendo (bajo la superficie) un páramo irresoluble.

—No quiero hablar contigo, papá. No tengo nada que hablar contigo.

—Pero ¿qué dices, hijo? ¿Qué te he hecho? ¿Crees que a mí no me duele la muerte de mamá?

Su voz se rompió, pero ello no me indujo a la piedad sino que provocó en mí una profunda repugnancia, un desprecio inmenso, no se viene a llorar después, se llora sobre la tumba, no vale diferir la pena, dejarla para cuando aterrice el avión y se digiera el vodka, no vale decirle al chófer que te lleve al lugar del duelo como quien toma un taxi a una cita de trámite.

—No sé lo que te duele. Sé que un día te fuiste y sé que me das asco. Tú y la gente que gobernáis este país. Os da lo mismo meter a chavales en la cárcel por negarse a ir a la mili, matar etarras, torturar en las comisarías, legislar para que los empresarios puedan pagar sueldos de mierda, forraros sentándoos a la mesa de los ricos, lustrar los zapatos a los oligarcas. Sois escoria.

Y mi padre, con el rostro desencajado por la ira, alzó su mano y pretendió golpearme. Como si yo todavía fuese un niño. Detuve el golpe, le empujé, aguantó firme, aproximamos nuestros rostros, recordaré siempre sus ojos, furiosos y enrojecidos, los dientes apretados, el olor que recordaba de loción para después del afeitado, un olor antiguo al que mi padre había sido fiel aunque él no se afeitaba, no sé por qué recurría a aquella loción. O tal vez aquel olor había quedado adherido a mi cerebro y era yo quien lo añadí, quien lo añade cada vez que recuerdo.

Mantuvimos esa ridícula pose de machos retándose durante unos minutos.

Después mi padre dio media vuelta y se marchó.

Y ya nunca volví a verlo.

Padre

Volvía a la que había sido nuestra casa, aquel chalecito en Aravaca, penetré en la penumbra de un salón que había sido un lugar feliz pero no demasiado feliz, en el trayecto de Vallecas hasta aquí todo se había torcido, mi hijo metía en cajas los restos de un naufragio que con la muerte de Andrea ahora resultaba definitivo, saludé, quise llorar y no pude, colisioné contra la mirada de Ernesto, dura, heladora, como un cuchillo, quise abrazarlo, quise darle un simple abrazo y me lo rechazó, me empujó violentamente y la perplejidad me dejó paralizado, dijo que me odiaba, no recuerdo con exactitud sus palabras, recuerdo que me acusó, que extendió sus acusaciones a toda mi generación o a quienes de mi generación gobernábamos entonces España, me pareció absurdo, con treinta años cumplidos o casi y decir esas cosas, tan tópicas, le tomé del brazo, traté de atraerle hacia mí, alzó su mano como queriendo golpearme, retrocedí de nuevo hacia la puerta, lo contemplé, iracundo, furioso, por aquel entonces fui incapaz de comprenderlo, incapaz de comprender por qué la muerte de Andrea nos desunía sin remisión, jamás entendí la rabia incesante de mi hijo, di media vuelta, salí a la calle, sin mirar atrás, me fui y ya nunca volvimos a vernos, así fue el incidente, así lo rememoro mirando al techo, apestándome la boca a medicamento, hundiéndome.

Es hora de volver a casa.

Solamente eso.

La fiesta ha concluido y apenas permanece (flotando en el aire) olor a ceniza, el estruendo en los árboles de pájaros que madrugan, manchas de alcohol sobre la alfombra, el sol triturado tras el cristal.

Todo ha acabado.

Hay que regresar.

Como los vaqueros de las viejas películas del Oeste que cabalgan hacia el horizonte con la esperanza de que, al fin, podrán descansar en alguna parte.

Adiós a Cádiz y a sus noches de viento.

Vuelvo a Madrid.

Aproximación a un final

Hace todavía frío. Marc vigila un horizonte en cuyo verdor de nieblas y altísimas montañas persisten nieves y rastros de fieras en el suelo ocre, un silencio de humo en la chimenea, el colchón sobre el que descansa Amy, extendido su cabello pelirrojo encima de la almohada, la llamada de las tierras vírgenes, el agua cristalina de los lagos, Marc está manipulando el tabaco con el que liará el primer cigarrillo de la mañana y el futuro se inaugura ahora mismo, mientras los osos de Alaska se desperezan de la hibernación.

El autobús se detiene, ha habido un accidente que colapsa el tránsito y la lluvia tropieza con el cristal de la ventanilla tras cuyo reflejo esconde su mirada Teresa, con la pesadumbre cotidiana de sobrevivir un poco más, doblado el orgullo a esta hora de un domingo que también es laborable para ella, aunque luego, más tarde, no importará, cuando esté bañando a la señora Luisa, en la calle Cavanilles de Madrid, se repondrá de las melancolías que el transporte público le provoca.

Carla está besando a la mujer de la que se ha enamorado y merece la pena llegar tarde a todas partes con tal de alargar ese vértigo de las primeras veces, huele a café y tostadas, ropa en el suelo, furiosa felicidad; a veces, a ratos, por un instante, piensa en su padre y en su agonía hospitalaria y le apena, pero Carla no puede evitar que en este minuto exacto sea el amor lo que llena de plenitud cada microscópica célula de su organismo.

En las tertulias radiofónicas calientan motores aunque opinando con sordina porque hoy se vota en España y no se puede opinar excesivamente, y Pepe ha madrugado y está a la puerta de su colegio electoral con la ilusión absurda de un adolescente, como la primera vez que votó, se acuerda

perfectamente, después de una hora de estar haciendo cola, aguardando al sol, votó y se abrazó a un compañero de partido y se fueron luego a desayunar huevos fritos. Lo mismo que piensa hacer hoy. Pepe votará y después, en contra de la opinión de su médico, devorará un buen par de huevos fritos en una taberna de su apetencia. Y esta noche ya veremos si hay que celebrar o apretar los dientes y que sea lo que Dios quiera. «Ministro ya no voy a volver a ser», se desengaña Pepe.

Guayaquil trenza en su aire marino rascacielos y palmeras, Emily se acuerda de sus días madrileños, sin nostalgia, sabiendo que su vida de ahora, sus hijas, su esposo, su lucha actual, es lo que debe hacer, pero su existencia también pertenece a esos años cuya responsabilidad incluyó cuidar a ese hombre solitario que miraba todo el rato el televisor, tan enfadado, y por qué estaba tan enfadado, demasiado lejos ya para Emily, aquel señor sólo es una historia más de las que relata de cuando en cuando a sus nietas para explicarles cómo es Madrid, una ciudad que (detalla Emily) solamente resulta bonita si miras su cielo, de un azul hipnótico.

Rosa hace yoga dejando que se filtre por el balcón apenas un rayo de luz, respirando el aliento a lagarto antiguo de una barrita de incienso, anticipándose a todo mal con sus rogativas, todo va a ir bien, y Tristán se irá sin dolor, y ella continuará adelante, como ha hecho siempre, y abajo, en el puerto deportivo donde tiene atracado su minúsculo velero, se encontrará con Serguéi y este domingo simularán surcar un océano aunque solo costeen, contemplando las piedras de la playa y Altea en lo alto, y un viento de otoño desarbolará sus recuerdos, una fotografía de París, ella y Tristán, poco antes de quedarse embarazada, poco antes de que llegase Carla, y ningún yoga, ninguna meditación, ningún incienso, logrará evitar que una lágrima se dibuje en el rostro de Rosa.

Maldice Conrado la memoria y sus malas artes, ha tenido un sueño que le rompe el alma. Ahora se irá a abrir la tienda, tripón y lánguido. Ni un solo minuto se ha perdonado la traición que cometió, lleva años vendiendo jamones y mintiendo al mundo y mintiéndose a sí mismo, a la fuga, odiando a esos policías que le convirtieron en otro, tuvo miedo, el miedo que todo ser humano lleva dentro y que a él le movió a la traición. Vende jamones y mente, maldice Conrado la memoria y hoy no irá a votar, está harto, ¿votar para qué?, ahí sigue Billy el Niño, el mismo que le corrompió para siempre, ahí sigue condecorado, bebiendo whisky, solo un tenue malestar a causa de

los periodistas que le persiguen con sus micrófonos, poca cosa comparado con los métodos que empleaba ese cabronazo. Conrado abrirá su tienda de jamones porque también abre los domingos por la mañana, para los excursionistas, para los necesitados de un jamón en domingo, porque sí, porque prefiere estar en la tienda, porque en casa se harta de sus propias mentiras.

Marisa es una pista que no lleva a ninguna parte. Así se ha sentido ella muchas veces. ¿Amó a Ernesto? ¿Se amaron? Estuvieron una noche juntos, al final de una fiesta, ardiendo en la habitación de un hotel, como si fueran desconocidos que se hubieran encontrado en la madrugada. Ella siempre sintió que había sucedido algo extraordinario allí. Una vez preguntó a Ernesto al respecto y él confesó que había sentido lo mismo. Y, sin embargo, ambos silenciaron aquello y ya sólo fueron amigos, un poco menos que amigos, compañera y compañero en el trabajo. Ernesto es una pista que no lleva a ninguna parte en la vida de Marisa. Una probabilidad incompleta. Marisa prepara el desayuno y su marido le da un beso tibio de buenos días mientras Alba, su hija, dibuja un hipopótamo.

Candela Estévez introduce en un sobre una carta manuscrita que firmó su hermano poco antes de morir, y está decidida a enviarla a quien se la pidió y a olvidar definitivamente, si es que se puede olvidar.

Ismael Serrano duerme en la cama de un hotel y anoche escribió en un papel «lentamente clausuramos el futuro».

Fausto está ahogándose en el mar después de una noche de muy compleja explicación.

El petimetre cambia los pañales de su prole.

En un hospital de Madrid, a esta hora temprana, la televisión está encendida.

Cuando la noche caiga, atravesará el umbral de la habitación un hombre de mediana edad y observará a su padre, yaciente sobre una cama y aguardando el final definitivo.

Padre e hijo

No vamos a darnos un abrazo, ¿verdad?, a estas alturas resultaría ridículo. Me sentaré contigo a ver la tele, dejaremos que la madrugada apague las farolas, prescindiremos de asistir al espectáculo de celebraciones y derrotas que retransmiten los principales canales. España ha votado y el episodio que comienza, aseguran los opinadores, resulta crucial para este país. Qué más da. Ambos hemos sido derrotados. Tú y yo. De un modo u otro. En diferentes formas. Me sentaré contigo y buscaré alguna vieja película con la que entretener las horas, mientras en los pasillos duele la luz enferma que incuba terribles insomnios. Y a esto le llamaremos reencuentro.

Estúpido hijo mío, has regresado, llevas el pelo demasiado largo, siempre lo dije. Y más ahora, con cuarenta y siete años holgadamente cumplidos. Distingo tus rasgos en la niebla que son mis ojos. Te has hecho mayor. Y continúas cargando una tristeza interminable, lo percibo a través de tus rasgos, tan absurdamente bronceados, dónde habrás estado. Siéntate, hijo, tenemos algunas horas por delante. Me acordaba ayer de la cal viva que tanto os gusta citar a los extremistas para que se avergüencen vuestros progenitores, viejos dinosaurios de una España que hoy cambia de manos, o de generación o no sé muy bien y tampoco me importa. Ambos hemos sido derrotados, estúpido hijo mío. De un modo u otro. En diferentes formas. Te has hecho mayor y comienzas a encorvarte, igual que yo, te pareces más de lo que quisieras a este agonizante carcamal al que, por fin, te has decidido a visitar. Aunque tu nariz es la de Andrea. La preciosa nariz de Andrea. Estúpido hijo mío.

Me sentaré a tu lado y atenderemos a lo que haya en la tele. Después, cuando hayamos visto una película o lo que sea, leeré la carta que me envió Silvia. No he tenido valor de abrirla. Si la conocieras, papá, te gustaría. Incluso puede que en estas elecciones haya votado a los tuyos. Ella se inclina por la sensatez. Ya sabes. Tú fuiste siempre sensato. Y te arriesgaste, voy a concedértelo. Estuve en Cádiz con un tipo que te conoció. Te salvó la vida. Más o menos. O quizá me mintiera. De toda esa Transición de la que presumís tanto, nunca he sabido lo que es verdad y lo que es mentira. O tal vez todo sea mentira y verdad al mismo tiempo. Te ha crecido mucho la barba, papá. Pareces un profeta antiguo. ¿Quién eres? El hombre que gobernó España y la hizo cobarde para siempre. Y también quien me llevaba de la mano a comprar cromos, la persona que veló mi sueño cuando las pesadillas acechaban, y la mano firme que me secaba el pelo al salir de la bañera. La risa de un domingo por la tarde, merendando patatas fritas y jugando al parchís.

Estúpido hijo mío, cuánto te he querido. Tu parto fue complicado. Andrea siempre lo recordaba. Parirás con dolor, sentenció Dios tras la desobediencia de Eva. A tu madre la alcanzó esa maldición. Sufrió ella y sufrí yo, en la sala de espera, fumando cigarrillo tras cigarrillo, tal y como se estilaba entonces. Todo se nos olvidó cuando te tuvimos en nuestros brazos. El prodigio se había obrado. Jamás fuimos tan felices como aquel día. No soy nada original, ¿verdad? Al final el ser humano carece de toda originalidad e, incluso, un ogro tan fiero como yo acaba confesándose débil. Estúpido hijo mío, cuánto te he querido. Y por todo lo que te he querido jamás he podido aceptar que no entendieras la España que peleamos. Tengo miedo de lo que te espera. ¿Sobrevivirás? Tendrás que asumir que las cosas son como son. Y mirar hacia delante. Estúpido hijo mío. Amado hijo mío.

Mira, papá, ponen *Casablanca*. La vimos en el viejo vídeo Betamax que compraste cuando vivíamos en nuestra casa de Vallecas. Yo tenía trece años. Me sentaré a tu lado y volveremos a ser un padre y un hijo, con toda la vulgaridad que ello conlleva, como si el tiempo (implacable) no nos hubiera

destruido, como si fuera hoy aquella noche de verano de 1983, con calor sofocante y las ventanas abiertas a la ciudad dormida, mamá en vuestro cuarto y tú y yo frente al televisor, y luego hablando mucho rato, me contaste tantas cosas sobre esta película, sigue siendo una de mis favoritas, papá, sigue emocionándome igual que esa noche de verano en que la descubrí. Me sentaré a tu lado y veremos la tele. Luego leeré la carta de Silvia. Y la vida continuará. Sabiendo que la partida está perdida, pero que, hasta que anochezca, hay que seguir jugándose el todo por el todo.

Epílogo de Silvia

La carta

Qué tal, Ernesto, aquí me tienes escribiendo una carta, buscando tu rastro.

Ojalá esta dirección que me han dado sea la correcta.

Ojalá te llegue en estas líneas, escritas en forma de anacrónica carta, tinta sobre papel, todo el amor que puede dibujarse en el trazo de una palabra.

Sé que tú te empeñas en creer que todas las historias (las buenas historias) acaban mal.

Pero no es cierto.

Las historias, simplemente, no acaban.

Nunca.

Continúan a través del tiempo.

Continúan a través de nuestras hijas e hijos.

De nuestros padres.

De los fantasmas de quienes nos han precedido y la promesa que son quienes vendrán.

Te has marchado y te busco para volver a decirte lo mucho que te quiero.

Y algo más.

Vamos a tener un hijo.

O una hija.

Tú y yo.

Ya sé que odias los finales felices.

Pero entiéndelo de otro modo.

Las historias no acaban.

Epílogo de Paco

La carta

Papá, mamá:

No hagáis caso a quienes os digan que fui un cobarde.

No salió de mi boca ni un solo nombre, no acusé a nadie.

Y creo saber quién lo hizo, pero no puedo probarlo así que callaré.

Así es la lucha.

No me arrepiento del camino tomado, aunque sí lamento que mi lucha os haya provocado tantos malos ratos.

Sigo creyendo que más temprano que tarde llegará la liberación del pueblo español y que será de su propia mano, mediante la insurrección definitiva.

Dentro de unos años España será mejor.

Mucho mejor que este cuartel con olor a orín en el que malvivimos y al que mis carceleros llaman patria.

La patria es otra cosa.

Nosotros, hombres y mujeres que luchamos contra el fascismo, somos la patria.

No atendáis a quienes me difaman. Fui un buen revolucionario. Moriré como tal.

Seguid en todo las recomendaciones de Nacho, gran abogado y mejor amigo, a través del cual os hago llegar clandestinamente esta carta.

Estoy muy solo aquí en la cárcel. Los camaradas de partido me han retirado su apoyo y ni me dirigen la palabra. Las noches y los días se hacen largos. He tomado una determinación. Pero eso ya lo sabréis más adelante.

Ahora lo que importa es que tengáis claro que vuestro hijo os quiere, que no es un cobarde, que hizo lo que debía hacer.

Dadle muchos besos a Candela y decidle que la echo de menos, que me gustaría bailar con ella las canciones de Karina que tanto le gustan. Y al abuelo también decidle que me acuerdo todos los días de cuando jugábamos al tute los domingos, después de comer, con la copita de anís los dos.

Aquí en la cárcel se acuerda uno mucho de esas cosas que fuera resultan insignificantes.

Repito otra vez que os quiero y espero que entendáis todo lo que suceda conmigo próximamente.

Cuidaos mucho.

P.D. Gracias por el jersey que me enviaste, mamá, de noche aquí hace frío y me ha venido muy bien. Gracias por estar siempre ahí y por cuidar de papá, que ya supe que ha estado muy malo de su enfermedad de los pulmones.

No os preocupéis por nada, por favor.

El futuro será mejor.

Venceremos.

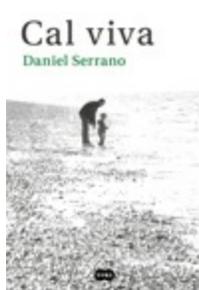
Se hará justicia y la memoria de quienes somos hoy víctimas será honrada y pagarán sus culpas quienes deban pagarlas.

Tenedlo por seguro.

Hasta siempre.

En Madrid (cárcel de Carabanchel),
a 5 de febrero de 1975

El periodista Daniel Serrano nos trae una novela que revela la visión de dos generaciones clave de la España actual.



«Desconfíe de los consejos de quien tiene su pasado manchado de cal viva». Las palabras de un líder político desencadenan las voces interiores de un padre y un hijo que se hallan absolutamente distanciados. Son las voces de dos generaciones. Tristán Díaz Navas es un ex alto cargo socialista al que un ictus ha robado el habla y la movilidad. Ernesto, su hijo, es un periodista cuarentón en permanente crisis y atrapado en una tela de araña de sueños incumplidos. Llevan años sin hablarse.

Ambos dibujan sus respectivas biografías en paralelo, viajan a la infancia y la juventud, y a la vez retratan las convulsiones de este actual tiempo de agitación.

En *Cal viva* está la España del franquismo y la Transición, los días de la nueva política y el (presunto) fin del bipartidismo, el incendio del edificio Windsor, los crímenes del GAL y de ETA, el 15M, el asesinato de la migrante Lucrecia Pérez, la victoria del PSOE en 1982, la tormenta desatada a raíz del intento de secesión de Cataluña por parte del independentismo... Y entre sus personajes aparece el torturador franquista Billy el Niño o la reina Letizia.

Daniel Serrano construye un mapa emocional relatado a dos voces (y algunas más) y que incluye textos extraviados en bolsillos de viejos abrigos, fragmentos de pretéritos diarios y crónicas dispersas de un desencanto que, sin embargo, deja espacio para momentos luminosos.

Sobre el autor

Daniel Serrano (Madrid, 1971) es periodista y escritor. Ha trabajado en CNN+, Noticias Cuatro, zeleb.es y escribió con Rodolfo Serrano el libro-reportaje *Toda España era una cárcel. Memoria de los presos del franquismo*. También es coautor, junto a Ismael Serrano, de la canción *Papá, cuéntame otra vez*, entre otras.

© 2019, Daniel Serrano

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-371-2

Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Conversión ebook: Raquel Martín Mira

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Cal viva](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[1. Padre](#)

[2. Lo que escribió el hijo en su blog \[lacaidadesaigon.blogspot.com.es\]\(http://lacaidadesaigon.blogspot.com.es\) imitando la voz del padre, aunque cambiando nombres y \(algunas\) circunstancias](#)

[3. Hijo](#)

[4. Padre](#)

[5. Hijo](#)

[6. Del diario de Tristán Díaz](#)

[7. Hijo](#)

[8. Padre](#)

[9. Del poemario inédito *Contemplación* que Tristán Díaz extravió en una mudanza](#)

[10. Hijo](#)

[11. Del diario de Tristán Díaz](#)

[12. Hijo](#)

[13. Padre](#)

[14. Un cuento de misterio protagonizado por Sir Lombard](#)

[15. Hijo](#)

[16. Padre](#)

[17. Del inacabado libro de relatos *Noches de la Transición*](#)

[18. Hijo](#)

[19. Del diario de Tristán Díaz](#)

[20. Hijo](#)

[21. Padre](#)

[22. Últimos días de mamá](#)

[23. Padre](#)

24. De los Cuadernos manuscritos

25. Padre

26. Hijo

27. Ayer murió Andrea

28. Padre

Interludio de Emily

29. Hijo

30. Padre

31. Larga noche en la D.G.S.

32. Hijo

33. Padre

34. Del diario de Tristán Díaz

35. Hijo

36. Padre

37. Hijo

38. Padre

39. Infancia

40. Padre

41. Hijo

42. De la novela (no publicada) *Barrio*

43. Hijo

44. Padre

45. Hijo

46. Correo electrónico de Tristán Díaz a Candela Estévez, hermana de Paco Estévez (militante del FRAP muerto en prisión en 1975)

47. Hijo

Interludio de la madre

48. Padre

49. Hijo

50. Mínimas memorias de un recluta en África

51. Hijo

Interludio de la hija

52. Padre

53. Hijo

54. Escrito en una máquina de escribir Olivetti y lanzado a la papelera durante una noche de invierno de 1999

[55. Padre](#)
[56. Hijo](#)
[57. Del inacabado libro de relatos *Noches de la Transición*](#)
[58. Padre](#)
[59. Hijo](#)
[60. Animales televisivos](#)
[61. Padre](#)
[62. Hijo](#)
[63. Padre](#)
[64. Del diario de Tristán Díaz](#)
[65. Hijo](#)
[66. Padre](#)
[67. Hijo](#)
[68. Alegato impublicable](#)
[69. Padre](#)
[70. Hijo](#)
[71. Un episodio bélico de la adolescencia](#)
[72. Padre](#)
[Interludio de Candela](#)
[73. Hijo](#)
[74. Padre](#)
[Interludio de Teresa](#)
[75. Hijo](#)
[76. Del diario de Tristán Díaz](#)
[77. Hijo](#)
[78. Noche de verbena en Miguel Yuste, años ochenta](#)
[79. Padre](#)
[80. Hijo](#)
[81. Padre](#)
[82. Cosas que ya nunca podré hacer](#)
[83. Hijo](#)
[84. Padre](#)
[85. Hijo](#)
[86. Aproximación a un final](#)
[87. Padre e hijo](#)
[88. Epílogo de Silvia. La carta](#)

[89. Epílogo de Paco. La carta](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)